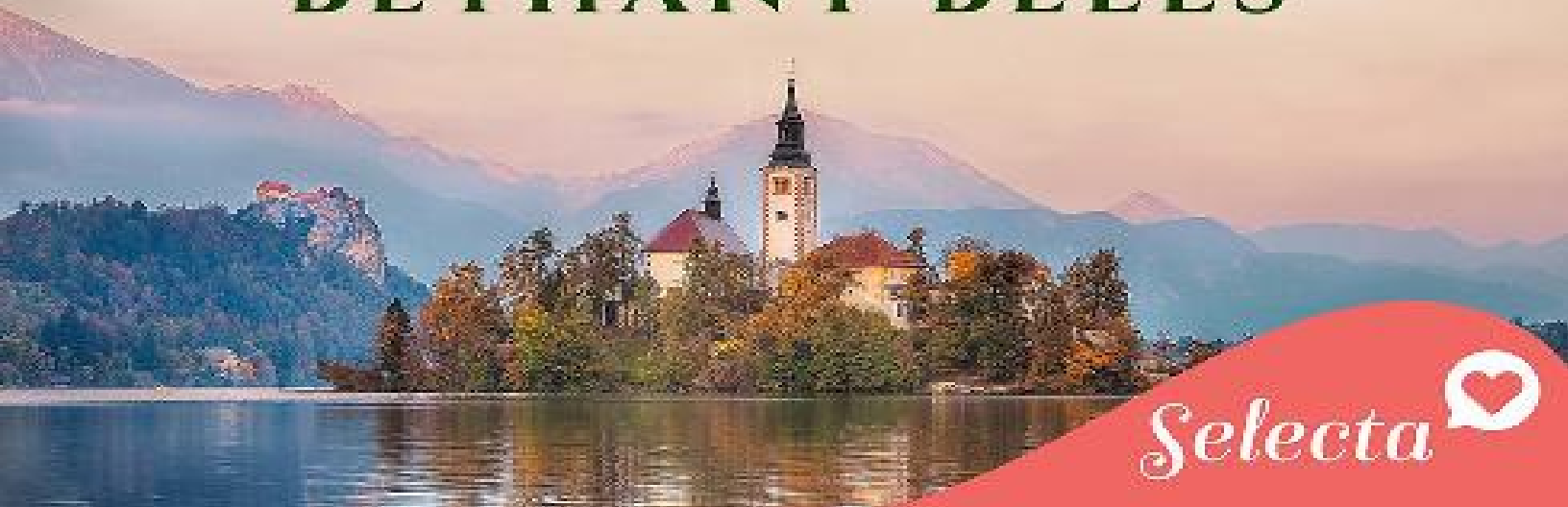




El
ARDIENTE
DESEO
de la
señorita Taylor

BETHANY BELLS



Selecta

El ardiente deseo de la señorita Taylor

SERIE

Historias de Little Lake 3

Bethany Bells

Selecta

Todas las sustancias son venenos, no existe ninguna que no lo sea.

La dosis diferencia un veneno de un remedio.

Dosis sola facit venenum («Solo la dosis hace al veneno»).

Paracelso (1493-1541)

Capítulo 1

Tú también piensas que el señor Walker está muerto, ¿verdad?

Irene lo sabía. Sabía que ese hombre espantoso estaba al otro lado de la puerta, justo ahí, esperando pacientemente. Casi podía sentir su calor y el tacto rugoso de su guante, apoyado en la madera.

—Vamos, señorita Adler, salga de ahí. —Lo oyó decir con una voz metálica y fría como su estilete. Ese con el que había asesinado a la pobre lady Pauline. ¡Con el que pretendía matarla a ella!—. Sabe tan bien como yo que no tiene escapatoria.

Ella no contestó y se hizo un silencio. Creyó que abriría poco a poco, para llenarla de espanto, pero no. La puerta se estremeció bajo lo que posiblemente había sido una potente patada, y lanzó a Irene hacia atrás, hasta caer de espaldas, tumbada sobre el suelo.

En el umbral se recortaba la ominosa figura de aquel malvado, dando una impresión funérea.

—Por fin, señorita Adler... ¡Pequeña entrometida!

—¡Ya avisé a la policía! —replicó ella, aturdida, arrastrándose hacia atrás como podía, siempre guapa y elegante—. ¡Les dije que fue usted el asesino de lady Pauline! ¡No tiene escapatoria!

—Ya lo sé. ¡Maldita sea, señorita Adler! Por su culpa voy a tener que dejar atrás el único mundo civilizado y huir al continente. —Le mostró el estilete—. Pero antes de irme, usted va a dejar de ser una molestia...

—¡Oh! —exclamó Irene, llevándose una mano a la boca.

Él dio un paso al frente, y se vio perdida. Pero, casi al mismo tiempo, la ventana del salón se abrió de par en par, con estruendo y un aleteo de cortinones, y lord Worth cayó de pie junto a ella, flexionando las piernas como un tigre, y agitó su bastón hacia el canalla, quien, temeroso de volver a perder en un enfrentamiento, dio media vuelta y echó a correr.

Lord Worth sonrió, se recolocó el sombrero de copa con un golpecito de la empuñadura del bastón y se volvió hacia Irene.

—Mi querida señorita Adler, está usted encantadora sobre la alfombra.

—No sea tonto. —Le tendió la mano—. Ayúdeme a levantarme.

—¿Ayudarla? —Él se arrodilló a su lado, arrojó el sombrero y el bastón lejos y la tomó entre sus brazos—. ¡Lo que voy a hacer es besarla!

—¡Oh! ¡No se atreverá!

Pero, sí, aquel osado se atrevió. Se inclinó hasta unir sus labios y...

¡—¿Sarah?

La voz de su padre la sobresaltó y la punta de la pluma dibujó una línea brusca, casi raspando el papel. Había estado tan concentrada en la escena final de su novelita que ni lo había oído acercarse por el pasillo. A toda velocidad, escondió los pliegos comprometedores en el interior de su pequeño escritorio, colocó bien los contratos que se suponía estaba copiando y adoptó una pose laboriosa y profesional.

—¡Estoy aquí, papá! —exclamó, aunque su padre ya había entrado en el despacho—. Ah, hola.

—Hola, querida —replicó Richard Holmes, un hombre alto y atractivo, muy parecido a su hija. De él había heredado los grandes y expresivos ojos verdes—. ¿Has terminado? Sir Walter va a llegar en cualquier momento.

Sarah arqueó las cejas, mientras sentía que el corazón se le aceleraba. Oh, ¿por qué, por qué, por qué tenía que ser tan tonta? Era oír el nombre de ese impresentable y tener la impresión de que la sangre corría más rápido por sus venas. «Es solo que estás sola», se recordó. Se aburría demasiado. Hasta sir Walter le resultaba útil para matar el tedio.

—¿Va a venir? ¿Aquí? Creía que ibas tú a Heatherfield Manor.

—No, no. Me dijo que prefería acercarse él. Supongo que quiere aprovechar para dar una vuelta por el pueblo con ese trasto terrible y probar de nuevo suerte, a ver si por fin atropella a alguien.

—¡Papá! —exclamó ella, simulando estar escandalizada, aunque se le escapó una risa.

—Es un atolondrado... —Frunció el ceño al ver un cuadro algo torcido. Era uno de los óleos de sir Francis Heatherfield, el abuelo del actual baronet, y mostraba la bonita imagen de Little Lake nevado durante unas navidades. Sir Walter, al heredar su título, se lo había regalado al padre de Sarah. Según les había contado el señor Holmes a su esposa y su hija, estando en Heatherfield House, en Londres, él había admirado la obra y sir Walter se la había entregado. Sarah se alegraba, porque era su cuadro preferido de toda la casa, con diferencia—. Este maldito trasto... ¡Siempre igual!

—Eres un poco maniático —bromeó su hija, pese a saber que ella también lo era. De la misma forma que el tono de los ojos, había heredado aquel carácter detallista y una perspicacia que esperaba que la ayudase en sus historias de detectives. Algunas de sus sugerencias le habían encantado a su mejor amigo, el doctor Doyle, que también gustaba de escribir relatos de ese género. En esos momentos, estaban disfrutando mucho, escribiendo cada cual una novela para intercambiarlas luego y leerlas ya terminadas—. Si estaba inclinado, ni se notaba.

—Me gusta que todo esté perfecto, lo sabes. Además... —Volvió a fruncir el ceño al reparar en algo. Sarah siguió su mirada y se fijó en el papelito que había sobre la alfombra. Un trocito muy pequeño. Su padre avanzó hacia el armario en el que guardaban la caja fuerte. No era un escondite en sí, puesto que no tenía cerradura ni trataban de ocultarlo. Era un tema más estético que otra cosa. Giró la portezuela y contempló el interior, pensativo—. ¿Tú has abierto esto?

—No. ¿Por qué?

—Porque alguien lo ha hecho. Últimamente pongo ese papel para asegurarme.

Sarah parpadeó, con una sensación extraña. Funérea, diría, con aquella palabra maravillosa que había descubierto en un libro de poesía y que había buscado cómo meter en su novela de misterio. Aunque quizá no se pudiera aplicar a lo que estaba sintiendo en esos momentos...

—Puede haber sido Molly. —Era la criada, la única que entraba en el despacho además de ellos. Limpiaba con cuidado de no mover ni un solo papel del señor Holmes—. Al pasar el plumero...

—No. Sabe que no debe abrir el armario y, además, estoy hablando de la caja fuerte. Han abierto la caja fuerte, Sarah.

Ella abrió más los ojos.

—¿Estás seguro?

—Por completo. —Sarah esperó mientras él giraba el mecanismo para dejar a la vista el interior de la caja. Allí se guardaban los documentos más importantes de la administración de las propiedades de sir Walter, además de objetos valiosos y algo de dinero. Las cosas estaban tal como ella las recordaba... o eso creía. Su padre pasó una mano por el contenido y luego señaló un lateral, con un dedo—. Puse el papelito justo aquí, en el borde, para asegurarme de que se caería sin llamar la atención. Alguien ha abierto la caja, seguro. —Agitó la cabeza—. Además, no es la primera vez que tengo esta impresión. Por eso coloqué el papel.

—Pero ¿quién querría...?

—No lo sé, dentro no hay nada demasiado importante, ya lo sabes. Todo asuntos de la administración de Heatherfield Manor y el resto de las propiedades. —Ella asintió—. Pero te recuerdo que Walker sigue sin aparecer. —Peter Walker, el que había sido secretario de su padre. El año anterior, por primavera, había solicitado unos días libres para ir a visitar a su familia, alegando que su madre había empeorado en sus dolencias, pero nunca regresó, y cuando se investigó el asunto sus familiares aseguraron que nunca llegaron a verlo—. Y no me creo que abandonase a su familia para irse a América con una actriz, como constaba en el informe de Dalton.

—Otro que fue asesinado —apuntó Sarah. Ambos se miraron serios—. Tú también piensas que el señor Walker está muerto, ¿verdad?

Su padre hizo un gesto indeterminado.

—Walker era muy formal. —El tiempo del verbo le dio la respuesta, y se sintió muy triste. El señor Walker siempre había sido amable con ella. Viudo sin hijos, sin más familia que una madre muy anciana y una hermana solterona, la había tratado con cariño y le había enseñado muchas cosas: latín, francés, historia, literatura, matemáticas... Leían novelas y las comentaban, y fue quien la animó a soñar con ser escritora y a plasmar en papel sus propias historias. Le encantaba volver de la escuela y pasar horas con él, en esa misma biblioteca. «Estamos rodeados de conocimiento, pequeña Sarah», recordó que le había dicho una vez, haciendo un gesto a las

largas filas de baldas, llenas de libros. «Hay tanto a nuestro alrededor que a veces el bosque no nos deja ver los árboles. Pero nunca olvides que son los árboles los que de verdad importan, los únicos que importan. Porque crean el bosque»—. Jamás se hubiera ido de semejante manera, y menos teniendo en cuenta la mala salud de su madre, tan mayor.

—Cierto.

—Además, ¿por qué Dalton se limitó a cerrar el caso de ese modo, sin avisar siquiera al capitán Miles? No se supo hasta que lo encontraron muerto bajo el hielo del lago. Ahí había algo...

—Algo relacionado con un crimen cometido hace cincuenta años... —murmuró ella, pensando en voz alta sin darse cuenta, y se mordió el labio inferior. ¡Tonta! Aunque se sabía que Edna Perkins había sido asesinada, de no ser por los condes de Sackville no se hubiera continuado con la investigación y, seguramente, nunca se hubiera vinculado con ningún otro caso, como la desaparición de Peter Walker, ni con lo ocurrido a lady Pamela, tanto tiempo antes.

Bien sabía Dios que el teniente Dalton había intentado por todos los medios que ambos asuntos quedasen en nada, y el capitán Miles, que ya solo pensaba en su retiro inminente, no estaba por la labor de complicarse la vida. Lo había dejado todo en manos de Dalton, su sucesor elegido, pero todo se había complicado cuando encontraron muerto a este último, durante las navidades.

—Es verdad, el doctor Watson me habló de ello... —Su padre frunció el ceño—. Esto cada vez tiene peor aspecto.

Como tantas otras veces, Sarah consideró la idea de contárselo todo: lo del botón de Dalton encontrado en la escena del crimen, lo del «profesor» de voz cavernosa que parecía estar al frente de todo, lo del hombre embozado que disparó contra Tom y el doctor Keller desde los tejados, lo descubierto sobre la señora Perkins y su estancia en Bath con su hija...

Pero si lo hacía, si se implicaba hasta ese punto, su padre la encerraría en casa bajo llave y no permitiría que fuera a ningún sitio, ni sola ni acompañada. De modo que calló la boca y agitó la cabeza.

—Creo que no deberíamos exagerar... —intentó continuar, pese a sentirse muy mal por mentirle.

—¿Exagerar? —replicó él—. No lo creo. Walker se ocupó de esa confesión que la señora Perkins mandó al baronet y que, al parecer, nunca llegó. Y ella también fue asesinada... Ahora estoy convencido de que alguien ha entrado en esta casa, que anda trasteando en este despacho sin que nos demos ni cuenta. No puede ser una coincidencia. Sarah, tenemos que tomar medidas.

—¿De qué tipo?

—Voy a contratar un par de hombres de seguridad, para evitar que nadie deambule por los alrededores. —¡Seguridad! Algo impensable en Little Lake, donde el delito más grave en años había sido cuando Tom McAffrey, el Rizos, robó una vaca de la hacienda de Mallows—. Además, pondremos rejas en las ventanas y la casa se cerrará desde el anochecer hasta la

mañana. —Le lanzó una mirada directa—. Y tú, por supuesto, no volverás a salir sola.

Sarah suspiró. Exactamente lo que se temía.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Lo veo innecesario, papá. Ha pasado más de un año desde el asesinato de la señora Perkins y la desaparición del señor Walker, y como seis meses desde la muerte de Dalton. Y no ha ocurrido nada.

—Sí, bueno... Para evitar que ocurra.

—Pero, si vamos a eso, ya está ese nuevo mozo de cuadra, el señor Baxton —le recordó ella. Un par de meses antes, cuando el antiguo empleado, Rooney, se fue a Portsmouth a trabajar en la tienda de su hermano, que había tenido un accidente, su padre contrató a un hombre que había estado en el ejército. Además, después había viajado por todos los continentes, según aseguraba, y realmente contaba historias interesantes, pese a que no le resultara muy simpático a Sarah. Como tantos otros hombres, sobre todo los aventureros, consideraba que las mujeres eran una especie distinta, inferior en todas las virtudes excepto la de la belleza. Y esta última existía únicamente para el disfrute de los hombres. No le gustaba ni pizca cómo la miraba—. Sabe usar un arma y es un individuo fuerte.

—Sí, con él contaba ya. Pero creo que contrataré otros dos hasta que todo esto se resuelva. — Ella iba a seguir protestando, pero se oyó un estrépito fuera. Ambos se volvieron hacia la ventana —. Ahí está el baronet.

Se asomó a mirar. Sarah se levantó y también fue hacia allí. No tardó en ver el cabriolé de sir Walter, que llegaba dando alegres brincos por el camino. A principios de primavera había cambiado su coche de invierno, mucho más pesado —una especie de landó modificado—, por esa cosa rápida y peligrosa, y tenía ya desesperados a todos los habitantes de Little Lake.

El domingo anterior, en su sermón, el reverendo Strade —padre de su amiga Gladys y un hombre maravilloso— había dado gracias a Dios por el hecho de que todavía no hubiera atropellado a nadie y le había pedido que enviase a su preciado baronet más medida a la hora de conducirlo. Pero, dado que sir Walter estaba en esos momentos dormido en su banco, no había servido de mucho.

—Habría que decirle algo —murmuró Sarah. Pero su padre y ella se miraron de reojo, seguros ambos de que nadie lo haría. El señor Holmes era el administrador y abogado de sir Walter en la localidad, y ni de lejos pensaba molestar a su patrón. Y ella prefería no tratar de nada con él, por principio—. Bueno, voy a terminar los documentos, por si llega con vida. Así podré irme antes de que entre al despacho y...

—Me temo que no vas a tener esa suerte. Tu madre quiere que almuerces con nosotros.

Ella lo miró con alarma.

—¿Se va a quedar sir Walter?

—Por supuesto. Por eso tu madre ha dicho eso.

¡Demonios! Por supuesto. Se odió por pensar que, al menos, las circunstancias la pillaban con una blusa blanca que le sentaba especialmente bien, igual que la falda de cuadros en tonos

blancos y verdes y que se recogía con elegancia en el habitual polisón. Esa mañana se había visto muy atractiva en el espejo...

¡Oh! ¿Por qué pensaba esas cosas? No quería estar guapa, y menos para ese mujeriego.

—Pues dile que no estaba —sugirió—. Que ya había salido.

—Desde que se fueron Gladys y Helen, apenas sales, Sarah. No se lo va a creer.

Era verdad. Desde febrero, cuando Gladys y Helen se marcharon a Londres tras la boda de esta última, había pasado unos meses muy malos, muy tristes, allí sola. Excepto por las visitas de Doyle y Touie, que iban desde Portsmouth a verla, por las charlas con el marido de Helen, el doctor David Keller, y por su afición a escribir, que la había ayudado mucho a evadirse de su triste realidad, vivía atrapada en una especie de burbuja, esperando el momento del regreso de sus amigas, que no tardaría ya mucho.

Aunque, tras el verano, volverían a irse, recordó con desaliento. No, no podía ser. Adoraba Little Lake, pero no tenía sentido estar allí sin ellas. Quizá debería acompañarlas esta vez, viajar a Londres. Seguro que Gladys, ahora lady Gladys Barrows, condesa de Sackville, la invitaba a alojarse también en Northway House, como había hecho con Helen. Podría vivir con ellas y probar suerte enviando historias a algún periódico.

La idea la entusiasmó. Si tenía un poco de suerte, en poco tiempo podría mantenerse a sí misma publicando artículos o relatos, o incluso escribiendo novelas, y, de ese modo, no necesitaría el matrimonio para nada. Odiaba a los hombres. Les arrebataban a sus amigas y, para más inri, pretendían casarla con uno totalmente idiota.

Pensar en eso la sacó de sus ensoñaciones, porque el idiota se aproximaba a su casa.

—Bueno. Pues dile que me encontraste muerta. Con la boca abierta y mirando al techo.

Su padre rio divertido.

—¿Alguna idea sobre quién pudo ser tu asesino?

Sarah puso los ojos en blanco.

—Sir Walter, sin duda. La idea de almorzar con él acabó conmigo.

Su padre lanzó otra risa y le pasó un brazo por los hombros para atraerla con cariño hacia su pecho. Mientras, fuera, el baronet había detenido el coche por el sistema de estamparlo de lado contra un grupo de cántaros de barro que adornaban el jardín de su madre.

De haber cometido su padre o ella semejante estropicio, la señora Holmes hubiera puesto el grito en el cielo y habría estado recluida en su dormitorio el resto de la semana, reponiéndose del disgusto. Pero como lo había hecho aquel cretino de lengua lisonjera, no dejaba de repetir que no importaba, que no había pasado nada. ¡Por favor! ¡Solo eran unos cuantos cántaros! Además, ya tenía pensado cambiarlos un día de esos. Su hija iba a ayudarla, lo cual era algo maravilloso, porque Sarah tenía un gusto innato para la decoración.

—Oh, demonios... —masculló Sarah, deseando sacudir a su madre hasta hacer que se le soltase el moño. Su padre rio entre dientes.

—No hagas caso. Termina el contrato, anda. —La estrechó para besarla en la cabeza con

cariño y se dirigió hacia la puerta—. Voy a buscarlo.

—Bien...

Resignada, volvió al escritorio, reunió los documentos y terminó con su letra, pulcra y bonita, los pocos párrafos que le faltaban. Estaba escribiendo los últimos detalles, indicando dónde debían ir las firmas, cuando oyó voces acercándose.

Su madre, que jamás pisaba el despacho por si tanto papel perturbaba su cándida mente femenina de dama elegante —o algo así dijo, en cierta ocasión—, fue la primera en cruzar el umbral. Detrás entró un deslumbrante y siempre entusiasta sir Walter Heatherfield.

Capítulo 2

Y usted, preciosa, pero su texto es horrible

Sarah cruzó las manos a la espalda y crispó los dedos.

¡Cómo odiaba que se le acelerase de ese modo el corazón! Pero ¿cómo impedirlo? Sir Walter Heatherfield era un hombre alto y tremendamente atractivo que no podía disimular su naturaleza pícara y mujeriega. Tenía unas pupilas oscuras que parecían capaces de desnudarte, y una sonrisa que siempre se manifestaba divertida por la idea de que iba a besarte en cualquier momento y sin que pudieras oponerte, porque algo en él te dejaba por completo sin voluntad. Era demasiado guapo para su propio bien y, desde luego, para el bien de Sarah.

Además, era un auténtico dandi inglés. Esa mañana iba tan elegante como de costumbre: traje de tonos tostados ideal para el buen tiempo del que estaban disfrutando, camisa blanca con los adornos justos, nudo de corbata impoluto con un diamante enorme en el alfiler, zapatos lustrados hasta casi convertirse en espejos y un anillo de oro con el sello de la familia Heatherfield en su mano derecha. El sombrero y el bastón, sus dos complementos imprescindibles, debía haberlos dejado en manos de Molly.

Nada más entrar, la buscó con los ojos, en una mirada directa que ella supo esquivar, como siempre.

—¡Sarah, querida! —exclamó su madre, con entusiasmo. La señora Odette Holmes era bajita, algo regordeta y solía recoger su cabello en un amasijo de tirabuzones en lo alto de la cabeza, con la esperanza de parecer más alta y estilizada. Hija pequeña de un comerciante de Portsmouth, nunca había ocultado que aspiraba a llegar muy lejos en sociedad, lo más posible. Quería ser considerada una dama importante, un pilar de la comunidad. Por eso, siempre se mostraba impecable, asistía y organizaba cuantos eventos le era posible y cambiaba detalles de sus vestidos casi cada día, para simular estrenar de continuo. Sarah, que solo había heredado su tono rubio del pelo, sentía un cúmulo de emociones contradictorias hacia ella. Era su madre, debía amarla. En realidad, la quería. Pero no la soportaba—. ¡Estás ya aquí, qué bien! —siguió, simulando mucha urgencia—. Atiende por favor a sir Walter, que tengo que decirle una cosa a tu

padre.

Sarah abrió mucho los ojos. Aquella mujer no tenía sentido de la medida. En cualquier sitio de la civilizada Inglaterra, dejar a un hombre y una mujer a solas implicaba comprometerlos gravemente. Claro que igual no estaba en un sitio civilizado. O quizá no estaba en Inglaterra.

Miró entre aturdida y furiosa a su madre.

—Eh... ¿yo?

—Sí, claro, querida. —La señora Holmes tuvo el valor de devolverle una mirada de advertencia con la que parecía decirle «haz el favor de no ser tonta, que te estoy ofreciendo una oportunidad»—. Ahora venimos, son solo dos minutos. Seguro que podemos confiar en que sepan comportarse.

—¡Mamá!

Sir Walter se echó a reír.

—Yo siempre sé cómo comportarme, mi querida señora Holmes. El problema es que no siempre es como debe comportarse uno.

—¡Oh, pero qué pillín es usted!

—Siempre que puedo. No se preocupe, vaya tranquila. Me ocuparé de vigilar a su hija.

«Bellaco», pensó Sarah, indignada. Para su mayor mortificación, su madre y el baronet intercambiaron varias carcajadas.

—Por favor, acomódese, sir Walter. Ahora vuelvo —dijo la señora Holmes encaminándose hacia la puerta—. Ya de paso comprobaré cómo va la organización del almuerzo —añadió, antes de alejarse trotando alegremente.

¿Comprobar el almuerzo? Eso indicaba que iban a tardar más de dos minutos. Las cosas que podían ocurrir allí dentro en ese tiempo pasaron a toda velocidad por la cabeza de Sarah. Muchas de ellas solo las conocía a través de los libros de anatomía de Helen y las explicaciones de sus amigas casadas, pero resultaron de lo más realistas y perturbadoras en su mente.

Sir Walter sonrió como si hubiera podido leerle los pensamientos y avanzó resuelto hacia ella. Sarah volvió a sentir el mismo pánico de siempre. No podía caer bajo su embrujo, no debía caer. Si lo hacía, no se lo perdonaría nunca.

—Señorita Holmes, me alegra mucho volver a verla —dijo el baronet, iniciando una reverencia cortés—. Tengo que decirle que hoy está usted especialment...

Sarah interrumpió frase y gesto estampándole los papeles del contrato en el pecho. De haberla visto sus padres, se hubieran horrorizado. Pero sir Walter solo pareció divertido.

—Ahí tiene el contrato —dijo, tensa—. Revíselo y compruebe que está todo bien.

—Oh, pero por supuesto... —Miró a su alrededor buscando un lugar donde sentarse y se dirigió a una silla, pero esperó de pie. Se miraron—. Pese a su evidente hostilidad, soy un caballero, señorita Holmes, y a usted la considero una dama. Esperaré a que se siente. Sobre todo, teniendo en cuenta que solo tiene una pierna.

Aquello, y el brillo risueño de sus ojos, estuvo a punto de hacerla reír. Ese era el peligro de sir

Walter, que podía resultar tan absolutamente encantador que te inducía a desear pelear por conquistarlo, por el sueño absurdo de convertirte en la única mujer en su vida. Una lucha en la que no estaba dispuesta a participar porque no creía que pudiera ganarse.

—Muy gracioso —replicó, sentándose. O más bien dejándose caer en una silla cercana.

—No, en absoluto. La graciosa fue usted. —Sir Walter se acomodó también, comprobó el número de páginas del documento, suspiró resignado y empezó a leer, aunque con poca atención, porque siguió hablando con ella—. Fue muy divertido. Estaba tan borracho que hasta la creí.

—Ya me lo dijo. En la cena de Nochebuena. Y en el baile de Navidad. Y en el de Año Nuevo.

—Ah, sí. Cierto. —Cabeceó él, encadenando asentimientos—. Cada vez que no quiso bailar conmigo. —La miró por encima de los papeles—. ¿Por qué no quiere hacerlo?

«Porque no quiero sentir tus manos sobre mí», pensó ella, y se preguntó si el calor que le provocaba semejante idea había llegado a ruborizar sus mejillas.

—¿Qué puede importarle? Tenía a la marquesa viuda de no sé qué rondando como un buitre a su alrededor.

Él la miró y lanzó una carcajada.

—Wesleyth. Marquesa viuda de Wesleyth. Y ni yo mismo lo hubiera expresado de mejor modo, mi querida señorita Holmes. Y eso que se me dan bien las imágenes dramáticas. Supongo que el modo en que se deshizo la señorita Watson de ella le quita gravedad al asunto y anima a reírse un poco.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Se lo contó?

—Bueno, ella no. Lo hizo Glad. La señorita Watson y yo no tenemos tanta confianza como para hablar de purgantes y sus consecuencias. Al menos no todavía.

Sarah parpadeó, más sorprendida aún. Sabía que Gladys era ya muy amiga de sir Walter, pero no imaginaba que hasta ese punto.

—¿La llama Glad?

—¿A lady Gladys? Sí, por supuesto. Hace ya tiempo. Es la esposa de mi mejor amigo, estábamos condenados a llevarnos bien en todo caso, pero es que, además, es un auténtico encanto. La aprecio mucho. Si me hubiera prestado atención, lo hubiera sabido.

Sarah titubeó. Si Gladys y sir Walter tenían tanta confianza entre ellos, algo bueno debía tener ese hombre. Hasta se alegraba un poco, para su desesperación.

—Gladys tiene buen ojo para el carácter humano —decidió decir—. Quizá no sea usted tan malo, después de todo.

—O quizá no sea humano —replicó él, juguetón. Sarah puso los ojos en blanco, suplicando por un poco de paciencia.

—Es otra posibilidad. Pero la veo poco probable. Se equivoca demasiadas veces como para ser divino.

Él se echó a reír.

—¿Va a bajar la guardia conmigo?

—Si me mira así, no.

—Qué decepción.

—Seguro que sí. —Buscó algo que decir, algo que los alejara del juego del coqueteo, y solo se le ocurrió volver a hablar de la odiosa marquesa viuda—. Bueno... Pues Helen se deshizo de esa arpía, sí. Y menos mal, porque, de haber sido por usted, todavía estaría alojada en Heatherfield Manor.

Sir Walter rio entre dientes.

—¿Está celosa, señorita Holmes?

—¿Yo? ¿Celosa? —Irguió la espalda, ofendida—. ¿Por qué debería estarlo?

—Esa impresión me da siempre que me mira —replicó él, con un leve encogimiento de hombros, aunque en esos momentos había vuelto a bajar la vista y la tenía fija en los papeles, como si ahora fuese la conversación lo poco importante, eso a lo que apenas prestaba atención. «Mentiroso». Sarah casi pudo sentir su tensión y un lejano regusto de enfado—. Que quiere algo de mí, que está enojada porque no se atreve a intentar tomarlo y que odia que lo comparta con otras mujeres.

Ante tan sencilla exposición de lo que estaba ocurriendo entre ellos —y acertada, a qué negarlo—, Sarah sintió la garganta reseca. Durante unos segundos, solo se oyó el tictac del reloj de abuelo que presidía una de las paredes.

—No juegue conmigo, sir Walter —dijo, seca—. No soy una de sus amiguitas, y nunca lo seré.

Justo entonces él alzó los ojos del papel y sus pupilas se encontraron. Sir Walter le clavó una mirada extraña, directa y profunda, que provocó un escalofrío a lo largo de la espalda de Sarah. No algo desagradable, no. Por desgracia, al contrario.

El silencio se extendió durante otro par de largos segundos. Quizá él iba a hablar; ella, por su parte, estaba buscando qué decir, cuando de pronto entró el padre de Sarah. Se lo veía enojado y con la chaqueta algo ladeada. Seguro que hasta había tenido que forcejear con la señora Holmes para poder regresar al despacho.

—Todo solucionado, sir Walter —anunció, con un carraspeo—. Disculpe.

—No se preocupe, no ocurre nada —dijo el baronet. Y sus ojos volvieron al documento—. Su hija ha sido tan amable de entretenerme.

«Entretenerlo». Sarah apretó los labios para contener una réplica lo bastante ácida como para disolver a un baronet sobre la alfombra, y trató de controlarse. Sobre todo, cuando su padre le hizo un gesto de súplica mientras se dirigía al mueble de los licores.

—Perfecto. ¿Desea tomar una copa antes del almuerzo?

—No, gracias. —Empezó a pasar documentos, solo mirando por encima, con expresión hastiada—. He tomado la determinación de...

Se interrumpió, sorprendido, y, por primera vez, sus pupilas prestaron toda su atención a las

líneas que iba leyendo. A medida que avanzaba, los ojos parecían ir empujando más y más las cejas hacia arriba.

—¿Todo bien, sir Walter? —preguntó el señor Holmes, preocupado—. ¿Está conforme con las cláusulas, o tiene algún problema en algún punto?

—Eh... sí. Digo, no, no. —Hizo una mueca—. ¿Puede, por favor, pedirle a alguien que avise que no voy a ir a almorzar a Heatherfield Manor? Ahora que lo pienso, me parece que olvidé decirlo, y Mimi se enfadará.

—Oh, ahora mismo llamo, por supuesto... —empezó el padre de Sarah, dirigiéndose hacia la campanilla—. No se preoc...

—Preferiría que fuese usted mismo a hablar con algún criado, para avisar cuanto antes, señor Holmes. Si no le importa, me quedaría mucho más tranquilo.

—¿Eh? —El otro titubeó desconcertado. Pasó la vista del baronet a su hija un par de veces, tratando de decidir qué hacer. Un tiempo innecesario, en opinión de Sarah. Todos allí vivían del sueldo que pagaba sir Walter, y jamás osarían llevarle la contraria—. Por supuesto. Ahora vuelvo.

Ella observó mientras su padre salía. Luego le frunció el ceño.

—¿Por qué se ha inventado eso? Porque se lo ha inventado, no lo niegue.

—No lo niego. Solo intentaba evitar que él viera esto. —Sacó una hoja de entre el grupo de documentos. Sarah la reconoció al momento, con espanto, porque estaba marcada con un rasgón. En el revuelo de páginas, se le había quedado su gran final entre las páginas del contrato—. Más que nada porque me consta que su padre es un hombre con sentido literario, y, bueno...

—Deme eso. —Sarah se puso en pie y sir Walter la imitó al momento. Hasta hizo amago de ir a tenderle caballerosamente el papel, pero ella se lo arrebató con enfado—. ¡No debió leerlo, señor!

Él tomó aire de forma evidente.

—Créame, señorita Holmes, ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Qué quiere decir?

—Que es malo de solemnidad, claro está. No me extraña que el malvado huyese. Yo también lo hubiera hecho, de ser uno de los personajes.

Durante un par de segundos, Sarah se limitó a abrir y cerrar la boca, incapaz de articular palabra, sintiendo que se ruborizaba de un modo impensable hasta ese momento. Seguro que tenía rojos hasta los dedos de los pies.

—¿Cómo... cómo se atreve?

—Bueno, solo le doy mi opinión, claro está. Pero, aunque no lo crea, me gusta leer y me considero un hombre bastante instruido.

—Instruido. ¡Ja!

—Tanto como para detectar el sarcasmo cuando me lo lanzan a la cara. O para sentirme capaz de decirle que *funéreo* es una palabra preciosa, pero que debería reservarse para el ámbito de la

poesía, que es donde corresponde. En su texto queda pretenciosa y rimbombante.

—¿Cómo... cómo...?

—Cómo me atrevo, sí. La verdad, no lo sé. Debería aplaudir y decirle que su novela es un dechado de virtudes y ganarme unos cuantos puntos para conseguir lo que deseo —¿lo que deseaba? Sarah estaba demasiado aturdida como para seguir esa línea de pensamiento—, pero, ya ve, la aprecio sinceramente, y temo que cometa la torpeza de mostrarla por ahí. —Agitó la cabeza—. Escuche, sé que tiene muy mala opinión de mí, pero...

—Eso es quedarse corto, señor.

—Pues, aun a riesgo de que me odie más todavía, le voy a hacer el favor de sugerirle que lance ese texto tan... *funéreo* al fuego, observe alegremente cómo arde y aprenda la lección: lo que no vale, no vale. Vuelva a empezar.

—¿Volver a empezar? ¡Estoy acabando la novela!

—Si es como ese final, hágase un favor: láncela entera a las llamas. Con mayor alegría, incluso.

—Es usted odioso.

—Y usted, preciosa, pero su texto es horrible. Lo que está en su cabeza no está en el papel, Sarah Holmes. Si no descubre el modo de transmitirlo... más vale quemarlo.

—¿Sabe qué puede hacer con sus opiniones...? —empezó ella, pero se detuvo al ver entrar a su padre.

—Ya está, sir Walter. —El señor Holmes los miró sorprendido, seguro que captando la tensión en el ambiente—. ¿Todo bien?

—Perfectamente. —Sir Walter agitó los contratos—. Bonita letra, señorita Holmes. Eso siempre es un buen comienzo a la hora de querer escribir.

—¡Oh! —exclamó ella, como pudo haber exclamado Irene Adler. Y salió del despacho hecha una furia.

Capítulo 3

Qué buena idea se te acaba de ocurrir, mamá...

¿Había estado demasiado brusco con ella?

Walter se maldijo otra vez en silencio. Menuda pregunta, por supuesto que sí. ¿Cómo se le había ocurrido hablarle así? No se podía ser más bocazas, ni tener menos cabeza. Solo había una cosa peor que decirle a una mujer que no estaba hermosa ese día, y era decirle a un escritor que su texto era pura basura y aconsejarle que lo mejor que podía hacer con él era quemarlo.

Y mira que podría haberse limitado a sonreír como un bobo y a ganar posiciones. Solo necesitaba devolverle el papel con alguna mentira piadosa. «¡Estremecedor, señorita Holmes!». «¡Qué riqueza de personajes, señorita Holmes!». «¡Qué obra maestra del suspense! ¡No puedo esperar a verla terminada, señorita Holmes!».

¡Hasta podía haberse ofrecido a publicarlo en algún periódico, por entregas! Algo que, por supuesto, no hubiera ocurrido nunca, por el bien de la humanidad, solo lo hubiera dicho para provocar un acercamiento entre ellos.

Hubiera estado tan agradecida...

Pero no había podido evitar exponer toda la verdad por muchas razones, y la calidad del texto solo era una de ellas.

Maldito infierno, bien sabía que la primera de todas, la más importante, era porque estaba resentido. Mucho. Walter no estaba acostumbrado a ser tratado con indiferencia y hasta rechazo, y menos por parte de las mujeres. La naturaleza lo había hecho atractivo e inteligente, más listo de lo que le convenía, en ocasiones; y la suerte, lo bastante rico como para poder mostrarse muy seguro de sí mismo en cualquier circunstancia.

Era un buen partido, pese a no tener un título en verdad nobiliario, y, hasta conocer a Sarah Holmes, toda mujer que había despertado su interés había caído rendida en sus brazos con muy poco esfuerzo. Quizá no de inmediato —no todas, al menos, lo cual le daba un gusto más delicioso a la propia caza—, pero sí prácticamente enseguida.

Sin embargo, la señorita Holmes llevaba ya meses resistiéndose. Cosa de un año, contando

desde que la conoció, maldita fuera. Y lo peor era que él no podía evitar seguir allí, obsesionado por aquel extraño interés que sentía por ella, algo cada vez más profundo, como un lago de aguas densas, aceitosas, que le permitían hundirse, pero no volver a la superficie a recuperar aliento.

Tenía gracia, jamás hasta entonces había pisado Little Lake, apenas pensaba en aquel lugar excepto cuando lo visitaba el señor Holmes por algún tema de sus rentas, y ahora parecía atrapado en el sitio. Dos veces se había ido a Londres en ese tiempo y siempre había vuelto a los pocos días con excusas que no se creía ni él mismo.

Empezaba a sentir algo que se asemejaba mucho al pánico. ¿Es que se había vuelto loco? Él no estaba hecho para el matrimonio, no tenía madera de buen esposo y mejor padre, su concepto de familia era algo muy vago, difuso, y se centraba sobre todo en la idea de una abuela que jamás había tenido, pero que se había personificado en Mimi, su niñera y posterior ama de llaves y gobernadora de su casa.

Se casaría algún día, por supuesto, para poder cumplir con su deber familiar de legar el título a otro Heatherfield cabeza loca, pero jamás implicaría su corazón en ello, solo su parte más varonil y entusiasta.

Y, llegado el momento, no elegiría para compartir su apellido y su fortuna a una jovencita sin título, fortuna, ni apenas rastro de sofisticación. Alguien del campo, tan sencilla como el brezo y tan simple como una amapola. Sus amigos de Londres se reirían mucho, de conocer semejantes pensamientos, y de llegar casado con alguien así, como había hecho Edward. Lo envidiarían por su belleza, sin duda, por su sonrisa deslumbrante y su alegría de vivir, pero los considerarían méritos propios de una amante, nunca de una esposa. Y él también lo hubiera pensado, hasta conocerla...

Pero cómo brincaba su corazón en el pecho cada vez que la veía... Una vez que sentías algo así, no podías vivir sin ello. Imaginar el mundo sin aquel acelerón en la sangre se le antojaba, ahora, gris y sin mayor sentido.

¡Y qué feliz era Edward con aquel alegre ramillete de brezo y amapolas que era Gladys! ¿No podría también él...?

¡Por todos los demonios! Definitivamente, debía irse de Little Lake cuanto antes. Y, esta vez, cumpliría de verdad su promesa de no regresar jamás en la vida.

—Debo irme cuanto antes —se le escapó, pensando en voz alta. Por suerte, ya habían terminado el almuerzo, que había sido sencillo pero delicioso. Como el brezo. Como las amapolas. Los tres Holmes lo miraron un tanto sorprendidos. No, la maldita no estaba sorprendida, solo lo miró con más dureza aún. Walter carraspeó—. Tengo que... hacer cosas, muchas cosas. Posiblemente me vuelva a Londres en un par de días.

—¡Oh! ¿Tan pronto? —preguntó la señora Holmes, desolada—. ¡Pero si prácticamente acaba de regresar...!

—Llevo ya tres semanas aquí, señora Holmes —le aclaró él. Tres semanas de sufrimiento, intentando conseguir... algo de aquella mujer. Algo sin éxito alguno—. Y soy un hombre muy

ocupado. Tremendamente ocupado. —Trató de imaginar alguna obligación, pero más allá de plasmar su firma en algún documento para sus administradores, como ese día con el señor Holmes, no se le ocurrió nada—. Tengo... tengo muchas cosas que firmar.

La señorita Holmes lanzó una risa muy poco educada.

—Seguro que sí. Que tenga usted buen viaje —deseó, con la ojeriza tiñendo sus palabras—. La verdad, no sé qué hace en Little Lake, cuando tantas obligaciones lo reclaman en Londres. Debíó quedarse allí y evitarse el trayecto. No sé a qué vino.

«A verte, tonta», pensó él, antes de ser consciente de lo que significaba eso. Abrió los ojos con horror y se puso en pie de un brinco. La servilleta cayó al suelo a un lado. Nunca se le había caído la servilleta, jamás, qué hecho más poco elegante.

—Tengo que irme... —Jadeó, recogiéndola.

—Sí, por supuesto —replicó el señor Holmes, levantándose también—. Lo acompaño. Y le haré llegar una copia con los document...

—¡Molly, las cosas de sir Walter! —ordenó la señora Holmes, con voz algo chillona. ¿Hizo también un gesto raro? Una mirada, como de entendimiento... La criada asintió, dejó lo que estaba recogiendo en la mesa y salió hacia el pasillo. Su señora se llevó una mano a la frente con afectación. Aunque quizá ella lo consideró pura delicadeza—. Oh, oh, creo que empiezo a tener una jaqueca. Yo...

—Ya sabes lo que te dijo el doctor Keller, querida: intenta pensar en otra cosa —le aconsejó su marido—. Un poco de descanso y una cop...

Entonces, la tal Molly volvió a entrar, enarbolando un sobre pequeño que a saber de dónde habría sacado, seguramente del bolsillo de su delantal, porque no le había dado tiempo material a ir a cogerlo a ningún lado.

—¡Señora, señora, una nota de Portsmouth! —exclamó, con la falsedad marcada en cada sílaba—. ¡De su hermana, la señora Broston!

—¿De mi hermana? ¿De mi querida hermana pequeña? —La señora Holmes se llevó la mano al corazón—. ¡Oh, no! Esto solo puede significar una urgencia y, sin duda, una terrible desdicha. ¿Qué puede pasarle?

—Oh, Dios mío... —musitó el señor Holmes, frotándose las comisuras de los ojos con disimulo. La señorita Holmes miraba a su madre, incrédula.

—¿Qué ocurre? —pregunto Walter, desconcertado.

—¡Oh! —La señora Holmes, que había abierto el sobre y leído su contenido angustiada, se puso en pie con la interpretación terrible de un sobresalto—. ¡Mi pobre hermana! ¡Está enferma y me necesita! Señor Holmes, debes llevarme a Portsmouth de inmediato.

Su marido abrió mucho los ojos.

—¿Ahora? Pero, querida...

—Está enferma. ¡A las puertas de la muerte, quizá! ¿Quieres que muera sola?

—Tiene un marido y cinco hijos —declaró la señorita Holmes con voz tranquila—. Tres de

ellos son idiotas, pero bien pueden hacerle compañía mientras muere.

Su madre la miró con trágica censura.

—Voy a ignorar ese comentario tan horrible, querida, porque sé que lo dices por puro miedo.

Eso consiguió desconcertar a su hija.

—¿Miedo?

—Sí. Seguramente tu padre y yo no podemos volver hoy, tendremos que quedarnos a pasar la noche con Hetty. Y es lógico que estés asustada ante la idea de permanecer sola en la casa.

—¿Que no vais a volver? Pero... —La señorita Holmes miró a su padre—. Papá, no puedes consentirlo. Recuerda lo de la caja fuerte...

—Lo sé —convino su padre. Walter frunció el ceño. ¿A qué se referían con «lo de la caja fuerte»?—. No puedes quedarte aquí sola. Será mejor que vengas con nosotros —sugirió, con voz débil.

—¿Qué? Pero...

—Oh, no, Sarah es demasiado joven, no debe angustiarse con estos temas tan tristes, Richard —declaró con firmeza la señora Holmes—. Pero estoy de acuerdo en que una jovencita no puede quedarse sola en la casa. Sería muy peligroso. Pero, esperen... ¡se me está ocurriendo una magnífica solución! —añadió, y lo miró a él, que observaba la puesta en escena entre atónito y fascinado—. Sir Walter, ¿verdad que no le importaría invitar a nuestra querida Sarah a pasar la noche en Heatherfield Manor? Allí, bajo la sabia custodia de Mimi, sabemos que estará a salvo de cualquier desdicha.

—Qué buena idea se te acaba de ocurrir, mamá... —masculló la señorita Holmes con ironía, tras un instante de tenso silencio.

—¿Verdad, cariño? —replicó su madre con una sonrisa plácida.

—Pero, querida, no creo que sir Walter... —intentó mediar el señor Holmes.

—Oh, para mí sería un gran placer —le aseguró Walter, sintiendo que, efectivamente, sería un placer y también una deliciosa tortura. ¡Demonios! Pero ¿en qué pensaba? ¡Ya se le estaba olvidando su decisión de marcharse a Londres y olvidarse por completo de aquella mujer! Debería decir que no, lo sabía; pero imaginó una cena, con ellos dos a solas en el cenador del jardín de Heatherfield Manor, y la idea lo llenó de entusiasmo—. Puede quedarse el tiempo que necesiten, señora Holmes. Lo que importa ahora es la salud de su hermana.

—¡Oh, lo que yo digo siempre, qué caballero tan amable es usted! ¡Solucionado entonces! —La señora Holmes palmeó con un entusiasmo poco propio de alguien cuya amada hermana pequeña estaba a las puertas de la muerte. Debió leer semejante crítica en la expresión de su marido porque, casi al momento, su expresión se volvió a oscurecer—. ¡Saber que va a estar bajo su custodia me tranquiliza mucho! Si le parece bien, la dejaremos en Heatherfield Manor de camino a Portsmouth.

—Por supuesto. Si quieren que la llev...

—No creo que... —empezó el señor Holmes.

—Me parece que no vo... —dijo la señorita Holmes, poniéndose también de pie, muy tiesa.

—Sarah, querida, acompaña a sir Walter a su coche —intervino la señora Holmes. Menos mal. Walter temía que nadie pudiera ya terminar una frase en aquella casa—. ¿Querrás hacerlo, por favor? Tengo que preparar el equipaje y mi cabeza... Mi cabeza está a punto de estallar.

—¿Equipaje? —La señorita Holmes apretó los labios—. ¿Para un día, mamá?

—No seas desconsiderada, querida. No sabemos cuánto durará su mal. Te enviaré un mensaje a Heatherfield Manor en cuanto tenga más detalles. Oh, mi cabeza... —La señora Holmes tendió una mano hacia su marido—. Querido, ¿me acompañas a mi salita? Tengo que tomar mi medicina. Me estalla la cabeza. Discúlpeme, sir Walter.

—Por supuesto, señora Holmes —barbotó Walter—. Lo siento mucho. Espero que se mejoren pronto usted y su hermana.

—Gracias, oh, gracias. Cuando volvamos de Portsmouth pasaremos a buscar a Sarah. Sé que puedo confiar en usted, todo un caballero, y que la cuidará bien.

—Le doy mi palabra de honor, señora Holmes. Su hija estará a salvo conmigo.

El señor Holmes lanzó una miradita de disculpa a su hija y se fue del comedor llevando del brazo a su esposa, que caminaba como si estuviera a punto de desmayarse. Walter suspiró interiormente mientras digería todo lo ocurrido, junto con el almuerzo. Sabía desde hacía mucho que los Holmes buscaban emparentar con él a través de su hija. Empezó por pequeños detalles, como menciones por parte del señor Holmes durante sus visitas en Londres, y siguió con acciones más agresivas por parte de su esposa, una vez que estuvo en Little Lake.

En otros tiempos, aquello le habría hecho una cierta gracia. Ahora no estaba tan seguro. Pero, sin duda, tenía que admitir que la madre de Sarah era una mujer de fuertes convicciones y valor sin igual.

—¿Y bien? —le dijo a la señorita Holmes en cuanto se quedaron solos, de pie a ambos lados de la mesa, en la que habían quedado olvidados los platos con los restos del postre.

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué quiere? ¿Una disculpa?

—¿Una disculpa? ¿Y por qué tendría que disculparse usted?

—Por la obra de teatro que le ha dedicado mi madre, claro está. Como imaginará, mi tía no ha enviado ninguna nota ni se encuentra mal. Todo ha sido escenificado por mi madre para obligarlo a invitarme mientras ellos se quitan de en medio, solo porque usted ha dicho que se va a ir a Londres y no quiere dejarlo escapar. No parará en su empeño de casarme con usted hasta que... hasta que usted se case por fin con alguna otra. —Se cubrió las mejillas con las manos—. Lo siento. Estoy muerta de vergüenza.

Walter rio, quitando importancia a lo ocurrido con un gesto.

—Oh, no se preocupe. Para empezar, no es culpa suya. Y, además, lo he sabido todo el tiempo, la verdad. Su madre es una mujer muy divertida.

—«Divertida»... —masculló la señorita Holmes.

—Sí. Debo reconocer que siempre me sorprende su creatividad. No ha sido una mala puesta en escena, yo he protagonizado otras peores. —Dado que se refería a enredos de burdel, decidió seguir rápido, para no dar opción a hacer preguntas—. Pero, lamentablemente para ella, no podría ganarse la vida como actriz. Eso sí, a su favor diré que Molly es peor todavía.

Por fin captó un destello de pura diversión en los ojos verdes de la muchacha.

—Oh, sí... —Rio entre dientes—. Bueno, pues yo diré en su descargo que Molly solo hace lo que le dicen, la pobre... —Agitó la cabeza—. Qué vergüenza...

—Insisto en que usted no tiene la culpa de nada, mi querida señorita Holmes. Me consta que, de ser por usted, yo no estaría ni en Inglaterra. —Ella volvió a sonreír, pero sus ojos adoptaron el aire frío de siempre, seguro que al recordar sus palabras sobre su texto. Walter carraspeó—. ¿No me acompaña a la puerta?

—¿De verdad no sabe encontrar la salida? —Suspiró—. ¡Oh, está bien! Ya voy. ¡Molly, las cosas de sir Walter! —llamó, mientras iba hacia la puerta del comedor. Mimi se horrorizaría de un trato semejante a un invitado—. ¡Que no se le olvide nada aquí! ¡Que tiene demasiadas cosas que firmar por ahí, como para perder el tiempo viniendo!

Walter no pudo por menos que echarse a reír.

—Es usted de lo más descortés.

—Vaya. Así que en algo nos parecemos.

«Tiene razón», pensó él, mientras recogía de manos de la criada su sombrero y su bastón, y salían de la casa. Bajo el sol de la tarde, la señorita Holmes y él se internaron por el jardín, sumidos en un silencio gélido, para dirigirse a las caballerizas, donde esperaba su cabriolé. Definitivamente, había sido muy rudo con lo del texto. Pero ¡le había dado tanta rabia! Se notaba que la señorita Holmes tenía talento porque, intercaladas por aquí y por allá, había expresiones muy interesantes, imágenes que evocaban lo que hubiera podido ser una buena escena llena de tensión. ¿Por qué lo malgastaba contando aquella tontería?

—¿Servirá de algo si me disculpo? —Se oyó preguntar de pronto. Ella lo miró de reojo—. De verdad, lo lamento. No debí ser tan... bruto.

La señorita Holmes se encogió de hombros. Al menos, parecía menos enfadada.

—En realidad, no tiene por qué disculparse. Es privilegio del lector decidir si le gusta o no una lectura.

—Pero también es deber de todo ser humano preocuparse un poco por los sentimientos de su prójimo. Usted tenía mucha ilusión con su escrito y yo no lo tuve en cuenta. Además, fui excesivamente duro. Debí decirle que tiene mucho que mejorar, señorita Holmes, pero que se nota que hay un talento de base. Que ese texto no solo sirve para alimentar un buen fuego, que también... —Ella le frunció el ceño, pero se mantuvo firme. Una cosa era ser amable y otra no ayudarla a avanzar—. Pero lo más importante es que escribirlo la ha ayudado a usted mucho. Ha aprendido, y el próximo será mejor.

Ella arqueó una ceja.

—¿De veras cree eso?

—A pies juntillas. Creo que podría ser una gran escritora, señorita Holmes.

—No. Me refiero a lo de que cree que hay que preocuparse por los sentimientos del prójimo.

La miró sorprendido.

—Sin duda. A mí me interesan mucho sus sentimientos, señorita Holmes. —Y, según lo dijo, se sorprendió de lo cierto que era. Estaba obsesionado por aquella mirada verde, tan cálida para otros, tan fría para él. Aquellos labios gloriosos que siempre le mostraban una mueca de desaprobación mientras él se preguntaba qué sabor tendrían...

—Se burla usted —dijo ella.

—En absoluto. Y si me da una oportunidad de resarcirla, estaré encantado de complacerla. —Vale, no fue el mejor término a elegir. Ella se ruborizó y él se puso duro como una roca, imaginándola en la cama, a su lado y bien complacida. ¡Por todos los demonios, no podía pasar otro mes soñando con seducirla, debía tenerla ya, cuanto antes! Esa noche estaría en Heatherfield Manor. ¿Podría...? Pero había dado su palabra de comportarse como un caballero. «Van a matarme entre todos», pensó, y trató de disimular su erección, aunque supuso que, de conseguirlo, sería solo por la inocencia de la muchacha—. Solo pídamelo lo que quiera y estaré encantado de...

—Acompáñeme a la botica —dijo ella de pronto, desconcertándolo.

Capítulo 4

Vendrá a Heatherfield Manor mientras sus padres estén fuera

—¿Eh? —Walter parpadeó, tomado por sorpresa. Definitivamente, la familia Holmes estaba decidida a mantenerlo en una situación de perpetuo asombro—. ¿A la botica? ¿Quiere ir a la botica? ¿Ahora, quiere decir?

—Bueno, si no tiene nada que hacer, estaría bien ahora, sí. El señor Larrington suele tener abierto hasta tarde. Pero podemos ir en otro momento, cuando pueda, claro está.

—Pero no entiendo. ¿Quiere comprar algo? —Sonrió—. ¿Quizá para el dolor de cabeza de su madre?

—No, no se burle. ¡Por Dios! —Volvió a cubrirse las mejillas con las manos—. Ya hemos aclarado ese tema y me avergüenza mucho volver a recordarlo.

—Perdone. No he podido evitarlo. Pero, entonces... —Titubeó—. Espero que no sea para usted. ¿Quizá la idea de pasar la noche en Heatherfield Manor le provoca jaqueca?

—No se preocupe por eso, no tiene importancia, ya lo solucionaremos —replicó ella, para su mortificación, que aumentó cuando no pareció reparar en la mala cara que le puso—. No va a tener que cargar conmigo. Tengo toda la intención de arreglármelas sola en mi casa, mis padres no tienen por qué enterarse. —«Que te lo has creído», pensó Walter, apretando los labios. Había dado su palabra de cuidarla y él sí que tenía toda la intención de cumplirlo—. Pero sí lo necesito para tratar con el boticario. Hace ya meses que intento hablar con el señor Larrington, pero él no quiere hacerlo conmigo.

Larrington. El viejo malencarado, malhumorado y maleducado de la botica. Walter sabía quién era porque lo había visto por ahí, y una vez se habían cruzado en El Fondo del Lago, el burdel local, donde mostraba otra cara y otro humor. Por suerte, estaba casi convencido de que Larrington no lo había visto a él. Habría sido muy incómodo que lo mencionase ante la señorita Holmes.

—¿Y eso se debe a...?

La joven titubeó.

—Bueno, quizá lo insulté un poco durante nuestra primera disputa, pero fue por su culpa. No quería contestar a mis preguntas.

—Ja. Perdona que le diga que suele usted hacer demasiadas.

—Las necesarias, sir Walter. Ni una más ni una menos. En este caso, quería preguntarle por los detalles de lo que ocurrió en tiempos del doctor Sinclair, pero no hubo forma.

Walter arqueó una ceja.

—¿Sigue investigando la muerte de mi abuela?

—Así es. ¿Por qué lo pregunta? ¿No se alegra?

—No sé... Si le digo la verdad, no lo sé.

Walter tenía sentimientos encontrados al respecto. Por un lado, claro que se alegraba ante la idea de que se aclarase qué había ocurrido en verdad con lady Pamela, si realmente el doctor Sinclair había sido culpable o no, como parecían indicar ahora las cosas. Odiaba la idea de que un inocente estuviese encarcelado, pero tanto o más la de que un asesino estuviese por ahí, libre, tras cometer semejante acto atroz. Incluso, quizá, jactándose de ello.

Pero la razón más importante no tenía nada que ver con eso, sino con su abuelo. A Walter le inquietaba la posibilidad de que sir Francis Heatherfield hubiese podido tener alguna culpa en todo aquello, una idea cada vez más probable, ya que, tal como había oído comentar a Gladys en un momento dado, el asesino había tenido que ser alguien con la posibilidad de sobornar generosamente a la criada del doctor Sinclair. ¡La había mandado a Bath, donde había estado alojada a lo largo de varios meses en una de sus mejores calles! ¿Qué otro hubiera podido permitirse algo así en Little Lake?

Y, además, era el marido engañado, el que iba a ser abandonado y quedaría en ridículo con la fuga de los amantes. Walter temía que, en un arrebato, en un puro momento de ofuscación, su abuelo hubiese matado a su abuela y hubiera buscado el modo de culpar por ello al causante de todo su infortunio: el doctor Sinclair. Semejante idea lo hacía sentirse sucio, como si aquel terrible pecado se pudiera transmitir a través de la sangre igual que una enfermedad.

Como la señorita Holmes seguía observándolo con fijeza, hizo un gesto ambiguo, tratando de salir del paso.

—Me gustaría que se descubriese la verdad, claro que sí. Pero han pasado meses sin que haya habido avance alguno. El contacto con el despacho de abogados encargados de alquilar la casa de Bath no me escribió nunca para contarme a nombre de quién estaba, por lo que podemos suponer que también habrá muerto, han pasado demasiados años. Y, lo que hubiera podido ayudar, el diario de lady Pamela, pues... ambos sabemos que lo robaron.

—Oh, sí —asintió ella con expresión frustrada—. Diario que solo usted leyó.

—Lo dice como si fuera culpable de algo.

—Sí, de no recordar los detalles. Como lo del nombre de esa joven con la que el doctor Sinclair había mantenido un cortejo antes de conocer a su abuela.

—Ah, ¿otra vez? —¡Cuánto habían discutido eso en navidades, entre negativa y negativa a bailar con él, justo tras el suceso!—. Insisto en que solo lo miré por encima. No me dio tiempo a más.

—Para ser un crítico literario tan avezado, qué poca atención prestó cuando sí era importante que diera su opinión.

Walter bufó.

—Ya me he disculpado por haber hablado de más. Le sugiero que no incurra en el mismo pecado. — Ella hizo una mueca, pero guardó silencio—. Además, ya le dije que no se mencionaba el nombre de la joven. Mi abuela se refería a ella con una inicial.

—Lo sé. Pero ¿qué inicial? Deme algo, un punto de partida...

—Eh... —Trató de hacer memoria. Imposible. Todas las letras parecían moverse por su cabeza, de un lado a otro—. Una consonante... creo.

—Oh, bien. Ya podemos eliminar las vocales de toda sospecha. ¡O casi! Añadamos la Y, que, total, puede ser ambas cosas.

—Muy graciosa. Pero no puedo hacer más, ¿qué quiere, que me lo invente? No lo recuerdo. En su momento, no creí que fuera importante. No era eso lo que...

Se interrumpió, pero ella se dio cuenta y era lo bastante inteligente como para intuir lo que iba a decir.

—No era eso lo que buscaba. —Él siguió callado—. Buscaba el nombre de su abuelo, ¿verdad? —Walter continuó incapaz de hablar, y enmudeció más todavía cuando ella alzó una mano y la apoyó en su mejilla—. No es culpa suya, Walter. Incluso aunque descubriésemos la confesión firmada de su abuelo, seguiría sin ser algo relacionado con usted.

Se miraron a los ojos. Lo había llamado «Walter», sin título. Cierto que había mantenido el trato de usted, pero aquel pequeño detalle y la mano en su mejilla los acercaba como nunca. Unidos. Estaban unidos. Y él escuchaba el ritmo enloquecido de su corazón mientras, poco a poco, se iba inclinando hacia ella, para besarla. Quería besarla, necesitaba hacerlo, y la joven, por primera vez, lo observaba fascinada y quieta. Esperando...

Pero, en el último momento, reaccionó y se apartó a un lado. Retiró la mano y dio un par de pasos por el sendero entre parterres, creando un espacio entre ellos.

Walter carraspeó.

—Gracias —dijo, como si no hubiera pasado nada. Como si no hubieran estado a punto de derribar por fin aquel enorme muro. Se preguntó si lo conseguiría algún día. Empezaba a pensar que quizá no—. Sí que, a veces, me da miedo avanzar solo para descubrir algo terrible de mi abuelo.

—Lo entiendo. Disculpe si me irrité mucho con lo de la inicial, pero es que se trata de otro dato perdido, y ya tenemos demasiados.

—Vamos, no es para tanto...

—¿No? —La señorita Holmes empezó a alzar deditos, mientras enumeraba—: No sabemos

dónde está Tom, ni si sigue vivo o lograron encontrarlo. —Se refería a Tom McAffrey. Gladys le había hablado de él, un amigo de la escuela convertido en delincuente local. Un muchacho con más valor que posibilidades que escuchó una conversación entre «el profesor» y sus secuaces, entre ellos un tal Sebastian Moore. Debían pensar que podría descubrirlos, porque intentaron matarlo en pleno centro de Little Lake—. Sigue sin aparecer el señor Walker.

—¿Walker?

—El secretario de mi padre. Fue el primero en desaparecer, de hecho. Todo debió empezar con él, con la confesión de la señora Perkins, que estaba dirigida a usted, por lo que sabemos.

—Oh, sí. Cierto. Eso significa que se lo contó a alguien, entre medias.

—¿No le llegó? ¿Seguro?

Walter la miró con censura.

—Le aseguro que si me hubiese llegado, ya habría confesado hasta la última coma. Puedo no acordarme de un detalle leído por encima en un diario, pero no olvidaría algo así.

—Sí, perdone —replicó ella, arrepentida—. Vale, entonces, se lo contó a alguien. Alguien que lo hizo desaparecer.

—Exacto. Eso es lo que parece.

—Y podemos añadir que no sabemos quién mató a Dalton, pero que estaba implicado en todo esto de algún modo extraño.

—Sí, Glad me contó lo del botón, y que él se había mostrado desconcertado cuando supo dónde lo encontraron. Pero, tal como le dije, yo hubiera sabido desde el principio que él no había cometido ese crimen.

—¿Ah, sí? —Lo miró sorprendida—. ¿Y cómo?

—Porque nadie se pone el traje de los domingos para ir colina arriba a asesinar a una anciana en una triste cabaña. De hacerlo, va preparado para mucha sangre, o tener que correr. No así.

La señorita Holmes parpadeó.

—Sí, es cierto. Qué tonta, no lo pensé.

—No se dio cuenta del detalle, a veces pasa. Pero usted no es tonta en absoluto. Está sacando conclusiones muy interesantes de los pocos datos de los que dispone.

—Gracias... —Sonrió ligeramente—. Bueno, entonces, debieron cogerle el botón en algún momento y lo colocaron allí, para incriminarlo.

—Así es.

—Pero ¿por qué?

—No podemos saberlo, pero quizá seamos capaces de plantear alguna posibilidad. —Dieron un par de pasos en silencio—. Está claro que se conocían, y dado que Dalton tenía dinero escondido en su casa, mucho, es muy posible que aceptase sobornos.

—¿De verdad? ¿Tenía dinero? —Walter asintió—. ¡Claro! Por eso estaba decidido a casarse. ¿Y cómo se ha enterado?

—Ja. No se imagina lo mucho que charla el capitán Miles cuando lleva un par de copitas de

más.

—¿Y no se le ocurrió que yo podría querer saberlo?

—La verdad, pensé que ya lo sabía.

—Pues no.

—Da igual. Ahora ya lo sabe. Y la cuestión es que quizá requirieron sus servicios para algo, él aceptó, pero luego no quiso seguir. Y no le permitieron salirse del grupo sin más. Intentarían presionarlo con lo del botón y a saber si con más cosas, y finalmente lo mataron. Supongo que fue a reprocharles el hecho de que estuvieran intentando implicarlo.

—Sí, parece una buena explicación. No sé si algún día podremos confirmarla, pero, si le sirve de algo, a mí me convence.

—Gracias. Podemos, entonces, descartar ese asunto como ya probablemente resuelto.

Ella hizo un gesto indeterminado.

—En todo caso, dejaré de darle vueltas a Dalton —convino, de todos modos—. Me preocupa mucho más que no haya respuesta con información de Bath. No sabemos quién está entrando en mi casa para registrar. Y ese misterioso ladrón que se coló en nuestro dormitorio, en Heatherfield Manor, para robar el diario de lady Pamela... ¡Sabía dónde estaba el libro, sabía que lo teníamos Glad y yo! Y consideró que merecía la pena el riesgo de lo que hizo, solo por tratar de quitárnoslo.

—Eso es verdad. —Walter maldijo entre dientes, recordando aquella noche, durante las navidades. Un individuo se deslizó en la habitación de Gladys, donde estaba también durmiendo la señorita Holmes, y sustrajo el diario. Ellas se despertaron justo a tiempo de verlo saltar por la ventana, pero cuando se asomaron, no encontraron a nadie por la pared, ni ningún cuerpo estrellado al pie del edificio. Se había esfumado—. Jamás me perdonaré el peligro que pasaron.

—No creo que quisiera hacernos daño, solo irse, pero... fue como ver un fantasma. Todavía no lo entiendo. Se desvaneció.

—No creo en fantasmas, señorita Holmes. Pienso, más bien, que se metió por la ventana del piso de abajo.

—Sí, es posible.

—Es la única explicación lógica.

Ella asintió.

—En todo caso, era muy ágil. Y se llevó el diario porque temía que descubriésemos algo en su interior.

—Sin duda. —Algo de lo dicho se asentó por fin en el interior de su cabeza—. Pero, perdone, ¿qué es eso de que alguien está entrando en su casa a registrar?

—Oh, sí... Mi padre se ha percatado de ello. Cree que buscan algo en el despacho. Les puso una trampa en la caja fuerte y sabe que la abrieron.

—¡Dios mío!

—No se preocupe. Tenemos a Baxter, el nuevo caballerizo, que estuvo en el ejército y ha sido

cazador en África, y mi padre quiere contratar un par de hombres más. —Puso mala cara—. Eso sí, se va a Portsmouth...

—Se va porque sabe que voy a estar ocupándome de su seguridad.

Ella sonrió.

—No diga tonterías. Usted apenas sería capaz de ocuparse de sí mismo, si se complicasen las cosas.

—Es posible. Pero yo llevo un bastón y he recibido las suficientes clases de esgrima como para que me sea útil de verdad. Vendrá a Heatherfield Manor y estará a salvo hasta que sus padres regresen.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

Walter la miró con censura.

—He dado mi palabra. Y pueden gustarme mucho las mujeres, usted incluida, pero me gusta más mi reputación de caballero.

—Bah. —Hizo un gesto descartando el tema—. No se preocupe tanto. Puedo arreglármelas yo sola. Además, se me ha ocurrido que voy a tenderle una trampa a quien entra a registrar el despacho.

—¿Ah, sí? —Walter trató de parecer burlón, pero se había sobresaltado. Aquella loca era capaz de ponerse en serio peligro—. ¿Y en qué consiste?

—Me voy a esconder en el despacho y, cuando entre, lo sorprenderé. ¿Qué le parece?

Tras lo ocurrido con su opinión sobre su escrito, Walter decidió omitir su auténtica opinión sobre su lamentable plan inexistente. Menuda loca.

—Que sería interesante saber qué pasaría cuando ese individuo se recuperase de la sorpresa y la viera a usted dispuesta a... —La miró con curiosidad—. ¿A qué?

Ella dudó.

—Bueno, tengo unas cuantas preguntas que hacerle. Y también unas cuantas cosas que decirle.

—Vale. Y la viera a usted dispuesta a reñirlo —terminó Walter, condescendiente. Se fruncieron el ceño—. Por suerte para todos, eso no va a ocurrir. Si alguien entra de noche, usted estará durmiendo pacíficamente en Heatherfield Manor.

—No voy a ir.

—Vendrá. —Se observaron como dos adversarios tanteando al otro—. Pero como no quiero tener que secuestrarla por la fuerza, le propongo un trato.

—¿Cuál?

—Vendrá por voluntad propia y, a cambio, la acompañaré a la botica, ahora mismo si lo desea, para que compre lo que necesite y haga cuantas preguntas desee.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—¡Estupendo!

—Me alegra que podamos entendernos. —Ni loco iba a dejarla sola, habiendo alguien rondando así la casa. De hecho, hablaría con Holmes para que fuesen los tres a Heatherfield

Manor hasta que se resolviera todo. Estarían más seguros allí. Pero esperaría a su regreso de Portsmouth, porque quería ese tiempo con la joven a solas, bendita fuera la señora Holmes—. Aunque, la verdad, no entiendo su repentino interés por semejante sitio. No sé qué espera conseguir allí.

Ella se encogió de hombros.

—Nada y todo. Es solo que forma parte de la misma investigación, porque el doctor Sinclair compraba los productos en esa botica, y quería que el señor Larrington me hablase del tema. Pero, cuando se lo planteé, se mostró áspero, especialmente odioso, y empezó con sus tonterías de que le hago perder el tiempo. Creo que odia a las mujeres. O al menos, que no le gustan. Y yo, menos.

Al recordar las dos mozas que vio sentadas en las rodillas del boticario, en El Fondo del Lago, no pudo por menos que dudarlo mucho, pero decidió no entrar en el tema, no fuera a surgir la inevitable pregunta de qué hacía él allí. Y seguramente la señorita Holmes no se creería jamás que no llegó a contratar los servicios de ninguna de las mujeres que trabajaban en aquel sitio.

De hecho, no había vuelto a acostarse con ninguna desde... «Desde que la conocí», se percató de pronto, con espanto. La última había sido la marquesa viuda de Wesleyth y había sido justo antes, cuando mantenía también una relación con la cantante de ópera por la que había competido con Edward.

Pero nada más. Aquella mujer lo había castrado de alguna forma, ya no se excitaba con ninguna otra. Y lo peor era que ni siquiera le importaba. Solo estar allí, así, con aquellos amagos de besos y aquella conversación, ya era suficiente para él.

—Muy bien —aceptó, apartando su mente de tales pensamientos, no fuera a aumentar más de lo debido su eterna erección—. Iremos y hablaré con él. Pero no sé qué espera que pueda hacer yo.

—Sí, bueno... Por lo que he podido comprobar, el edificio en el que está la botica es de su propiedad...

—¿Por lo que ha podido comprobar?

—En el listado de sus propiedades —explicó ella—. Las conozco bastante bien. Ayudo a mi padre en la administración, ya lo sabe. Sobre todo desde la desaparición del señor Walker.

—Entiendo.

—Pues, como le digo, la botica es suya. Su familia la tiene en alquiler desde siempre, pero es suya. Por eso, quizá, si viene conmigo, ese viejo horrible accederá por fin a hablar.

Él arqueó una ceja.

—¿Quiere que amenace a un pobre viejo con echarlo de su hogar?

—Le aseguro que el señor Larrington puede ser muchas cosas, pero no un pobre viejo.

Walter rio y agitó la cabeza. No, ciertamente no lo era. Él se había emborrachado en El Fondo y se había ido de allí sin disfrutar de compañía femenina, pero Larrington se había quedado. Y lo trataban como si fuera un buen cliente, un habitual. Y uno especialmente caprichoso.

—Es usted despiadada, señorita Holmes —dijo, sin embargo.

Ella se mordió el labio inferior de un modo que hizo que deseara besarla hasta hacer que perdiera el sentido. O quizá perderlo él. Qué tortura...

—¡Solo tiene que asustarlo un poco! Bien sabe Dios que nadie quiere encontrárselo en las calles de Little Lake convertido en vagabundo y pidiendo limosna al caer la noche. ¡Menuda visión aterradora! Prefiero que se quede dentro de su botica.

—En eso estamos de acuerdo. —Llegaron junto al cabriolé, preparado por uno de los criados del señor Holmes. Walter no lo conocía, por lo que supuso que era el tal Baxter. Además, el hombre —robusto y con la nariz rota como había visto en algún boxeador—, tenía aspecto de haber estado en el ejército. Quizá en caballería, porque sostenía a Tizón por las riendas con actitud experta, aunque lo soltó para ir a abrirles la portezuela, solícito—. Entonces, ¿vamos ahora? Pero recuerde su promesa. Vendrá a Heatherfield Manor mientras sus padres estén fuera.

—De acuerdo. ¡Prometido! —Por fin una sonrisa deslumbrante, y toda para él. Walter sintió que se le encogía el corazón. La señorita Holmes alzó un nuevo dedo en el aire—. ¡Espéreme aquí un momento, por favor! ¡Debo avisarles de que me voy y coger los guantes y el sombrero!

—Sí, por supuesto. Vaya. La espero.

Sonrió, viéndola correr de vuelta hacia la casa. Así era la vida. La señorita Sarah Holmes estaba feliz y el corazón de sir Walter Heatherfield estaba feliz, en respuesta.

Capítulo 5

¿Es una propuesta matrimonial, sir Walter?

Mientras esperaba, Walter contempló los bonitos jardines y se volvió en dirección al coche. El mozo de cuadra había regresado junto al caballo y estaba asegurando una vez más las cinchas, seguro que solo por matar el rato. Entonces, por casualidad, en un movimiento inquieto del animal, pudo verse la fea cicatriz que tenía en uno de sus brazos.

—¿Y eso? —inquirió, antes de pensar siquiera en hacerlo—. Parece provocado por una zarpa, pero es enorme...

Quizá no debió preguntar. A veces era algo impulsivo, en eso se parecía mucho a la señorita Holmes. Y no siempre era bien recibida tanta curiosidad. De hecho, el hombre masculló algo, seguro que una maldición, y se apresuró a ocultarla.

—Así es, sir Walter. Lo siento. A la gente no le suele gustar verla.

—No se preocupe, no me importa. De hecho, me fascina, me asombra y me intriga, por su tamaño. ¿Qué clase de animal fue? ¿Un oso?

—Un león.

—¿Un león? —Walter abrió mucho los ojos—. ¿En el zoo, quizá?

El otro lanzó una risa seca.

—No. En África.

Walter arqueó una ceja.

—¿Ha estado en África? —Qué peculiar, para un mozo de cuadra. Entonces recordó lo comentado por la señorita Holmes—. Perdón, supongo que usted es el antiguo soldado y cazador. Creo que me han dicho su nombre, pero no lo recuerdo.

—Baxton, sir Walter. Y, sí, he estado en África, en todos los continentes, de hecho. Viajé mucho, de joven, tras dejar el ejército. —Walter le calculó unos cuarenta, cuarenta y cinco quizá, y estaba en buena forma.

—Y allí lo atacó un león.

—En realidad, lo ataqué yo. Lo estaba cazando, cuando se me revolvió como la bestia furiosa

que era. Le aseguro que se trataba de un buen ejemplar, casi tan alto como nosotros. —Sus ojos brillaron con frialdad—. Soy un buen cazador, por eso sigo con vida.

—Qué interesante. Debió ser terrorífico.

Por fin una sonrisa curvó sus labios, aunque fuera una muy leve, pero Walter no sintió el impulso de devolverla, porque la mirada del hombre le provocó una impresión extraña. De no ser porque le resultaba imposible creerlo, diría que se estaba divirtiendo con él. A costa de él.

—Pocas cosas hay tan interesantes como la caza, sir Walter.

—¿Eso cree? Me temo que no opino lo mismo. A mí me resulta muy tedioso perseguir a un pobre bicho asustado hasta matarlo.

Cómo brillaron las pupilas de Baxton. Pura risa.

—Depende del bicho.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Más bien, depende de la persona, y yo no siento ese impulso por la caza. Pero me alegra haberlo conocido, señor Baxton, por si algún día me ronda un león.

—El mozo ahogó una risa seca. Bien. Ahora al menos podían reír los dos. «Qué absurdo eres, Walter», pensó. Aquel hombre era raro, pero nadie nunca se atrevería a burlarse del baronet, y menos en su cara. Claro que Baxton no era de Little Lake—. No lleva mucho tiempo al servicio del señor Holmes, ¿verdad? Antes había otro... Un hombrecillo gracioso.

—Sí, Rooney. Se fue. —Walter arqueó una ceja, pensando si se habría muerto y él no se había enterado—. A Portsmouth. Algo de atender la tienda de su hermano.

—Ah, bien, bien. Me encantaría que me contase cosas de África y... —Justo entonces, la señorita Holmes volvió a aparecer en la entrada, ahora con el sombrerito puesto, y una chaqueta por si luego refrescaba—. Pero me temo que tendrá que ser otro día.

El hombre asintió.

—Cuando lo desee, sir Walter. Será un placer.

—¿Todo listo? —le preguntó Walter a ella. Mientras subía al cabriolé, la señorita Holmes puso cara de circunstancias.

—Sí, todo listo.

—¿No querría hacer algo de equipaje para venir a Heatherfield Manor?

—No. Mi madre ha insistido en que luego lo llevarán ellos, de camino a Portsmouth. Me temo que me meterán ropa para una semana. ¡O para un mes! Qué mujer...

—No sea tan dura con ella. Cree que lo hace por usted.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—No sé cómo no se enfada. Sabe perfectamente que mi madre está ahora mismo dando palmas en su dormitorio, esperando que yo termine de seducirlo gracias a sus ardides.

Él se echó a reír. Se sentó a su lado y tomó las riendas que le tendía Baxton. Se despidió de él con un gesto de cabeza.

—Caramba, qué directa, señorita Holmes.

Pero sí, lo imaginaba. Tenía en Odette una gran aliada, de querer avanzar en aquel sentido. Y,

al fin y al cabo, estaban en el campo, las normas allí eran mucho más relajadas que en Londres, algo de lo que Walter se alegraba, especialmente esa tarde.

La casa de los Holmes era un edificio más encantador que señorial, construido en piedra gris y rodeado de jardines. Estaba situado justo en la orilla del lago, separada de su propia mansión, Heatherfield Manor, por un bosquecillo. Para llegar al centro del pueblo había que tomar el camino que circunvalaba la gran masa de agua y luego entrar por El Puente, la lengua natural de tierra que unía el islote en el que se levantaba el centro del pueblo con la orilla.

Por lo general, a Walter le encantaba la sensación de velocidad, y animaba a Tizón, el caballo del enganche, a que fuese lo más rápido posible. Pero ese día, no. Ese día, con la señorita Holmes al lado, quería alargar el tiempo, que durase una eternidad. El aire cálido acariciaba su cara y el sol brillaba sobre los suaves campos de Hampshire, sobre la bella estampa de Little Lake en su islote del lago, y Walter se sintió embargado por una emoción extraña.

¿Podría ser felicidad? Sí, estaba seguro de que sí. Era algo maravilloso, que henchía sus venas y le llenaba el corazón. «Estás hecho un tonto», se dijo, pero se permitió disfrutar de todo aquello, al menos hasta donde le fue posible.

Arqueó una ceja al divisar un carruaje que se acercaba por el camino, en dirección contraria. Como era uno de los suyos y reconoció al momento a sus dos ocupantes, Mimi y su hijo, el señor Tee —su ayuda de cámara, ese al que debía buena parte de su éxito social, como dandi reconocido—, alzó la fusta en saludo. Los coches se detuvieron con suavidad al cruzarse.

—¡Sir Walter, señorita Holmes! —saludó Tee de buen humor. También Mimi sonrió, aunque Walter se dio cuenta de que su mirada se aceraba un poco al fijarse en su joven acompañante. No se lo tuvo en cuenta. Era muy protectora y detestaba a la señora Holmes y sus intentos de encajarle a su hija—. Buenas tardes, ¿no va a tomar el té en Heatherfield Manor, señor?

—No, gracias, Tee. Lo tomaremos en el pueblo, seguramente en la tetería de la señorita Taylor.

El rostro de Mimi adoptó una expresión extraña. Walter supuso que porque no quería que lo vieran en público con la señorita Holmes. Le había repetido hasta la saciedad que, si se lo permitía, aquellas dos advenedizas se convertirían en las dueñas de su casa. Y, claro, seguro que pensaba que eso amenazaba su posición. Al fin y al cabo, Mimi podía ser para él como una abuela, pero no lo era por sangre, y Walter estaba convencido de que eso la tenía preocupada. Temía el momento en que llegara una dueña de la casa con más derechos y la desplazase.

Walter no estaba seguro de qué les depararía el futuro, pero esperaba que, llegado el momento, la mujer escogida y Mimi se llevaran bien. Si amaba a su esposa, porque serían las dos mujeres que más querría en el mundo, y su mayor deseo sería que sintieran un profundo afecto entre ellas; y si no la amaba, porque le daba igual la sangre: Mimi era su abuela y la mantendría en un puesto importante, en su casa. Rezaba a un Dios en el que no creía en absoluto para que aquello no desatase un infierno.

—Deberían venir a Heatherfield Manor —les dijo Mimi, confirmando sus sospechas. Quería

evitar que su relación profundizase demasiado, y que la gente los viera juntos—. Seguro que ninguna tetería de pueblo puede competir con el que podemos ofrecerle en su propia casa, sir Walter.

—Ninguna tetería del mundo —replicó él, esperando que la señorita Holmes no se tomase nada de aquello a mal—. Pero de paso haremos unos recados. Gracias, Mimi. —Buscó algo que decir, para cambiar de tema—. ¿Vienen del pueblo? ¡No me digas que al final te has decidido ir a conocerlo!

—En absoluto. —Rio Tee—. Mi madre jamás pisará Little Lake.

—Está demasiado lleno de gente para mi gusto —declaró la anciana entre rezongos.

—Pues viene usted de Londres —replicó Sarah a su lado. «Oh, no»—. Yo solo estuve una vez, pero me da la impresión de que hay mucha más gente allí.

Mimi sonrió beatíficamente, pero Walter, que la conocía, percibía el enfado por debajo.

—Tiene usted razón, querida. Digamos que, más que nada, depende de la clase de gente.

La señorita Holmes arqueó ambas cejas, pero antes de que pudiera replicar a eso, Walter le dio un ligero puntapié.

—Bueno, tenemos que irnos —terció también Tee—. Mi madre olvidó que esta mañana había quedado en recibir a dos señoras que quieren recolectar fondos para algo. Unas ancianas gemelas.

—Las señoritas Dobson —asintió Sarah—. Sí, siempre tienen entre manos alguna obra de caridad.

—Bueno, no sé si seguirán esperando. Mi madre lo olvidó y fuimos a almorzar con lady Martha. Por cierto... nos ha dado correo para dejar en Little Lake. Si van para allí, ¿le importa hacerlo, sir Walter? Quería llevar cuanto antes a mi madre a Heatherfield Manor, por si siguen esperando esas señoras, pero con la carga de que luego tendría que volver a salir. Si lo deja usted, me evita ese viaje.

—Por supuesto. —Walter tomó el fajo de cartas y las revisó sin disimulo. Varias para proveedores y un par para abogados en Londres. Se preguntó qué tal le irían las cosas a Martha y su marido, que vivían de lo que ganaban con la vaquería. Hacía tiempo que no indagaba al respecto. Tomó nota de pedirle al señor Holmes que lo investigara, por si podía ayudar de alguna forma, si era necesario—. Aunque, ahora que lo pienso, no sé si todavía estará abierta la oficina de correos.

—Lady Martha nos ha dicho que se pueden dejar en la tienda de la señora Gilmore, justo al lado.

—Así es —asintió Sarah—. La señora Gilmore es muy amable, se le puede dejar el correo, y cuando abra por la mañana el señor Randall, se lo entregará. —La muchacha irguió los hombros con un gesto lleno de orgullo—. Es que, en Little Lake, somos de esa clase de gente.

Walter intercambió una mirada de circunstancias con Tee, y se apresuró a agregar algo, aunque sabía que eso también iba a provocar roces.

—Mimi, por cierto —dijo—, por favor, organiza la estancia de la señorita Holmes en Heatherfield Manor. Irá luego conmigo. Sus padres han tenido que irse repentinamente a Portsmouth, por una desdicha familiar, y se va a quedar con nosotros un tiempo.

Tomada por sorpresa, la anciana hizo una mueca de desagrado.

—Por supuesto, sir Walter, si usted lo considera conveniente —dijo, sin embargo—. Pero ¿no sería mejor que se alojase con alguna amiga? O mejor aún, que se fuera con sus padres. Es donde debe estar una joven casadera, con sus padres y en ningún otro sitio. Sobre todo cuando la alternativa es alojarse bajo el techo de un caballero con una reputación tan terrible como la suya.

—¡Madre! —le reprochó Tee, aunque con una sonrisa. Walter se echó a reír.

—Prometo comportarme, Mimi. Pero la señorita Holmes se quedará con nosotros, ya es tarde para cambios. Por favor, prepáranos una buena cena en el cenador del jardín. Va a hacer una noche estupenda y quiero que nuestra invitada la recuerde con agrado.

—Por supuesto, sir Walter —replicó ella, pero con el tono que usaba cuando no estaba para nada de acuerdo—. Como usted desee, se hará todo a su gusto. Faltaría más.

Tee intercambió un gesto de comprensión con Walter, saludó una última vez y los coches se separaron.

—Bueno, no ha ido tan mal —comentó Walter, por iniciar la conversación. A su lado, la señorita Holmes bufó como un auténtico carretero.

—Me odia.

—No diga eso, no es verdad. Es solo que... bueno, es como mi abuela. Me ha criado. Y quiere lo mejor para mí.

—O lo que es lo mismo: gente de la gente que hay en Londres. No gente de la que hay aquí. —Se miraron y se echaron a reír—. Vale, es una anciana y no debería enfadarme. Si, en realidad, la entiendo. Mi madre nos cae igual de mal a las dos, y piensa que yo soy como ella. No sabe que no tengo ninguna gana de seducirlo.

—Es una pena. Yo tengo muchas de que lo haga.

—Claro. Y se va a quedar con todas ellas. Hasta la última.

Walter volvió a reír y durante unos segundos avanzaron en silencio. Sus ojos se dirigieron a lo lejos, a la colina más alta de los alrededores. En la cima, se estaba construyendo una nueva mansión, Northway View. Pertenecía a su amigo, lord Edward Barrows, el conde de Sackville, casado desde hacía ya un año con lady Gladys, y una vez más pensó en que ese sí que era un matrimonio feliz. Recordaba bien cómo era Sackville antes de conocerla: un triunfador con una sonrisa vacía. Bien lo sabía él, que era su mejor amigo desde hacía años. Glad había llevado auténtica alegría a su vida, y más en esos momentos, que estaban a punto de ser padres.

La señorita Holmes se dio cuenta de hacia dónde miraba, y también dirigió los ojos hacia la estructura de la mansión.

—El señor Tee está haciendo un gran trabajo. —Se refería a James M. Tee, el nieto de Mimi, hijo del otro señor Tee. Walter y él eran de edades similares y, de pequeño, le tenía una profunda

envidia por eso, porque hubiera querido que fuese también su abuela y Tee, su padre. Ahora, de adultos, su relación era complicada. El abuelo del baronet había enviado a James a estudiar de interno a Francia cuando tenía catorce años, y por ello se habían distanciado mucho, hasta casi convertirse en desconocidos. Había albergado la esperanza de que, al volver, recuperasen la relación perdida, pero se mostraba más insoportable que nunca. Walter lo apreciaba, más incluso, lo quería, puesto que habían crecido juntos y de niños eran como hermanos, pero no podía negar que James era tan soberbio como brillante. Al igual que su padre, era un excelente jugador de ajedrez, pero en su caso la genialidad iba mucho más allá. Era un gran matemático y uno de los mejores arquitectos del momento—. ¿Para cuándo cree que estará terminada la mansión?

Walter frunció el ceño, tratando de recordar el dato. Algo había mencionado James, en un almuerzo reciente.

—Para finales de otoño, esperamos.

—¿Se quedarán Edward y Gladys con usted hasta entonces?

—De venir, sí. ¿No ha recibido carta?

—No... La esperaba la semana pasada, pero no ha llegado aún.

—Supongo que no tardará en tener noticias. A mí me llegó una de Edward hará dos o tres días. Decía que, bueno, dado el estado de Glad, tan... avanzado —carraspeó apurado—, el doctor Watson recomendaba que retrasase su viaje hasta después del nacimiento.

—Oh. —La luz pareció abandonar los hermosos ojos de la señorita Holmes—. Eso significa que, como pronto, vendrán en agosto.

—Así es. Y eso como pronto. Debería descansar un tiempo antes de meterse a dar brincos por los caminos en un carruaje.

—Ya... —Ella hundió los hombros—. Se me va a hacer eterno.

«No está acostumbrada a la soledad», comprendió él. Sus amigas, casi sus hermanas, se habían ido, y allí seguía ella, sufriendo su ausencia. El doctor Doyle y su amiga Touie estaban en Portsmouth, además de encontrarse en pleno cortejo entre ellos, un estadio de la vida en el que el resto del mundo estaba siempre de más. Por mucho que intentasen reunirse con ella y animarla, lo cierto era que la propia Sarah debía sentirse fuera de lugar con ellos.

Walter contuvo el impulso de adelantar una mano y cubrir las suyas, con un gesto amable. Y, de pronto, se vio decidiendo no regresar a Londres, por mucho que lo tratase con desprecio y con distancia. Quería evitar que se sintiera mal, quedarse, pasar ese tiempo con ella.

—Yo puedo entretenerla, si lo desea —musitó.

Mala elección de palabras. O de propuesta. O de algo, por cómo lo miró.

—Gracias, pero me entretengo bien sola —replicó, seca. Walter se sobresaltó cuando la imagen de una señorita Holmes desnuda entre las sábanas de seda de su cama, acariciándose con gesto sensual para satisfacerse por sí misma, provocó un doloroso brinco en su miembro, ya demasiado apretado contra el pantalón—. ¿Le ocurre algo?

—No, en absoluto.

Por suerte, estaban alcanzando El Puente, y tuvo que centrarse en la conducción, aunque a esa velocidad apenas requería atención alguna. Walter hizo girar el vehículo y el cabriolé se internó alegremente por las calles empedradas del pueblo. No tardó ni dos minutos en llegar a la plaza central, donde estaban el ayuntamiento y la botica, entre otros puntos de interés. También se encontraba allí la casa del señor Watson, donde en esos momentos solo se alojaba el doctor David Keller, el marido de Helen.

Justo en ese momento, vieron al doctor Keller en la plaza. Llevaba su caballo de las riendas mientras charlaba con dos señoras mayores. Seguro que iba a alguna de sus visitas.

—Son las hermanas Dobson —dijo la señorita Holmes—. Ya están aquí, así que está claro que Mimi no va a llegar a tiempo de atenderlas.

—Bueno... —Aquella clase de despistes empezaban a preocuparle. Mimi se hacía mayor. Quizá necesitase descansar, dejar ya tantas tareas. Y él tenía que poner a otra persona al frente de todo. ¿El señor Holmes? Posiblemente, era una buena idea. Imaginó la alegría de la señorita Holmes, cuando le dijese algo así. Podría vivir también en Londres. Podría verla de continuo, si lo deseaba, y sería... Carraspeó cuando reparó en que ella lo miraba sorprendida, al verlo tan absorto—. Perdón. Me encargaré de que les entreguen una buena cantidad para su acto de caridad. ¿Puede ocuparse de hablar con ellas?

—Desde luego. Gracias, es usted muy generoso. ¡David! —llamó, cuando el doctor se despidió de las ancianas y se subió al caballo. Walter reparó en que había usado el nombre de pila con una confianza envidiable. Sabía que se habían hecho muy amigos en los últimos tiempos. Incluso bromeaban sobre un ratón y otros ardides que había ideado la joven para echarlo del pueblo, al poco de su llegada.

El doctor la vio y sonrió, aunque algo alerta. Lo incluyó a él en el saludo.

—Sarah, sir Walter... —El hecho de verla en el cabriolé lo había desconcertado, y se mostró algo inquieto—. ¿Ocurre algo? Espero que no vinieran buscando un médico.

—No, no se preocupe, estamos bien —replicó ella. El doctor Keller asintió, aliviado—. ¿Ha tenido carta de Helen?

—Pues sí. Me llegó ayer.

—Oh. —Sarah lo miró, tratando de disimular lo traicionada que se sentía—. Claro. ¿Y hablaba de su vuelta?

—Sí. Pero no sabe cuándo lo hará, si se pregunta eso. —Agitó la cabeza—. Como ya imaginará, estoy deseando que venga, pero me temo que todo va a depender de la situación de lady Gladys.

—Claro, claro... Gracias.

—Por cierto, desconozco si lo sabe, pero le está yendo muy bien con los estudios. —El doctor Keller sonrió ampliamente. Qué diferencia con el joven serio y reservado que fue al llegar a Little Lake, recapacitó Walter. Alguna vez lo había visto pasear bajo la nieve y parecía un alma en pena. Ahora se lo veía muy feliz. De nuevo, ventajas del estar enamorado—. Ha obtenido

muy buenas calificaciones y sus profesores están muy contentos con ella.

Sarah sonrió.

—Me alegro. Mañana mismo le mandaré yo una carta felicitándola, gracias.

El doctor Keller se despidió con un último agitar de mano y se alejó. Walter condujo el cabriolé hasta quedar frente a la botica, donde lo paró y ató las riendas. Saltó al suelo y rodeó el vehículo para ayudarla a bajar, pero, para cuando llegó, ella ya casi había descendido por su cuenta. Eso sí, se le había enganchado la falda en un saliente.

—Deje que la ayude —se apresuró a ofrecer. Ella se liberó de un tirón que sonó a tela desgarrada.

—No, gracias. No es necesario.

«Vale», pensó él, y la miró entre el reproche y la comprensión.

—Está disgustada.

—¿Yo? —La señorita Holmes apartó la vista—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque no le han escrito a usted. —Ella parpadeó—. Ni Glad ni la señorita Watson. Porque se siente sola y esas cartas son su único consuelo. Porque cree que está perdiendo a sus amigas, y no es cierto, señorita Holmes. Pero ellas tienen ahora a sus maridos.

Los ojos de la joven brillaron por las lágrimas. Jamás le habían parecido tan hermosos.

—Ya. ¿Y qué debería hacer yo, sir Walter? ¿Resignarme a esta terrible soledad?

Él apoyó una mano en el cabriolé, a su lado.

—¿Y qué tal buscarse también un marido?

No podía creer que hubiera dicho eso. Y ella lo miró con el mismo desconcierto. Su expresión se suavizó y sus pupilas lanzaron un destello, como si estuviesen ilusionados por algo. ¿Podía ser?

—¿Es una propuesta matrimonial, sir Walter?

Walter titubeó. «¿Te has vuelto loco?», se dijo, casi con un grito. Era la hija de su administrador, él necesitaba alguien mejor posicionado en sociedad. Su abuelo y su padre habían contraído matrimonio con sendas hijas de condes. Él podía incluso aspirar a la de algún marqués, con una excelente dote que se añadiría a las arcas de los Heatherfield. No podía contentarse con una jovencita de pueblo que vivía del sueldo que él le pagaba a su padre.

—No, por Dios... —se obligó a decir, sintiendo que masticaba arena. Como siempre, recurrió al humor para salir del paso—. La aprecio y jamás le haría algo así.

El brillo de los ojos de la señorita Holmes disminuyó notablemente. Su boca adoptó la misma dureza a la que lo tenía acostumbrado.

—Ya lo suponía. Pues será mejor que lo dejemos estar. —No tuvo nada que objetar a eso, de modo que guardó silencio—. Vamos.

Ella echó a andar con paso decidido hacia la botica.

—Espere. —Agitó las cartas—. Tenemos que dejar esto en...

—Muy bien. —Se cruzó de brazos en el sitio, indicándole con claridad que no quería ir con él

a ningún lugar, de no ser necesario—. Aquí lo espero.

Walter suspiró, la saludó con un golpecito en el ala del sombrero y se dirigió a la tienda de la señora Gilmore con la sensación de haber perdido una ocasión única en la vida.

Capítulo 6

Le aseguro que Little Lake es ya un lugar inolvidable

Sarah estaba furiosa. Enfadada con sir Walter, con aquella odiosa de Mimi, que siempre conseguía hacerla sentir inferior, y sobre todo consigo misma, por permitir que todo aquello la afectara.

«¿Es una propuesta matrimonial, sir Walter?». ¿Era tonta? ¿Cómo se le ocurría preguntar semejante cosa? Se merecía que la pusieran en su lugar, tal como había ocurrido. Si no lo sabía, si había tenido alguna mínima ilusión infantil al respecto, ya había quedado claro: ese hombre jamás se plantearía una relación seria con ella.

Y no por la razón ridícula que había dado, no. Era porque pertenecía a «esa clase de gente» que le parecía inferior incluso a una niñera de clase alta. Gente con la que solo se relacionaban hasta cierto punto, si era necesario o divertido. Si se lo permitía, la rondaría, buscaría acostarse con ella, se divertiría a su costa y luego llegaría el olvido, como con todas sus otras amiguitas.

«Antes, muerta», se dijo. Y por alguna razón el enfado se convirtió en pena. Así estaba, eso le quedaba por delante. No podía conseguir lo que quería y no podía aceptar lo que le era ofrecido. Y ya ni siquiera tenía el consuelo de sus escritos, con los que había esperado tanto huir de la realidad como poder vivir de un modo desahogado por sí misma. Solo le salía basura, algo que estaría mejor ardiendo en la chimenea.

Si no podía ser escritora, ¿qué sería...?

—¿Señorita Holmes?

La voz la sobresaltó. Se volvió en su dirección y vio al arquitecto, al nieto de Mimi, el señor James Tee. Era un hombre alto, más delgado que esbelto, pero muy atractivo, algo a lo que ayudaba la mirada inteligente de sus ojos. Tenía el cabello y los ojos oscuros, como Walter, y lucía una perilla muy cuidada que le sentaba bien, pese a que lo hacía parecer mayor de lo que era, seguro. Sarah no sabía qué pensar. James Tee le resultaba fascinante, aunque había un detalle extraño en él: a veces movía la cabeza de un modo curioso, casi reptilisco, que la

desconcertaba y le provocaba una extraña desazón.

Por lo demás, siempre iba impecable, con los mejores trajes, y con capa, sin importar la época o la temperatura, como en ese mismo momento. Jamás lo había visto en el exterior sin ella, como no salía sin su sombrero de copa o su bastón.

Sarah lo conocía desde las navidades, cuando llegó a Little Lake para hacerse cargo del proyecto de construcción de la mansión de su amiga Gladys. Había coincidido con él durante las fiestas navideñas, porque los Holmes las pasaron prácticamente todas en Heatherfield Manor, al simular su madre diversos males que le impedían volver a casa. ¡Qué vergüenza pasó Sarah! Pero también lo disfrutó, porque así pudo estar todo el tiempo con su amiga.

Recordó haber bailado con él en todas esas ocasiones. La cena de Nochebuena, el baile de Navidad, el de Año Nuevo... Era buen danzarín y mejor conversador, aunque lo consideraba un tanto pagado de sí mismo, siempre convencido de tener razón y seguro de que los demás se equivocaban, o que no eran lo bastante aptos para nada. En definitiva, que nadie estaba a su altura.

Claro que, siendo tan guapo y una eminencia en cuanto a inteligencia, parecía hasta justo que uno se mostrara tan enamorado de sí mismo.

—Señor Tee, buenas tardes —saludó, sonriendo también—. ¿Dando un paseo?

—En realidad, no. Vengo de una reunión en el ayuntamiento. El alcalde está interesado en que dirija un proyecto, la restauración del Salón de Baile.

—Oh, qué bien —se alegró Sarah. Le encantaba aquel lugar. Allí habían asistido Gladys, Helen y ella a sus primeros bailes y formaba parte de su vida—. Es un edificio muy bonito.

—¿Usted cree? —replicó el señor Tee, con su habitual suficiencia—. No le niego cierta armonía, pero pienso que es... un tanto simple, la verdad. La obra de un arquitecto de escaso talento. Si se dejan guiar por mi criterio, lo derribaré y construiré uno que haría de Little Lake un lugar inolvidable.

Ella logró mantener la sonrisa. Por esa clase de comentarios, no le caía del todo simpático aquel hombre. Claro que era nieto de Mimi, qué se podía esperar.

Bueno, para ser sincera, su padre, el señor Tee, era un hombre encantador. Ser insoportable debía saltarse una generación en la familia Tee.

—Le aseguro que Little Lake es ya un lugar inolvidable —replicó, intentando sonar divertida. Pero, sin duda, él se dio cuenta de que la había molestado. Parpadeó ligeramente.

—Creo que ese edificio es importante para usted.

—Ya que lo comenta, sí. Allí he pasado momentos muy felices con mi familia y mis amigas. Lamentaré mucho ver que lo reducen todo a escombros.

El señor Tee la miró de un modo intenso, penetrante. Sarah sintió que le faltaba el aire.

—Siendo así, lo conservaré para usted, señorita Holmes —dijo entonces él, desconcertándola. Ella parpadeó.

—¿De verdad? ¡Gracias! —Por primera vez, su sonrisa surgió genuina—. Supone mucho para

mí.

—Entonces, bien está así. —Se produjo un ligero silencio que justo empezaba a ser incómodo cuando él preguntó—: ¿Y puedo saber qué hace usted aquí? —Miró hacia la botica—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente. Solo vamos a hacerle una consulta al boticario.

—¿Vamos?

—Sir Walter y yo. Hay ido un momento a la tienda de la señora Gilmore.

—Ah... —Miró en dirección al lugar con indiferencia y luego volvió a centrarse en ella—. Pues, si yo puedo ayudar en algo... Aunque supongo que todavía soy demasiado nuevo por estos lares.

Ella sonrió.

—En realidad, daría igual de dónde sea, pero me temo que no puede ayudarnos. Nuestra consulta se remonta a un tiempo en el que usted no había nacido.

—Oh, ya veo. Ese asunto que investigaban sus amigas y usted. El de la abuela de sir Walter, ¿no?

—Así es —replicó ella, tratando de recordar cuánto le había contado de todo eso. Sí que lo habían comentado, en alguno de sus bailes, tras salir en la conversación durante una de las cenas.

—¿Y qué relación puede tener con la botica? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Solo es para saber si hay algún registro de los pedidos de la época. No sé si los conservarán, pero por intentarlo...

—Desde luego. No es mala idea. Si se investiga algo, hay que recabar toda la información posible.

—Eso pienso yo... —Vio a sir Walter, que se acercaba cruzando la plaza—. Ah, aquí viene ya sir Walter.

—Maravilloso —replicó el otro, aunque no parecía especialmente complacido—. Antes de que llegue... Señorita Holmes, ¿le parecería bien si hablo con su padre para poder visitarla de forma habitual? Me gustaría mucho pasar más tiempo a su lado, su conversación suele ser inspiradora, a diferencia de las que me veo obligado a soportar, por lo general.

—Eh... —Nada, imposible. Sarah se había quedado sin voz y lo miró tan sorprendida que él se echó a reír—. Perdone, señor Tee. Me ha tomado totalmente por sorpresa.

—Ya lo veo. Creía que mi interés era evidente. Si me he demorado en proponérselo ha sido porque he estado demasiado ocupado con la construcción de Northway View, no por falta de ganas.

—Entiendo. Y le agradezco muchísimo su...

—No hace falta, señorita Holmes. Solo tiene que decirme si le agrada la idea.

Lo cierto era que no deseaba iniciar un cortejo con él, más que nada porque su tonto corazón la llevaba a soñar con otro muy distinto. Pero sir Walter ya estaba lo bastante cerca para oírlos, y Sarah se sintió impulsada por su lado más oscuro y perverso. ¿No quería ninguna relación con

ella? Pues que viera cómo otros hombres sí que se interesaban. Y el señor Tee podía ser el nieto de una simple niñera, pero era sin duda uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra, y tenía un gran futuro por delante.

—Me agrada, desde luego. Será un placer, señor Tee.

Él sonrió, y por primera vez, Sarah tuvo la impresión de que lo estaba viendo realmente, allí, al fondo de aquellas pupilas tan sagaces.

—Me alegro mucho, señorita Holmes. Entonces, si le parece, mañana mismo iré a hablar con su padre y...

—Me temo que el señor Holmes no estará mañana, James —intervino sir Walter, que los alcanzó en ese momento y pasó los ojos del uno al otro. No parecía muy contento, pese a su sonrisa—. De hecho, la señorita Holmes se quedará con nosotros en Heatherfield Manor hasta su regreso.

El señor Tee arqueó una ceja.

—Oh, ¿en serio? Muy bien. Entonces, nos veremos en la cena, señorita Holmes.

—Será un placer, señor Tee —replicó ella, con una sonrisa coqueta.

—Sir Walter... —le dijo al baronet, a modo de despedida.

—James... —replicó el otro. Observó cómo se alejaba y se volvió hacia Sarah.

—¿Qué? —preguntó ella, molesta por el escrutinio.

—¿Está intentando darme celos? —replicó sir Walter—. Lo digo porque lo está consiguiendo.

—No se burle.

—No me burlo, hablo muy en serio. ¿Qué le ha dicho?

—Me ha pedido permiso para hablar con mi padre.

—¿Y usted se lo ha dado? —Se miraron un par de segundos—. Se lo ha dado.

—No creo que sea asunto suyo.

—Y yo no creo que crea eso.

—Menudo juego de palabras absurdo. Parece usted el perro del hortelano, sir Walter. Ni come ni deja comer. Supongo que está acostumbrado a jugar, en su mundo de diversiones banales, pero no soy una de ellas. Si un caballero que me agrada me pregunta si puede hablar con mi padre para visitarme, le digo que sí.

—James no le agrada.

—Claro que sí.

—Por Dios, siempre fue un niño repelente, pero desde que lo enviaron a estudiar, se ha vuelto insufrible.

—Usted no cree eso. Lo aprecia.

—Hoy no. Bah... —Agitó la cabeza—. Sí que lo aprecio, hemos crecido juntos. Pero desde que mi abuelo lo mandó al internado en Francia, ha cambiado, no sé... Creo que me culpa por el alejamiento. Y que se adora a sí mismo, porque sabe lo mucho que vale.

—Quizá yo también lo adore por eso. Me fascinan los hombres inteligentes. Pero, de nuevo,

no es asunto suyo. —Él se limitó a mirarla con expresión tormentosa. Sarah se sintió incómoda, y se dirigió hacia la puerta—. Vamos, tenemos cosas que hacer.

Capítulo 7

¿Quiere usted ser mi amigo, señor Larrington?

El señor Larrington, un hombre grande, obeso, con el pelo blanco y el rostro cruzado por mil arrugas, era el boticario desde siempre. Sarah lo recordaba de niña, cuando acompañaba a sus padres a comprar pomadas o tónicos, o aquella mezcla de manzanilla y anís que tanto le gustaba; o cuando iba con Helen y el doctor Watson, con el que tenía un mayor trato, por su profesión.

En cualquier otro, quizá eso hubiera creado algún afecto hacia Sarah y sus amigas, pero no había sido así. Ni de niñas ni de adultas habían recibido más que gestos hoscos y comentarios desagradables de aquel hombre. Larrington era un misógino empedernido, algunos decían que desde que lo abandonó su esposa porque no lo aguantaba. Ella pensaba que lo abandonó precisamente por serlo.

—Buenas tardes —les dijo con su voz grave y por lo general seca, aunque en esos momentos estaba teñida por la sorpresa. Parpadeó tras las gafas al ver al baronet—. Sir Walter... ¿Ocurre algo? ¿Necesita alguna cosa?

—Yo no —replicó el interpelado, que había adoptado lo que Sarah llamaba su «pose aristocrática»—, pero mi acompañante, la señorita Holmes, tiene algunas preguntas que quiere hacerle y yo me tomaré como un favor personal que las responda. De hecho, le agradecería mucho que fuese lo más colaborador posible, señor Larrington.

El boticario apretó la boca, lo que forzó la mandíbula y adelantó la papada.

—Ya le dije a la señorita Holmes que aquí se viene a comprar remedios, no a charlar. A las mujeres las pierde el hablar tanto. Y a esta en concreto, más.

—¿Cómo se atreve? —empezó ella, furiosa. Pero sir Walter la silenció con el procedimiento de apoyar una mano en su brazo. Cuando habló, volvió a dirigirse al boticario.

—Señor Larrington, volveré a pedirselo con amabilidad, porque creo que es un hombre razonable. Me gustaría que contestase a las preguntas de la señorita, y que fuese lo más colaborador posible.

—Y yo ya le he dicho que no, no voy a hacerlo, sir Walter, ni siquiera por usted. Esa

muchacha me ha insultado gravemente. De no estar usted aquí, ya la habría echado. —Hizo un gesto despectivo hacia la puerta—. Y si no van a comprar, váyanse.

—Muy bien. —El baronet fue hacia allí y Sarah pensó con desaliento que no pensaba seguir insistiendo. Y si él no podía controlar al boticario, ¿quién lo haría? Jamás conseguirían información alguna por aquel lado... Pero sir Walter se detuvo frente al umbral y utilizó el bastón como si fuera una tabla de medir—. ¿Usted qué cree, señorita Holmes? ¿Entraría el cabriolé solo ampliando un poco la entrada, o sería mejor tirar toda la pared?

—¿Tirar la pared? —repitió el señor Larrington, con los ojos muy abiertos.

—Así es. Dado que este local es mío, estoy considerando convertirlo en una pequeña caballeriza, ¿sabe? Para dejar mi cabriolé o mi landó, cuando venga al pueblo, por si llueve. —Sarah casi se echó a reír al ver cómo simulaba sorprenderse ante la expresión del boticario—. ¡Oh, señor Larrington, no, no se preocupe! ¡Por Dios, qué desconsiderado soy! Por supuesto, lo haré solo cuando usted haya sacado todas sus cosas de mi propiedad. —Pasó la vista por las largas estanterías llenas de bonitos frascos de porcelana blanca decorados con detalles azul oscuro. Ya solo transportar todo aquello tratando de evitar romperlo supondría un gran trabajo—. Le agradeceré que lo tenga todo listo para... vea, no soy un hombre impaciente. —Sonrió beatíficamente de oreja a oreja—. Pasado mañana estará bien.

El otro abrió los ojos más todavía.

—¿Pasado mañana?

—Tiene usted la curiosa costumbre de repetir mis palabras, casi me dan ganas de adelantarlo un poco, por variarlo. —Se encogió de hombros—. Pero sí, pasado mañana estará bien. A primera hora, por favor. Quiero tirar esa pared cuanto antes y...

—¡No puede hacer eso! —exclamó por fin el señor Larrington, que parecía cercano a la apoplejía.

—¿No? —Ahora fue sir Walter el de la expresión desconcertada—. Oh. ¿Me he equivocado? ¿Acaso no es mío este edificio?

El boticario parpadeó.

—Bueno, sí, pero...

—Señor Larrington, seguro que ya le han contado que soy un tipo muy caprichoso. —Sir Walter lo miró de un modo que Sarah encontró tremendamente sensual. Era tan atractivo y, en esos momentos, parecía tan peligroso, tan decidido e impredecible... ¡Implacable! Moviéndose elegante con aquel bastón, le recordaba tanto al protagonista de su historia, lord Worth... Aunque quizá creó a lord Worth pensando en sir Walter, comprendió de pronto. Sarah notó un extraño calor en el bajo vientre, que se extendió por todo su cuerpo—. Ya ve, algo me apetece y, sin más, lo tengo. Vivo a expensas de mis impulsos y mis deseos, sin importarme las consecuencias de nada. Lo único que me contiene, ¿sabe qué es?

—Pues no...

—La amistad. Soy buen amigo de mis amigos. —Señaló hacia Sarah con la empuñadura del

bastón—. La señorita Holmes es mi amiga, una muy querida amiga, hija de un hombre que lleva años trabajando por hacerme un poco más rico. ¿Y usted? —Entrecerró los ojos—. ¿Quiere usted ser mi amigo, señor Larrington?

—Eh... —El boticario tragó sonoramente saliva—. Sí, sir Walter... Por supuesto...

—Estupendo. —Amplió más su sonrisa, de ser posible—. Entonces, señor mío, repetiré mi petición. ¿Puede atender a la señorita con la cortesía que se merecen mis amigos?

Larrington puso cara de estar masticando bilis, pero se volvió hacia Sarah.

—¿Qué desea saber, con exactitud, señorita Holmes? Y le ruego que sea concisa. Tenga en cuenta que soy un hombre muy ocupado.

«Idiota», pensó ella, calibrando si decirle que ella era una mujer muy ocupada. Pero decidió no entrar en disputas pueriles.

—Quería saber si recuerda al doctor John Sinclair. Hace cincuenta años...

—Yo no estaba aquí hace cincuenta años, jovencita —la cortó él, sin más—. No sé qué idea tiene de mi edad, pero, por aquel entonces, yo tenía doce años y poca idea de botánica. Llevo en Little Lake poco más de veinte.

—Oh... —Toda su vida y algo más, claro. Por eso, para ella, siempre había sido la botica del señor Larrington—. ¿Y quién estaba antes?

Seguro que pensó decir que ni lo sabía ni le importaba, pero una mirada al rostro de expresión plácida del baronet lo hizo cambiar de idea.

—A mí me la traspasó un hombre llamado Ransom, William Ransom, que llevaba ya muchos años aquí, si no recuerdo mal. En el sótano puede que haya más información.

—¿En el sótano?

—Hay un montón de cajas viejas en una de las habitaciones, cosas que ya estaban aquí cuando llegué. Y cosas que metí, de Ransom, cuando se fue. Nunca vino a buscarlas.

—Estupendo. ¿Nos muestra el camino?

Larrington dudó todavía un momento, pero se dio por vencido. Los dejó pasar más allá de su mostrador, atravesaron la trastienda, donde tenía un pequeño espacio en el que preparar sus fórmulas, y un almacén de productos variados. Por un pasillo, los llevó hasta una puerta.

Allí les entregó un quinqué que había estado en una mesita, muy cerca.

—Esta es la entrada al sótano. La puerta de la izquierda es la que buscan.

Sir Walter miró el quinqué, sorprendido.

—¿No tiene electricidad?

Sarah recordó cómo había insistido en hacer llegar la electricidad a su casa, en un tendido desde Heatherfield Manor. En eso se había mostrado muy generoso, debía reconocerlo. Y eso que su madre fue reticente al principio porque, al igual que muchos, había prestado atención a las falsedades que promovían las empresas del gas, que veían cómo se iban reduciendo sus beneficios. Una de las falacias era que la electricidad resultaba peligrosa y volátil, y podía provocar una explosión.

El hombre abrió los ojos, horrorizado.

—¿Quiere que esto estalle, en pleno centro del pueblo? Aquí guardo productos muy nocivos, podría provocar un desastre.

El baronet se echó a reír.

—La electricidad no estalla, señor Larrington. Es una energía muy segura, si no muerde usted ningún cable, por supuesto.

El señor Larrington lo miró enfadado, pero decidió obviar la broma.

—No es eso lo que dicen algunos.

—Eh... En eso tiene razón —convino—. Hay quien está interesado en que lo crea, como por ejemplo las empresas de gas. Que sí que estalla, por otra parte.

—Da igual, sir Walter —intercedió Sarah, que no estaba por la labor de perder más tiempo con aquel tema. En Inglaterra había un miedo visceral a la electricidad que estaba retrasando su implantación, y no había más que hacer, al menos de momento. El tiempo diría cómo se solucionaría todo en el futuro—. Podemos arreglarnos con el quinqué.

—Claro —aceptó él, aunque volvió a dirigirse al boticario—. ¿No baja con nosotros?

—La humedad no es buena para mi reuma —replicó el señor Larrington—. Además, no creo que me necesiten. Y debo atender la tienda. —Justo en ese momento, para su evidente alivio, se oyó la campanilla de la entrada—. Disculpen. Tengo clientes.

—Está bien. —Sarah fue a entrar, pero el baronet la retuvo por un brazo. Esperó a que el señor Larrington saliera del pasillo—. Sé que no es cortés, pero me va a permitir a mí ir delante, señorita Holmes.

—¿Por qué? —preguntó divertida—. ¿Cree que nos va a atacar una caja?

—¿Y qué tal si hay ratas?

Eso la hizo dudar. No le gustaban las ratas. Algunos ratones, bueno... como el que le pusieron Helen y ella al pobre David, el primer día de su llegada. Ese era un ratoncito encantador.

Pero una rata...

—Está bien. Pero no soy ninguna timorata, sir Walter. Lo dejo pasar porque usted puede ahuyentarlas con el bastón, nada más. Es lo más sensato.

Él sonrió.

—Estamos de acuerdo. Ilumine usted, por favor.

Capítulo 8

¿Es una propuesta matrimonial, señorita Holmes?

—Por cierto, gracias —dijo Sarah mientras bajaban las escaleras de piedra que conducían al sótano de la botica.

Eran muy empinadas, tan estrechas que apenas se podía poner bien el pie, y estaban resbaladizas por la intensa humedad que había en la zona, con el lago tan cerca. Pero eso importaba poco. Lo peor, con diferencia, era que el aire apestaba: olía a cerrado, y también a algo podrido, retenido... Todo el espacio estaba atestado de trastos, muebles, aparatos y cajas.

—Estemos atentos —dijo sir Walter—. Creo que Larrington ha matado a alguien y tiene el cuerpo por aquí.

—No diga esas cosas... —protestó Sarah, asustada. No podía evitar pensar en aquella historia que corría por Little Lake, la de la esposa que se había ido, abandonando a Larrington porque no lo soportaba. ¿Y si no se había ido? ¿Y si estaba en aquel sótano apestoso? ¿Y si los mataba y los dejaba allí también? Pero, no, al menos el señor Tee sabía que habían ido a la botica. Cuando quisiera cortejarla, se preguntaría dónde se había metido.

Una vez abajo, la luz amarillenta del quinqué mostró a la izquierda unos estantes con frascos de cristal llenos de cosas flotando en formol. Su visión le crispó los nervios. ¿Trozos de cuerpos? ¿Vísceras? Parecían nadar en un líquido dorado y resultaban espeluznantes. «La esposa, seguro», pensó, ante de reñirse, por alarmista. Pero no podía evitar tener miedo.

Muy a su pesar, se pegó más a la espalda de sir Walter. Él giró apenas la cabeza, pero pudo intuir su sonrisa.

—Si llego a saberlo, la traigo antes aquí, señorita Holmes. —Lo oyó bromear. Sarah se ruborizó.

—No sea tonto.

—¿Tiene miedo a la oscuridad?

—No le tengo miedo a nada.

Él se giró de golpe, clavándola en el sitio. Estaban tan cerca que casi se vio reflejada en sus

pupilas. Los ojos de sir Walter eran oscuros e intensos.

—Mentirosa.

Ella parpadeó, intimidada a su pesar, y por ello mismo se revolvió, como le ocurría siempre.

—¿Cómo se atreve? ¿Quiere ver cómo le doy un guantazo a un baronet en un sótano?

Sir Walter se echó a reír.

—No, demonios. Si llego a casa con un ojo morado, tendré que darle muchas explicaciones a Mimi. Vamos. —Volvió a dirigir la marcha y señaló con el bastón a un lado—. Si lo he entendido bien, esa debe ser la puerta.

Cogió la manilla y trató de girarla. Estaba tan oxidada que le costó un par de intentos, pero se abrió por fin, con un desagradable crujido de bisagras. Del umbral oscuro les llegó una vaharada de aire todavía más pestilente que estuvo a punto de provocarle una arcada.

—Oh, Dios...

—Sí, es repugnante. Estoy tentado de echarlo de la botica por mantener el sótano en estas condiciones.

—No seré yo quien lo desaliente de ello.

La luz de la lámpara se deslizó a lo largo de otra habitación llena de cajas de distintos tamaños y antigüedades. También había más muebles: armarios, una mesa, algunas sillas rotas, una cómoda con el espejo cubierto por una sábana húmeda y renegrida por la humedad...

—Demonios... —musitó a su lado sir Walter—. Espero que no pretenda revisarlo todo, señorita Holmes.

—No, todo no. No se preocupe. —Sarah entró con cuidado. El suelo, allí, estaba encharcado y algo lo volvía muy resbaladizo. Notaba a cada momento cómo el ruedo de la falda se iba empapando y pesando cada vez más—. Solo hasta que encontremos algo.

—Ja. Como plan divertido de verano deja mucho que desear —protestó él, aunque con gracia. Sarah no pudo evitar una sonrisa. Esperaba que las sombras la hubieran ocultado. Agradecía lo que había hecho con el señor Larrington y que la hubiese acompañado hasta allí, pero el momento en que hablaron de una posible propuesta matrimonial todavía escocía. ¡Qué tonta! Durante un momento, había llegado a pensar que sí, que le estaba sugiriendo que emprendieran esa aventura juntos, y hasta se había ilusionado—. Yo preferiría invitarla a un granizado de menta en la tetería de la señorita Taylor.

«De menta». Era su preferido. Lo miró, confusa. ¿Se habría fijado, habría estado pendiente de ella y de sus gustos?

No, qué bobada. Le estaba pasando como con la propuesta, que imaginaba cosas. Habría sido pura casualidad.

—Se lo agradezco, pero no. —De pronto, se sintió muy cansada y muy triste—. Váyase si quiere, de verdad. Espere allí o en el cabriolé. Puedo hacerlo sola.

—¿Qué dice? No, ni hablar. Su padre me mataría si la dejo sola en semejante sitio.

—Oh, lo dudo. —Se echó a reír, aunque con amargura—. Como bien sabe, mis padres le

perdonarían cualquier cosa, si se casa conmigo.

—¿Es una propuesta matrimonial, señorita Holmes?

Tomada por sorpresa, ella le frunció el ceño, aunque sentía más vergüenza que enfado. ¿Cómo se le ocurría bromear con aquello? ¡Qué hombre horrible! Pues ahora le tocaba a ella darle un varapalo.

—Muy gracioso. Pero le aseguro que, de perder yo la cabeza hasta semejante punto, no necesitaría preguntar. Lo sabría a ciencia cierta. —Dejó la lámpara sobre una de las cómodas. Iba a apartarse, pero, en el último momento, se le ocurrió quitar la sábana que ocultaba la parte del espejo, pese a la repugnancia que le dio tocar aquella tela húmeda y podrida. La dejó caer a un lado y se alegró al comprobar que el espejo seguía en su sitio. Pese a estar rajado y sucio, la luz reflejada en la superficie de cristal intensificó notablemente la luminosidad de la sala—. *Voilà*.

—Muy bien, señorita Holmes, muy ingeniosa, debo reconocerlo. —Eso la hizo sentir muy orgullosa de sí misma. ¡Ja! ¡Que supiera lo que se perdía, era una mujer de recursos! Sir Walter depositó su bastón y su sombrero cerca del quinqué, y hasta se quitó la chaqueta, que dobló con cuidado y buscó un punto en la cómoda que pudiera estar más limpio para dejarla. Para diversión de Sarah, hasta se recogió pulcramente las mangas de la camisa.

—No sé para qué hace eso. Si me va a ayudar, se va a manchar a conciencia. Esto está lleno de mugre.

—Bueno, no está de más intentar mantenerse limpio y... Eeeh... —De pronto, resbaló, y por puro instinto intentó agarrarse a una pila de cajas, pero, como era lógico, el montón era muy inestable y poco resistente, se tambaleó y se derrumbó sobre él, que perdió pie y cayó de espaldas cuan largo era. Desapareció en lo oscuro con una exclamación y un chapoteo, seguido por varios montones más de cajas, que perdieron el equilibrio y se vinieron abajo como un castillo de naipes—. ¡Ah!

—¡Sir Walter! —Sarah abrió los ojos con horror, se recogió el borde de la falda y fue hacia allí moviéndose con torpeza entre las cajas caídas, que habían escupido su contenido por todas partes. En la penumbra, no lograba verlo, y no contestaba. Si aquel hombre se había hecho daño, iba a tener que dar muchas explicaciones, y no solo a Mimi—. ¡Sir Walter! —Con tanto trasto en el suelo, no le extrañó tropezar por fin, era cuestión de tiempo. Masculló una maldición y dio un par de brincos, intentando mantener el equilibrio, pero resbaló también, arrastrando consigo más cajas, y cayó de bruces hacia aquel caos repugnante de documentos empapados y agua encharcada. Por suerte, unos brazos fuertes la sujetaron en el último momento y terminó encima de sir Walter, que la estrechó contra su pecho y empezó a reír—. ¿De qué se ríe? ¿Está usted bien?

—Mejor que en mucho tiempo. —A esa distancia de la cómoda, y con los obstáculos que había por medio, la luz apenas les dejaba avistar el rostro del otro. Estaban tan cerca... Sarah notó el cuerpo firme, fuerte, del hombre, y la prueba evidente de su excitación, y sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Iba a besarla...?—. Mi querida señorita Holmes, está usted encantadora

sobre la alfombra.

—¿Qué? —Su frase, de su historia, claro, que en ese momento le sonó extrañamente ridícula. La mención la sacó de aquella tonta ensoñación romántica—. Oh, no sea bobo. No me lo recuerde. —Forcejeó para ponerse en pie. Él la soltó. ¿Por qué permitía que jugara de semejante modo con ella? Ya sabía que no había nada serio en él, que todo le parecía divertido, un pasatiempo continuo. Que, si se lo permitía, la convertiría en uno más de los juguetes rotos que dejaba atrás, una vez perdido el interés de la novedad—. Si no se ha hecho nada, haga el favor de levantarse y ponerse a buscar.

—¿Y si me he hecho algo? —preguntó él, esperanzado, mientras se incorporaba también. Se lo veía completamente empapado, con los rizos de la cabeza aplastados sobre la frente. Y, aun así, el muy maldito seguía estando tan atractivo que hubiese querido poder peinarlo con los dedos—. ¿Podremos irnos?

—Eh... —Peinarlo... Acariciarlo... Sarah intentó centrar su mente, dejar todo aquello fuera. ¡Por Dios! ¿Cómo iba a sobrevivir ese tiempo a su lado?—. No.

Sir Walter suspiró.

—Muy bien. —Se sacudió la ropa y miró alrededor. Montones de documentos por todos lados, casi destrozados por el agua, y más pilas y pilas de cajas—. ¿Y qué buscamos?

—Referencias del señor Ransom. Los pedidos del doctor Sinclair, por ejemplo. Además de los productos para su tónico. Había comprado arsénico, o eso decían. Podríamos confirmarlo.

—No sé de qué puede servirnos eso.

—Por si vemos algo raro, no sé... —Suspiró con desaliento. No podía negar que él tenía razón, todo aquello era una tontería. Pero no quedaba nada de la casa del doctor Sinclair, quince años antes la habían derribado para hacer un almacén. Y había revisado varias veces Heatherfield Manor, sobre todo cuando el baronet había estado en Londres y podía recorrer la mansión sin temor a encontrarse con él o con Mimi. No se le ocurría otro sitio en el que mirar. Sarah contempló el lugar. ¡Qué montones de cajas! No parecían tener ningún orden ni concierto, pero quizá lo había—. Podemos suponer que, cuanto más al fondo estén, más antiguas serán.

—Es lógico suponerlo, sí.

—Busquemos algo con fechas, y vamos intentando remontar. Tenemos que retroceder cincuenta años en el tiempo.

—Muy bien —aceptó él; y durante un rato, fueron eligiendo documentos aleatoriamente, comprobando fechas. Veinte años antes, veintidós, veinticinco, treinta... Lo oyó bufar—. Esto es de lo más aburrido.

—Llevamos poco más de quince minutos, sir Walter...

—En un lugar oscuro y solitario... ¡Eh! Eso lo hace más emocionante. ¿Se da cuenta de que está arriesgando su reputación, señorita Holmes? En Londres ya sería usted la comidilla de toda la ciudad. Dirían que yo la había seducido y...

—Es una suerte que no estemos en Londres. Y que no tenga ni la más mínima posibilidad de

seducirme.

—¿Está segura?

—Por completo.

—Vale. —Siguió a lo suyo, pero dos papeles después, volvió a la carga—. ¿Le apetece apostar? Si la beso antes de que termine el verano...

—Usted sueña. No va a besarme jamás, al menos con mi consentimiento.

Él se llevó una mano al pecho.

—Soy un caballero, señorita Holmes, nunca sería de otro modo, pero no importa, reformularé la apuesta para que quede todo claro. Si la beso con su consentimiento antes de que termine el verano... tendrá que contestarme a una pregunta. ¡Y con toda sinceridad!

Ella lo miró inquieta. No pensaba caer en sus redes, pero había habido en todo aquello un aire de extraña fatalidad. Maldito... Abrió otra caja, intentando ignorarlo.

—Será mejor que sigamos con esto, o el verano terminará sin que tenga usted opciones de volver a Londres a enloquecer a alguna de sus amiguitas habituales.

—Tiene usted un extraño concepto de mí. Bueno, no, puedo entenderlo, a qué negarlo.

—¿En serio?

—Sin duda. He sido siempre un tanto... alocado. Mimi me lo ha reprochado muchas veces.

Sarah bufó.

—¿No es usted mayorcito para estar mencionando siempre a su niñera?

Sir Walter sonrió.

—No tiene por qué estar celosa de Mimi.

—¡Yo no estoy celosa de Mimi! No me cae simpática, a todos nos consta que es mutuo, pero no por celos. Creo que es... —Agitó la cabeza, intentando concretar en palabras lo que solo era una impresión—. No, estoy convencida de que es una mujer dominante que ha encontrado el sitio idóneo para poder mangonear a su antojo.

Lo oyó suspirar.

—No sea tan dura. Mimi tiene que ocuparse de todo porque yo no hago nada.

—¿Y por qué demonios no hace nada? Además, le recuerdo que no lo hace todo sola, mi padre gestiona sus propiedades.

—No todas. Solo las de aquí.

Eso la sorprendió.

—¿Tiene más?

—Sí, así es. De hecho, lo relativo a Little Lake solo es una pequeña parte de mi patrimonio. Mi abuelo invirtió en distintos negocios en Londres, y también tenemos un par de minas por ahí, en el norte. —Sonrió—. Soy un hombre muy rico, señorita Holmes. Y, como mucho, suelto alguna firma aquí o allá, si me interesa acudir. —¿Si le interesaba acudir? ¿Esa mañana tenía algún interés en pasar por su casa? Mejor no pensar en ello, porque volvería a ilusionarse—. Del resto —la administración, el correo, el trato con socios o proveedores, etc.— se ocupa Mimi. Es

quien dirige mi casa y mis negocios desde... —Algo en el interior de la caja que estaba manipulando llamó su atención. Sus siguientes palabras lo confirmaron—. Ey, esto es diferente.

—¿Qué ha encontrado?

—Un retrato. Aquí además de documentos hay cosas personales.

—¿Del señor Ransom?

—No lo sé, supongo. —Intentó moverse, pero estaba todo demasiado lleno de trastos y estuvo a punto de perder otra vez el equilibrio—. Oh, maldición... Bueno, no debo quejarme, de no haberse caído esa pila de cajas, ni en todo un año hubiéramos llegado hasta esta en concreto.

—Eso es verdad.

—Acerque la lámpara, por favor. —Sarah lo hizo, llena de curiosidad, y la luz del quinqué les mostró el retrato de una joven bonita, sin ser demasiado hermosa. Llevaba el cabello castaño recogido en una diadema trenzada y un vestido que indicaba que era de otra época. Podía perfectamente ser de cincuenta años antes—. Encantadora —dijo sir Walter.

—A usted todas las mujeres le parecen encantadoras.

—De hecho, así es. Pero usted lo dice como si eso fuera algo malo.

—Sabe perfectamente por qué.

—Oh, claro que sí. Porque está celosa.

—¿Qué? ¡No! ¿Otra vez con sus celos? No sea tan egocéntrico, sir Walter, no todas estamos locas por usted. Yo pienso que es algo malo porque no me agradan los mujeriegos como usted.

—Querida mía, gasta demasiadas energías en reprocharme ese aspecto de mi personalidad —replicó él, lanzando un trozo de algo por encima de su hombro—. Y ni siquiera me conoce.

—¿No? Dígame que no fue amante de la marquesa viuda de Wesleyth.

—Eh... Aunque la caballerosidad me obligaría a negar en público que lo he dicho, tengo que aclarar entre nosotros que lo fue medio Londres.

—Y que no es cierto eso que comentó esa horrible mujer.

—¿El qué?

—Que tuvo usted relaciones con dos gemelas.

—¡Pero... pero señorita Holmes! ¡Yo no sabía que eran gemelas!

—¡Ja! ¿Y lo de...?

—Oh, demonios, déjelo. Prometo que no voy a besarla.

—Gracias —replicó, simulando una satisfacción que no sentía, ni de lejos—. ¿Por qué mira tanto ese retrato?

—¿No le suena? A mí sí de algo.

—A ver... —Sí, aquel rostro, aquella mirada de grandes ojos castaños... Había en ella algo que le resultaba extrañamente familiar—. No sé...

—No consigo encontrar la respuesta. —Le pasó el retrato y se puso a revisar la caja—. Veamos... Aquí hay documentos, referidos a... una botica llamada Taylor.

—¿Taylor? ¿Como la de la tetería?

—¡Claro! —Él la miró—. ¡De eso me sonaba! Se parece mucho a la señorita Taylor, ¿no cree? Sarah estudió el rostro de nuevo y rememoró el de la dueña de la tetería. Ciertamente, tenían un claro aire familiar.

—Sí, así es... Así que hubo aquí una botica llamada Taylor —murmuró pensativa—. Nunca la he oído mencionarlo. ¿Podría ser la abuela de esta señorita Taylor?

—Esa impresión da, por el parecido. Pero eso no debe preguntármelo a mí, señorita Holmes. —Sonrió de oreja a oreja—. Ahora sí que tiene que aceptarme ese granizado.

Sarah se echó a reír, demasiado feliz por aquel descubrimiento como para dejarse agobiar por sus miedos.

—Será un placer, sir Walter.

—Bien, aunque creo que antes deberíamos ir a cambiarnos. Podríamos dejar la visita a la señorita Taylor para mañana.

—¿Por qué? Estamos al lado...

—También estamos empapados. —Se olisqueó una manga—. Y lo peor es que olemos fatal. —Eso sí que era cierto. No podían presentarse en la tetería con semejantes trazas, se preguntarían todos qué les había pasado y apestarían el lugar, incluso aunque se sentasen en la terraza—. Hágame caso, señorita Holmes. Vayamos a Heatherfield Manor. Puede darse un baño y ponerse algo de lo que le pertenecía a mi abuela, todavía quedan cosas. Cenaremos, charlaremos y puede descansar unas horas en una de las muchas habitaciones vacías. Mañana iremos a hablar con la señorita Taylor.

—No sé... Le he dicho que iría, pero, se lo ruego, líbreme de mi promesa. Lo cierto es que no me hace muy feliz la idea de ir a Heatherfield Manor. Quisiera quedarme en mi casa.

Él frunció el ceño.

—Sus padres no están y yo preferiría que no se quedase sola. Sería así en cualquier caso, pero más teniendo en cuenta lo que me contó del registro del despacho.

—Pero...

—No, señorita Holmes. Si no quiere venir a Heatherfield Manor, invíteme a su casa. Podríamos trabajar en el caso, revisar datos y tratar de hacer como si no estuviéramos provocando el mayor escándalo conocido en Little Lake, en los últimos cincuenta años, al menos.

No, definitivamente no podía hacer eso. De enterarse, su padre se llevaría un disgusto enorme.

—Está bien. Iremos a Heatherfield Manor.

—Estupendo. Vamos, le concederé cinco minutos más a esta búsqueda. Veamos qué otras pruebas conseguimos. —Rebuscó en la caja—. Algunos libros, novelas románticas, en su mayoría. Dentro de una, hay algo. Una carta, parece.

—¿De veras? ¿Está legible?

—Sí, el libro la ha protegido. —Arqueó una ceja—. Es del doctor John Sinclair.

—¿Qué? ¿Y qué dice?

Sir Walter empezó a leer con voz alta y clara.

Mi estimada señorita Taylor:

Creo que, dadas las circunstancias, no tendrá muchos deseos de que la visite, o de que me pare a hablar con usted en la calle, como tantas veces he sentido la tentación de hacer, pero no quería irme de Little Lake sin despedirme de la que ha sido mi única amiga en este lugar. Sé que esperaba que nuestra amistad culminase algún día en otro tipo de relación, yo también lo creí en un principio, como sabe, pero...

Perdone, perdón; como bien me dijo usted misma, es mejor que no remueva lo pasado. Me consta que ha tenido que ser duro para usted y no quiero importunarla más de lo debido. Es solo que necesitaba decirle que le estoy infinitamente agradecido por el modo en el que afrontó la situación. Fue muy generosa aceptando que, en las cuestiones del amor, no se pueden hacer exigencias.

Siempre me sentiré culpable por lo ocurrido. No se preocupe, el tiempo lo calmará todo y usted será la feliz esposa de otro hombre. Uno en verdad afortunado.

Siempre suyo,
John Sinclair. MD.

—¡Claro! —exclamó Sarah, entusiasmada—. ¡La señorita Taylor de entonces era la joven con la que tenía una relación!

Él también rio.

—Eso parece, sí.

—Se lo ve muy satisfecho, sir Walter.

—Por supuesto. He sido yo quien ha encontrado las pruebas, señorita Holmes.

—¡Ja! Yo fui quien tuvo la idea de buscar aquí. Usted decía que era una tontería.

—Eso no puedo negarlo. Se ha esforzado mucho para traerme hasta este rincón oscuro. —Se miraron, de nuevo cerca, de nuevo sintiendo todo aquello en la sangre—. Y no sabe lo que me alegra verla tan feliz. —Se sonrieron unos segundos más. Luego, carraspearon, retrocediendo sin que sus cuerpos se movieran del sitio—. ¿Y bien? ¿Qué es lo siguiente?

—Hablar con la señorita Taylor, por supuesto. Ahora es más urgente que nunca. De hecho, no voy a esperar a ir a Heatherfield Manor. —Buscó alguna alternativa y se le ocurrió de inmediato—. Seguro que la señora Douglas sigue en la casa del señor Watson. Si se lo pido, nos preparará un baño y nos proporcionará ropa limpia.

—¿Usted cree? ¿Y qué clase de ropa? Yo solo uso...

—Sí, a medida, ya me imagino. Pero aquí tendrá que conformarse con cualquier cosa por un par de horas, sir Walter. Así podremos hablar hoy mismo con la señorita Taylor, y, esta noche, durante la cena, hasta seré simpática con usted y le seguiré la conversación.

Él puso cara de circunstancias.

—Vale. Capto la idea. Pero recuerde que, si alguien se percata del cambio de ropas, será un escándalo, señorita Holmes.

—Al demonio con todo, sir Walter. —Se encogió de hombros mientras se dirigía a la puerta, el quinqué en una mano y el retrato en la otra—. Yo no voy a casarme jamás, de modo que bien puedo hacer lo que me dé la gana, y nada ni nadie me impedirá degustar esta aventura. Sobre

todo cuando no voy a hacer nada reprochable. ¿Vamos? —preguntó, al ver que no se movía.

Él la estaba mirando, extrañamente serio. Asintió.

—Vamos, señorita Holmes.

Capítulo 9

No me lo tenga en cuenta. Es mi manera de ser

El doctor Keller no había vuelto aún, pero, tal como había asegurado la señorita Holmes, la señora Douglas seguía en casa del doctor Watson. Por lo que sabía Walter, era una mujer trabajadora y concienzuda. Llegaba muy pronto para preparar los desayunos y no se iba hasta después de recoger los cacharros de la cena.

Cuando les abrió la puerta, Walter hubiera esperado por su parte un montón de exclamaciones de horror, además de una severa reprimenda. Lo hubiera entendido, dado el aspecto que llevaban, ambos empapados, despeinados y malolientes como si se hubieran caído de bruces en un pozo negro. Pero no fue así. La mujer arqueó una ceja y torció la boca con evidente desaprobación, pero los hizo pasar y los atendió sin hacer preguntas.

Calentó agua, les preparó sendos baños en las habitaciones del doctor Watson y la que había sido de su hija, y luego les llevó ropa limpia. Un vestido de la joven Helen, para la señorita Holmes; y un traje del doctor Keller, para él.

—La ropa del doctor Watson no le serviría —dijo, adusta—. Es usted demasiado alto. Pero este traje le irá perfecto.

Tenía razón, así que se lo agradeció enormemente, pese a encontrarle muchos defectos, por ser de manufactura barata. Al menos, el té estuvo maravilloso. Aunque habían pensado tomarlo en la tetería, cuando bajaron, tras arreglarse, descubrieron que la señora Douglas les había preparado un auténtico banquete, con un té bien caliente acompañado de pastas y unos emparedados deliciosos.

—Menos mal que me dio el traje antes —le dijo Walter a la anciana, comiendo con entusiasmo—. De no haber estado ya dentro, creo que no hubiese cabido. Están soberbios, mi querida señora Douglas.

Por suerte, la señora Douglas respondía como todas las mujeres del mundo, y aunque no era muy dada a hablar, ni a las sonrisas, sus labios se curvaron hacia arriba un par de veces. Walter se dio cuenta del asombro que eso causaba en la señorita Holmes.

—Es que raramente se muestra tan simpática —le explicó ella, cuando le preguntó al respecto, una vez que hubieron salido de la casa, limpios por fuera y bien rellenos por dentro—. La señora Douglas es una mujer poco dada a mostrar sus sentimientos. Servicial y atenta, sí, ya ha podido comprobarlo. Es como una abuela rigurosa, pero no risueña como estaba hoy, con usted.

—Entiendo... —dijo, aunque su mente se encontraba ya muy lejos del ama de llaves del doctor Watson. Estaban cruzando la calle en dirección a la plaza donde se alzaba la tetería, y Walter estudiaba de reojo a la señorita Holmes, pensando que estaba incluso más hermosa que antes, de ser posible. Llevaba un bonito vestido de tonos arena y adornos amarillos que resaltaba el brillo de su cabello rubio, recogido con unas horquillas en un moño más simple que el de antes, pero más encantador.

Se veía que estaba feliz por los avances hechos en la botica. Sus ojos brillaban de puro entusiasmo mientras caminaba decidida con el retrato en la mano, envuelto en un pañuelo que también les había prestado la señora Douglas.

«Las tres flores doradas de Little Lake», recordó de pronto Walter. Así había oído que las llamaban a ella, a Gladys y a la señora Keller, y nunca le había parecido más acertado. Sarah Holmes era una flor dorada. Y él no podía dejarla escapar, comprendió, ya decidido a rendirse a la evidencia de lo que sentía.

Qué demonios, ya era hora de dejar de correr. No podía seguir así, todo el tiempo tratando de engañarse a sí mismo, de decirse que podía renunciar a ella en el presente, incluso sabiendo que con ello condenaría todo su futuro. Porque no podía imaginar un mañana sin ella. O quizá era que no deseaba hacerlo...

Quería a esa mujer. Era algo que iba más allá de la pura atracción física. Ese día estaba disfrutando como nunca, solo por el hecho de estar a su lado, de caminar así, en silencio, como en ese momento, y lograr hacerla sonreír de vez en cuando.

Sí, tenía una proposición matrimonial para ella. Se lo diría esa noche.

Ya a la distancia pudieron comprobar que la tetería de la señorita Taylor estaba tan llena como siempre. Había mucha gente sentada en las mesitas del exterior, cubiertas con toldos y sombrillas, disfrutando de la buena tarde mientras tomaban un té o un granizado. Grupos de niños pasaban de un lado a otro, corriendo y jugando, llenando el aire con sus gritos y sus risas.

Por suerte, según llegaban, se liberó una de las mesas y pudieron acomodarse sin mayor problema. Walter olfateó a su alrededor, captando el delicioso aroma de las infusiones que se preparaban allí.

—¿Quiere tomar un té? ¿O prefiere un granizado? ¿O alguna otra cosa? ¿Algo de comer?

—¡No! No, por favor. Me temo que he comido demasiado en casa del doctor Watson. —La señorita Holmes fue a dejar el retrato envuelto sobre la mesa, pero cambió de idea y lo volvió a coger, para apoyarlo en el regazo. Qué nerviosa estaba de pronto. Era por la idea de hablar con la señorita Taylor, claro—. Pero quizá un té con hibisco.

—Mmm... Suenan deliciosos. Pero me decantaré por la mezcla con flores de aciano y corteza de

naranja.

—Oh. —La señorita Holmes sonrió con algo parecido a la añoranza—. Eso es lo que tomamos en navidades, cuando estuvimos todos aquí. Fue un día maravilloso.

—Así es. Lo recuerdo. —Sonrió, tratando de lanzarle la mirada de conquistador que lo había hecho famoso en Londres. Estuvo seguro de fracasar por completo, porque no quería conquistarla. No así, al menos. Al contrario, sentía que se le iba a salir el corazón por los ojos, y se preguntó si ella se daría cuenta—. Estaba usted preciosa. Como ahora.

Ella agitó la cabeza.

—No deja de jugar conmigo, sir Walter —dijo, aunque sin enfado—. Coquetea todo el tiempo. Walter la miró con disculpa. Era verdad, no podía negarlo.

—No me lo tenga en cuenta. Es mi manera de ser.

—Lo sé, no se preocupe. Ya ha dejado claro que no tiene ninguna meta en mente, de modo que trato de no engañarme y no le concederé mayor importancia.

Walter parpadeó unos segundos. Eso no le había gustado ni pizca. Trató de disimularlo, pero la idea de que aquella mujer no le concediera mayor importancia le provocaba una punzada más que molesta. Consideró la posibilidad de declararse en ese mismo momento, pero sería estropear la velada, la cena y la sorpresa. Y quien sabe si el resto de la noche, que anhelaba fuera todo lo apasionada posible.

No, mejor esperar. Le había costado mucho llegar a ese punto, bien podía demorarlo un par de horas más.

—Entonces, ¿qué va a tomar? —le preguntó, viendo que se acercaba la señorita Taylor.

—El hibisco. Es más de verano. Y tiene en su sabor el sol de Jamaica.

Walter se echó a reír.

—Eso ha sonado muy sugerente. Me ha convencido. Creo que tomaré otro como el suyo, también.

Ella le lanzó una mirada profunda. Por suerte, la señorita Taylor ya estaba a su lado.

—Buenas tardes, señorita Holmes. —Sonrió con amplitud—. Sir Walter, qué bien que siga con nosotros, siempre es un honor tenerlo por aquí.

—Muchas gracias. —Su mirada experta analizó a la mujer con rapidez. Una joven de unos veintimuchos años, atractiva, pero ya convertida en solterona, si lo del «señorita» era cierto. Tenía un rostro con forma de corazón y rasgos dulces, el cabello castaño y grandes ojos de gacela. Sí, el parecido con el retrato era innegable—. He decidido pasar el verano en el campo. Londres está especialmente insoportable en esta época del año.

—Me alegro por nosotros. —La joven aleteó un poco las pestañas y Walter comprobó, divertido, que la sonrisa de la señorita Holmes se tensaba un poco—. ¿Qué van a tomar?

—Dos de té con hibisco.

—Perfecto. Tenemos hoy un pastel de chocolate delicioso y...

—No, por favor. Creo que tenemos un problema de empacho.

—Nada, una broma. El té estará bien. Y nos gustaría hablar con usted, señorita Taylor.

Ella los miró desconcertada.

—¿Conmigo?

—Sí. Sobre alguien que quizá fue de su familia. Una señorita Taylor relacionada con una botica Taylor, hace como medio siglo.

—Oh, bueno... —Frunció el ceño, haciendo memoria—. Supongo que la última señorita Taylor antes que yo fue mi tía abuela. —Los miró pensativa, como preguntándose algo. Se encogió de hombros—. Dejen que organice las cosas con mi ayudante y me sentaré con ustedes.

—Perfecto, gracias —dijo él, y pensaba comentar con la señorita Holmes aquel extraño titubeo, pero entonces oyeron:

—¡Sarah! ¡Señorita Holmes!

Por la plaza se acercaba el doctor Arthur Conan Doyle, con su vigorosa constitución — practicaba muchos deportes, entre otros el fútbol, en el que era portero en el Portsmouth Association Football Club— y su enorme bigote, que había crecido desde la última vez que Walter lo vio, o esa impresión le daba.

—¡Arthur! —La señorita Holmes alzó la mano. ¿A este también lo llamaba por el nombre de pila? ¿Desde cuándo?—. ¿Qué hace aquí?

—He visitado a un par de pacientes. Estoy ayudando a David, al doctor Keller, durante la ausencia del doctor Watson. —Sonrió más todavía—. Me viene muy bien. En Portsmouth sigo sin sacar adelante la consulta, y... —Rió—. Bueno, se lo diré a usted la primera, y a usted, sir Walter: Touie y yo queremos casarnos el año que viene, si Dios quiere.

—Felic... —empezó Walter. Bien, otro hombre casado. Así, aunque la señorita Holmes lo llamase por el nombre de pila, no le importaría demasiado.

—¡No me diga! —Sin pensárselo dos veces, la señorita Holmes se puso en pie y le dio un abrazo—. ¡Oh, cómo me alegro, Arthur! No he visto a Touie esta semana, me dijo que iba a estar muy ocupada, pero hemos quedado pasado mañana. Supongo que me lo dirá entonces.

—Pues simule no saber nada. —Ambos rieron—. Estamos felices.

—Y yo también, amigo mío. ¿Se sienta con nosotros? Tenemos muchas novedades respecto al caso de lady Pamela.

—¿De verdad? —Miró su reloj y puso mala cara—. Lo que ocurre es que tengo que volver de inmediato a Portsmouth, debo hacer allí otra visita antes de que se haga demasiado tarde. Ya voy a tener que hacer el camino corriendo.

«Pobre hombre», pensó Walter. Le caía bien el doctor Doyle, y siempre lo veía así, con problemas económicos, más pobre que una rata. Y generoso como pocos humanos, también debía añadir, porque, de siempre, si tenía algo, lo compartía. Debería hacer algo por él, pero era muy orgulloso, tendría que ser muy discreto con su ayuda.

—Oh, vaya... ¿Por qué no pasa por mi casa y coge un caballo? —propuso la señorita Holmes. El doctor Doyle empezó a negar con la cabeza. «Lo dicho», masculló Walter mentalmente.

Orgulloso hasta el final, como buen escocés—. Mis padres ya no estarán, es una pena porque iban a Portsmouth y podían haberlo llevado. Pero siempre puede coger uno de los caballos, el que prefiera. ¡Por favor!

—Me da mucho apuro, Sarah. Si le pasara algo al pobre animal...

—La vida es riesgo, Arthur, ya debería saberlo. Es médico y escribe historias de misterio. —Hizo un gesto con la mano—. Vamos, déjeme su libreta y algo para escribir. Le daré una nota para el caballerizo, Baxton, y así llegará antes, y sin agotarse en el trayecto.

—Está bien. Pero se lo traeré mañana sin falta.

—No es necesario. Yo no voy a estar, me alojaré en Heatherfield Manor hasta la vuelta de mis padres. Si le parece, cuando sea, le mandaré una nota para avisarle de que ya puede devolverlo.

—Oh... —La mirada del doctor Doyle pasó del uno al otro, pero era un hombre educado y muy discreto—. Perfecto entonces. Se lo agradezco mucho, Sarah.

—No hay de qué. Mientras, por favor, utilícelo con libertad. Puede llevarlo a casa cuando venga a Little Lake, para que Baxton lo alimente y atienda mientras usted hace sus visitas.

Doyle sonrió.

—No sé qué decir... Gracias.

—No hay de qué, insisto. Y, ahora, siéntese dos minutos con nosotros y mire. —Desenvolvió con cuidado el retrato y le hizo un resumen rápido pero completo de lo que habían descubierto hasta entonces. También le mostraron la carta del doctor Sinclair dirigida a la señorita Taylor. El doctor Doyle escuchó con gran atención, tirándose a ratos del bigote—. Ahora vamos a hablar con esta señorita Taylor para descubrir cuanto podamos. Creo que sabe que es una de sus antepasadas.

—Fascinante. Y sí que se parece la joven, sí... Aunque no sé bien qué relevancia puede tener todo esto con el caso.

—Era su prometida, ambos pensaban que iban a casarse —le dijo la señorita Holmes, mirándolo como si la sorprendiese, por no verlo—. Seguro que sentía odio por lady Pamela.

—La carta parece indicar lo contrario. Parece deducirse que se había tomado la situación con filosofía.

—¿Y lo cree? Yo no. Yo me pongo en el lugar de esa joven y estaría furiosa. —Los dos hombres la miraron arqueando las cejas—. Vale, no mataría a nadie, pero estaría furiosa.

—No todos somos iguales —le recordó Walter.

—No sé, yo creo que algo tiene que haber por ahí... Eso por no hablar de que trabajaba en la botica, por lo que parece; o, al menos, tenía acceso a ella, si era de su familia. Tendría vía libre al arsénico.

—Bueno, hay una legislación bastante severa al respecto, señorita Holmes —le dijo Walter, recordando lo que había leído en un periódico a consecuencia de un caso reciente de asesinato en Londres—. Para controlar lo que se ha llegado a llamar «el polvo de la herencia».

—Sí, se refiere a la Ley del Arsénico, pero no fue promulgada hasta 1851 —asintió el doctor

Doyle—. Con ella se impuso la obligación de un registro escrito y firmado por los que venden arsénico, lo que incluye cantidad y propósito. Pero, antes, no se pedía nada. Y la Ley de Farmacia, que limitó la venta de venenos a los farmacéuticos, no llegó hasta 1868.

—Entiendo... —asintió Walter.

—Por eso, en aquella época, hace cincuenta años, le aseguro que no había control ninguno, y hubo muchos, muchísimos asesinatos, los ha habido desde siempre. De ahí ese nombre tan evocador que recibía. «El polvo de la herencia», sí. En la época de lady Pamela ya se tomaba conciencia del problema, y empezaban a buscarse soluciones, pero estaba todo muy en pañales. Por ejemplo, para... no sé, 1830, o por ahí, ya existía el test Marsh para la detección del arsénico, pero no era todavía concluyente. Además, podía saberse que algo tenía trazas de arsénico, pero no su cantidad, que podía no ser mortal. Para afinar más ese test tuvo que llegar el español Mateu Orfila, el padre de la toxicología forense moderna. —Agitó una mano en el aire—. Pero, perdonen, no es momento de hablar de todo esto.

—Es un tema fascinante.

—Sí que lo es. —Doyle reflexionó unos segundos—. Admito que el hecho de que esa joven despechada tuviera relación con la botica resulta, como poco, sospechoso, lo reconozco. Gracias por compartir la información conmigo, Sarah.

—No hay de qué. Estamos juntos en esto.

—Me alegra que así lo considere, dada la poca ayuda que puedo darle. Ahora, por ejemplo, voy a tener que irme, no puedo quedarme más. —Se puso de nuevo en pie—. Mis disculpas. Créanme que me encantaría escuchar la conversación con la señorita Taylor, pero ya no dispongo de más tiempo, ni siquiera gracias a su caballo.

—No se preocupe. Vaya, vaya... Ya le contaré.

—Perfecto. Oh, quiero dejarle algo. —Abrió su cartera y sacó un pliego de folios—. Me gustaría su opinión sincera.

—¿Qué es?

—Mi parte del trato, mi novela. La nueva historia que le comenté que tenía en mente. Con un detective un tanto peculiar y su amigo médico. —Pareció ruborizarse un poco—. Verá que he usado sus apellidos.

—¿De verdad? —La señorita Holmes cogió las páginas y pasó rápido, mirando la letra del doctor Doyle—. ¡Oh, es cierto! Holmes y Watson. —Rio encantada—. Sherlock Holmes. ¿Sherlock? Qué nombre tan peculiar. Me encanta.

—Me alegro. También está lady Gladys, a su manera. Lo he titulado *Estudio en escarlata*. Por cierto, ¿ha utilizado por fin aquel nombre que nos inventamos, el de Irene Adler?

La sonrisa de la señorita Holmes perdió algo de brillo.

—No, no he escrito nada con él —replicó, y Walter sintió una profunda mortificación, porque podía imaginar lo que estaba sintiendo. Qué bruto y desconsiderado había sido—. ¿Por qué?

—Porque, si no le importa, lo usaré yo. Se me ha ocurrido un personaje muy interesante y

pensaba llamarlo así.

—Por supuesto. En realidad, siempre fue más suyo que mío.

—Es usted muy generosa, mi querida amiga. Debo irme. —Empezó a alejarse—. ¡Tiene que dejarme leer lo suyo, recuerde!

—Claro... —dijo ella, aunque Walter dedujo que no pensaba hacerlo.

Cuando se quedaron solos, y ella pasó una mano por la carpetilla del *Estudio en escarlata*, Walter se sintió más culpable todavía.

—Señorita Holmes...

—Da igual. Sé que se va a disculpar, y da lo mismo. Es algo que no tiene solución. —Hizo un gesto hacia el frente—. Se acerca la señorita Taylor.

Walter miró hacia allí. Era verdad, de modo que dejó el tema literario para más tarde.

Capítulo 10

Todo depende de la dosis, sir Walter

La señorita Taylor regresó con una jarra de aquel té delicioso y de unas generosas raciones de tarta de chocolate, una para ella misma. También llevaba tres tazas en la bandeja. Una vez que lo hubo distribuido se sentó con ellos.

—Ya sé que no querían tarta, pero permitan que los invite.

—No, por favor... —empezó sir Walter.

—Insisto. —Sirvió el té. Olía maravillosamente, y la tarta tenía un aspecto estupendo, pero Sarah casi sintió náuseas al verla, tan llena se sentía tras el enorme té que les había ofrecido la señora Douglas. Decidió esperar un poco a comerla. Confiaba en que la señorita Taylor no se lo tomase a mal—. ¿Puedo saber por qué están interesados en mi familia? —preguntó esta última, seria.

—Hemos encontrado esto. —Sarah le mostró el retrato—. Como ve, se le parece mucho.

—Oh, Dios... —susurró la señorita Taylor, con los ojos muy abiertos—. Es verdad, cómo nos parecemos. ¿Dónde estaba?

—En el sótano de la botica. El señor Larrington nos permitió... amablemente entrar a echar un vistazo, y encontramos eso, y descubrimos que había habido una botica Taylor.

Hubo un ligero silencio. La señorita Taylor carraspeó y tomó un sorbo de té. Sir Walter y ella la imitaron. Estaba de verdad delicioso.

—Sí la hubo, sí —replicó, renuente—. En tiempos de mi bisabuelo, según las historias familiares. —Los siguió estudiando con evidente cautela—. ¿Por qué quieren hablar de eso?

—Creo que su tía abuela vivió en la época de lady Pamela Heatherfield, mi abuela —explicó sir Walter—. No sé si sabe que fue asesinada. —Debía saberlo porque no pareció sorprendida, aunque palideció—. Estamos intentando recabar datos de qué fue lo que ocurrió realmente.

—¿No sería mejor dejar el pasado en paz? —Pensativa, la señorita Taylor cortó un trocito de tarta y lo comió, dándose tiempo para pensar antes de seguir hablando—: Por lo que sé, sufrió mucha gente. Mi familia se fue de Little Lake a consecuencia de todo aquello. Mi bisabuelo se

estableció en York, y puso allí otra botica.

—¿Por qué? ¿Por qué se marchó?

Ella dudó.

—Culpa. Redención. Miedo... —Agitó la cabeza—. Sigo pensando que es mejor dejar el pasado en paz.

—Y yo estaría de acuerdo con usted de no ser porque estoy convencido de que el hombre que pagó por el asesinato de mi abuela era inocente. —Ella parpadeó y apartó la vista con gesto culpable—. Creo que merece que, al menos, se le reconozca eso y se le pida perdón. Además de contar con la posibilidad de vivir sus últimos días en libertad.

La señorita Taylor abrió mucho los ojos.

—¿Sigue con vida?

—Según mis últimas noticias, sí. Está en la cárcel, con otros internos de edad avanzada. Se lo trata bien, porque lleva mucho tiempo actuando como ayudante en la enfermería, pero ha pasado cincuenta años en la cárcel por un crimen que no cometió. —Su rostro había adoptado aquel gesto implacable que tanto le gustaba a Sarah. Quizá fuera porque, en momentos como esos, no jugaba, no se burlaba, no era un dandi abrumado por el tedio y con puras ganas de diversión, sino un hombre al que le importaba lo que estaba diciendo—. Dejaré que su conciencia decida si quiere o no quiere hablar del asunto, señorita Taylor.

Ella se ruborizó.

—No lo sabía. Le juro que no lo sabía. Oh, es terrible... Ni siquiera se me ocurrió imaginarlo. —Un silencio tenso se extendió durante varios segundos. Hubo un forcejeo en el interior de la señorita Taylor, seguro, resultó evidente, pero Sarah supo también el momento exacto en el que la joven se rindió. Tragó saliva y continuó—: Pero supongo que, siendo así, no queda más remedio que afrontar las consecuencias de lo ocurrido... Eso sí, les advierto que no tengo pruebas de nada. Solo sé lo que contaban mis padres y mis abuelos. Lo que les oí de niña. Lo que me revelaron, al hacerme mayor y plantear preguntas. —Comió otro trocito de tarta y suspiró—. Mi tía abuela murió hace mucho. Pero su historia es conocida en la familia, por la tragedia que supuso para todos.

—¿Tragedia? —preguntó Sarah, frustrada al saber que aquella mujer había muerto. No era algo sorprendente, solo lamentable. Podría haber tenido unos setenta años en esos momentos, como poco, pero habían guardado la esperanza de localizarla con vida, precisamente por la sucesión de muertes que había provocado la confesión de la señora Perkins.

—Sí —había seguido la señorita Taylor—. Mi tía abuela, la hermana pequeña de mi abuelo, estaba prometida en matrimonio con el doctor Sinclair cuando llegó esa mujer de Londres, con toda su belleza y su elegancia. Era hija de un marqués...

—Conde —corrigió sir Walter—. Mi abuela era hija de un conde. Igual que mi madre.

—Oh. Creo que me llegó mal ese dato. Muy bien, hija de un conde y esposa de un rico baronet. Toda una dama de la alta sociedad, elegante y hermosa. El doctor Sinclair quedó

fascinado por ella, y su relación con mi tía abuela se fue a pique de un modo espantoso. —Sarah arqueó una ceja. Aquello concordaba con sus sospechas de que no había sido todo tan bucólico como dejaba entrever la carta de Sinclair. Ella le ocultó su ira, pero la sentía, y la compartió con su familia. A la que, de hecho, debió engañar con lo de la promesa de matrimonio, porque no la hubo, solo un inicio de algo que se truncó al conocer Sinclair a lady Pamela—. Entonces, él enloqueció, pero ella más.

—¿A qué se refiere? ¿La mató ella?

La señorita Taylor titubeó.

—Según tengo entendido, mi tía abuela estaba envenenando a lady Pamela —admitió. Sir Walter se cubrió el rostro con una mano.

—Oh, demonios...

—Insisto en que no tengo pruebas. Ni siquiera sé qué hay de verdad en todo ello, ni si está relacionado con los hechos que provocaron su muerte, con ese tónico cargado de arsénico que llevó al doctor Sinclair a la cárcel... Buena parte de lo que sé me llegó por parte de mi madre, que no sentía mucha simpatía por mi familia paterna. Y ella lo supo a través de mi padre, que no lo vivió de un modo directo.

—No se preocupe —la tranquilizó Sarah—. Solo cuéntenos qué es lo que sabe.

—Que, con la llegada de la lady Pamela, todo cambió, aunque al principio mi tía abuela simuló conformarse con la situación y comprenderla. Incluso se hizo amiga de la condesa, ya que, desde su llegada, había estado cerca.

—¿Ah, sí?

—Sí, trabajó para ella de niñera, y luego afirmó siempre que no ocurría nada, que el amor no podía forzarse. Simuló ser su amiga; pero todo era un ardid, para ir preparando su muerte. Cada vez que compraba algo en la botica, mi tía abuela le añadía un poco de arsénico. Le llevaba de regalo elixires para el aliento, bonitos jabones, una agenda encantadora para anotar los eventos... Y le regaló un pañuelo, de un verde precioso que combinaba con sus ojos, y que siempre lucía al cuello.

—¿Y eso qué tiene que ver?

La señorita Taylor calibró un momento cómo seguir.

—Ya les digo que mi familia regentó en York otra botica. Me encantaba estar en la trastienda o en el pequeño laboratorio con mi abuelo y con mi padre. He crecido entre fórmulas magistrales y el conocimiento de plantas y medicamentos. De hecho, me hubiera encantado ser boticaria también, como ellos, pero para una mujer es difícil... No tuve hermanos varones, así que mi madre vendió la botica cuando se quedó viuda y lo único a lo que pude aferrarme fue a las mezclas de tés que tanto le habían gustado a mi padre —añadió, haciendo un gesto hacia la jarra de té y las tazas—. Puse una tetería en York, en la que conocí a alguien que... bueno, íbamos a casarnos. Pero cuando mi prometido murió por una pulmonía...

—Oh, lo siento —dijo Sarah. La otra asintió.

—Gracias. Cuando él murió, no quise seguir en York. Mi madre también me había dejado, el año anterior, y me sentía terriblemente sola, así que decidí venir aquí, a conocer las raíces familiares, y me enamoré de Little Lake. Este lugar es maravilloso.

Sarah sonrió.

—Sí que lo es, señorita Taylor. Y créame si le digo que nos alegró mucho que abriera su tetería aquí.

—Gracias. Pero, bueno, me estoy yendo por las ramas. Les contaba todo esto para que tengan en cuenta que, aunque sea la dueña de una tetería, pueden considerarme como alguien que entiende del tema cuando les digo que ese pigmento verde del pañuelo tenía como base un arsenato de cobre elaborado a partir de una mezcla de cobre, arsénico, hidrógeno y oxígeno.

—¿Arsénico...?

—Sí. Fue inventado en el siglo pasado y desde entonces lo han utilizado en todo tipo de cosas: papeles, telas, jabón... incluso dulces. —Miró su tarta y apretó los labios mientras cortaba otro pedacito—. También se usaba en pinturas al óleo. Se sospecha que puede causar la muerte por inhalación.

—¡Dios mío! —Sarah miró a Walter—. ¡Los cuadros de su abuelo!

—Sí, quizá... —replicó el baronet, muy serio—. Pero ¿por qué no se envenenó él? ¿O yo? Llevo rodeado de esos cuadros desde siempre.

—Todo depende de la dosis, sir Walter. Sí, que yo sepa, su abuelo compraba productos para sus pinturas en la botica de mi bisabuelo, pero no llevaban tanto arsénico como para provocar una muerte rápida. Al parecer, lo que hizo mi antepasada fue rodear a lady Pamela de cosas debidamente... aderezadas con arsénico. Esos cuadros. Algún jabón. Unos dulces. El famoso pañuelo, cuyo bonito color verde se debía a ese pigmento, y que la víctima siempre llevaba al cuello. En realidad, no debió ser difícil de conseguir, se usaba mucho para tinter para ropa. Mi abuelo me contó que se hacían vestidos verdes que tenían hasta cien gramos de arsénico, cuando solo se necesitan unos pocos, cuatro o cinco, para matar a alguien.

Sarah se llevó una mano a la boca.

—Es espantoso...

—Sí. Envenenarla poco a poco, eso fue lo que hizo. No sé por qué luego se precipitó la cosa y ocurrió lo del tónico, porque su plan no era malo y hubiese podido matarla sin que nadie se enterase.

—Iban a irse —dijo Sarah, recordando la carta encontrada en la botica—. Seguro que fue por eso.

—¿Irse? ¿De Little Lake? ¿Juntos?

—Así es.

—Pues sí, posiblemente fue por eso. Tal como conozco la historia, no hubiese sido algo que aceptase sin más. Los odiaba demasiado, a los dos. La venganza era para ella un todo, un ardiente deseo que la cegaba por completo. Por eso, de algún modo, logró envenenar el tónico

que preparaba él para su amada, lo que la mató, y a él lo llevó a la cárcel. Ella pudo quedar impune, sin que nadie llegara a saber de su intervención, pero, por causa de un dinero que desapareció, mi bisabuelo se dio cuenta y la obligó a confesar.

—¿Un dinero?

—Sí. Y bastante. Tenía acceso a las cuentas de la botica y a los ahorros familiares, y los gastó casi por completo. Al parecer los usó para sobornar a alguien que se había enterado de sus andanzas. —Sarah y sir Walter intercambiaron una mirada, ambos seguros de que era el dinero que había sufragado los gastos de la señora Perkins y su hija en Bath—. Pero no sabría darles más detalles. Fue cuando mi familia decidió marcharse. Organizaron todo para irse a vivir al norte, a York, y querían que ella entrara en una orden religiosa. Al parecer, el bisabuelo estaba empeñado en que lo hiciera, porque era una especie de cárcel para ella, el castigo merecido, pero... Mi tía abuela no quiso, y a su manera se salió con la suya.

—¿Y qué hizo?

—Ella, bueno... Se suicidó. Por lo que sé, encontraron sus zapatos y su chal en la orilla del lago.

Sarah volvió a intercambiar una mirada con sir Walter.

—Pero ¿encontraron su cuerpo? —preguntó. Había leído demasiadas historias en las que los fallecidos en el mar, o en profundas simas, no siempre estaban muertos y volvían para vengarse.

—No —admitió la señorita Taylor—. Pero estaba en la zona donde el lago tiene más profundidad, al oeste. Y la policía dijo que, si se llenó los bolsillos con piedras, como sospechaban por las que había junto a los zapatos, no saldría nunca a la superficie. —Al ver que la miraban muy serios, se encogió de hombros mientras jugaba con las migas de su tarta—. Cuando era niña, en York, escuché muchas veces esa historia de noche, mientras pensaban que estaba dormida. Oí llorar a mi abuelo, porque quería a su hermana y creía que tanto desamor, tanto sufrimiento, la habían enloquecido. Sin duda, había sido así, y con ese... ese ansia que tenía por vengarse de los que tanto daño le habían hecho, destruyó a toda la familia. Los Taylor, en York, nunca nos sentimos en casa. Ni siquiera yo, que nací allí. —Miró a su alrededor, la placita, el bonito ayuntamiento, el lago, más allá de las casas—. Sin embargo, en cuanto llegué a este sitio, supe que era mi hogar. Que era aquí donde deseaba vivir y morir.

—Ya, bueno... —Sir Walter agitó la cabeza—. Perdone que, pese a todo, no sienta gran simpatía por ustedes. Sigo sin entender que permitieran que un hombre inocente fuera a la cárcel.

—No se preocupe, yo tampoco lo entiendo. Podría decir que mi bisabuelo temía más al escándalo que a rendir cuentas ante Dios, y sería cierto. No quería que se supiese, que se juzgase públicamente a su hija, y prohibió que se hablase del tema fuera de la familia. Pero eso no era todo. Pensaba de verdad que, con encerrar a la culpable en un convento, ya cumplía con su sentido de la justicia. Y, por último, aunque lo más importante, odiaba al doctor Sinclair. Había dejado a su hija por otra, por una mujer casada. La había avergonzado y despreciado. Ella no lo perdonó nunca, pero mi bisabuelo tampoco. Se lo aseguro, lo hubiera mandado a la horca, lo

hubiera ahorcado personalmente, de haber podido.

—Sí, ya me imagino...

—Y yo... Bueno, de verdad que pensaba que ese hombre ya estaba muerto, como el resto de todos los que protagonizaron esa historia. Que todo era cosa del pasado. De otro modo, hubiera hablado antes. —Se removió inquieta en la silla, como si sufriera algún malestar físico, y se llevó una mano al estómago—. Como digo, no tengo pruebas de nada, solo una sórdida historia familiar, y no sé si serviría para liberarlo, pero estaría dispuesta a hablar con la policía, si lo... estiman conveniente.

—Gracias —susurró Sarah, con el alma impresionada por aquella historia tan terrible. Cuánto odio, cuanta ansia asesina debía tener aquella mujer para hacer aquello. ¿Y su padre? Condenar a presidio a un hombre inocente. Claro que, en su caso, no lo consideraba inocente, había atentado gravemente contra su hija, al abandonarla por otra. Pensativa, cogió por fin su tenedor y cortó un pedazo generoso de tarta de chocolate. Seguía sin tener hambre, pero estaba tan esponjosa... Tenía un aspecto delicioso—. Y no se preocupe, no le reprochamos nada, no ha sido culpa suya. —Se la llevó a la boca—. Por cierto, ¿cómo se llamaba su tía abuela? El nombre de pila. ¿Lo sabe?

—Ah. Mmm... Sí... Mm... mmm...

De pronto, la mano de sir Walter sujetó a Sarah por la muñeca y la detuvo en seco en el trayecto, con la tarta a pocos milímetros de sus labios. Por culpa del impulso que llevaba, se soltó del tenedor y cayó sobre la falda de su vestido.

Sorprendida, lo miró. ¿Por qué había hecho eso? Pero no necesitó formular la pregunta al ver a la señorita Taylor. Se estaba poniendo pálida, o verde, o algo, mientras se aferraba el cuerpo con una mano y se convulsionaba en la silla. Giró la cabeza y empezó a vomitar. Trató de ponerse en pie y sir Walter fue a ayudarla, pero ella derribó cuanto había sobre la mesa con un gemido de dolor, los ojos muy abiertos. Sufrió un par de convulsiones y cayó al suelo.

Al momento, todo el mundo empezó a gritar. Sarah y sir Walter retrocedieron, horrorizados. La señorita Taylor siguió agitándose un par de segundos más.

Luego, murió.

Capítulo 11

Qué mala hora para estar despierto sin una copa en la mano

Walter abandonó un sueño profundo y vacío con un sobresalto.

El dormitorio estaba muy oscuro. Debía ser tarde, de madrugada. Manoteando, encendió la lamparita de la mesilla y comprobó la hora en el reloj que siempre tenía allí: las tres de la mañana. Las tres en punto de la mañana. Qué mala hora para estar despierto sin una copa en la mano. ¿Por qué...?

Se incorporó, nervioso, recordando de pronto todo lo ocurrido ese largo día, hasta llegar al momento en que fueron testigos de la muerte de la señorita Taylor.

De cómo quedó mirando al cielo con sus ojos de gacela, la boca torcida en una mueca. De cómo la señorita Holmes se abrazó a él, aterrada, intentando rehuir semejante visión. Y del miedo espantoso que sintió él mismo mientras la estrechaba contra su pecho, sabiendo que se habían salvado por muy poco y preguntándose si sería capaz de protegerla en el futuro...

El capitán Miles no tardó en llegar al lugar con sus hombres, alertado por los gritos. De ser Walter cualquier otro, posiblemente todavía estaría en el puesto de la policía en Little Lake, contestando pregunta tras pregunta, incluso siendo considerado sospechoso. Pero era el baronet, el dueño de la mayor parte de las propiedades de la zona. El capitán Miles fue amable, correcto en todo momento, y hasta mandó un hombre para que los acompañase de vuelta a Heatherfield Manor, con la promesa de que al día siguiente se presentasen en su despacho para terminar de realizar una declaración.

Sentado en la cama, Walter se pasó una mano por la cara, notándose sudoroso y hasta febril. De no haber estado con la señorita Holmes, se hubiera quedado con la policía, hubiera hecho lo posible por saber qué había ocurrido. Alguien había envenenado su tarta, eso estaba claro, pero ¿estaban las tres raciones igual? Era de suponer que sí. Menos mal que la señora Douglas los había empachado con sus dulces y sus emparedados, porque les había salvado la vida. Solo imaginar la escena, los tres allí muertos...

—Dios mío... —musitó en la oscuridad. Estaba aterrado. Se sentía vulnerable, nunca había imaginado poder llegar a tener tanto miedo.

Había estado a nada de morir.

Sarah había estado a nada de morir...

Era la primera vez que se refería a ella por el nombre de pila. Ya era hora, supuso. Ya era hora de que dejaran todas las trabas y encontrasen un punto común, uno en el que pudieran ser de verdad sinceros el uno con el otro. De pronto necesitó tenerla al lado, tenerla cerca. Se levantó, se puso la bata y las zapatillas, se dirigió a la puerta de su lujosa habitación en Heatherfield Manor y salió al pasillo.

Sabía que Mimi había alojado a la señorita Holmes un par de puertas más allá, en una de las mejores habitaciones para invitados. No por ella, que seguramente hubiera preferido ponerla en el semisótano de los criados, o, peor, no darle alojamiento alguno. Pero Walter había insistido siempre en que a las amigas de Gladys se las tratase como damas muy queridas en esa casa, y así se hacía.

Llamó a la puerta.

—¿Señorita Holmes? —susurró en la oscuridad. Nada, silencio. ¿Estaría dormida? Lo más probable, y lo último que desearía en ese caso sería despertarla. Titubeó un momento, calibrando la idea de irse, pero optó por girar la manilla con cuidado. Solo necesitaba verla un segundo. Si la encontraba allí, durmiendo tranquila, sería capaz de tranquilizarse a su vez y volver a dormir.

Pero la señorita Holmes no estaba en su cama.

La luz de la luna entraba a raudales por las puertas de la terraza que estaban abiertas de par en par, iluminando el gran lecho vacío, las sábanas algo revueltas y papeles extendidos por todos lados. ¿Qué era aquello? Walter parpadeó y avanzó hacia allí intentando no hacer ruido, caminando sigiloso sobre la gruesa alfombra. Tomó uno de los papeles y leyó: «II. La ciencia de la deducción. Nos vimos al día siguiente, según lo acordado, para inspeccionar las habitaciones del 221B de Baker Street, a las que se había hecho alusión durante nuestro encuentro».

Walter estudió confuso el papel, hasta recordar que el doctor Doyle le había dado a Sarah una carpetilla con el borrador de una novela, justo antes de lo ocurrido. Debía ser esa, sí, aquella historia cuyo título no podía recordar. Algo de algún color...

Oyó un sonido suave. Había alguien en el balcón, ella, supuso, aunque no pudo evitar encogerse y caminar hacia allí con cautela, no fuera a sufrir otro sobresalto.

La vio nada más dar un par de pasos para asomarse.

Sarah Holmes, la hermosa, alocada y divertida señorita Holmes, estaba con las manos apoyadas en la barandilla de piedra, el rostro elevado al cielo nocturno. El camisón se volvía traslúcido con aquella intensa luz plateada; y pudo ver, casi como si no hubiese tela alguna, su silueta esbelta y elegante, con talle de avispa, nalgas perfectas y piernas largas. Walter sintió algo extraño que no había sentido nunca. Excitación, sí, un intenso deseo, como era de imaginar, como siempre le había ocurrido.

Pero en ese caso, con esa mujer, el sentimiento era distinto. Era más emocional que físico. Era algo que no se quedaba en su siempre animoso miembro varonil, sino que se extendía por todas y cada una de las peculiaridades que conformaban a sir Walter Heatherfield —nieto, hijo, amigo, amante, hombre de mundo, dandi y triunfador de su época— hasta llegar a las fuertes ramas que se enraizaban en su corazón.

La amaba. La amaba con locura por lo que era, por cómo era. Y solo esperaba que ella pudiese amarlo a él de aquel modo tan sublime, porque era un sentimiento que todo el mundo debería sentir en algún momento de la vida.

Amor. Por fin, allí estaba.

—Sarah... —susurró. Ella se sobresaltó y miró hacia atrás. La luna arrancó destellos de sus mejillas brillantes por las lágrimas—. ¿Estás bien? —La joven negó con la cabeza. Claro, qué pregunta más absurda. Con todo lo que había ocurrido, ¿cómo iba a estar bien? Walter avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza. Sarah se aferró a él y se amoldó a su cuerpo de una forma natural que le hizo pensar que ciertamente estaban hechos el uno para el otro. Apoyó la mejilla en su pecho y empezó a llorar. Walter comenzó a consolarla con caricias—. ¿Es por la señorita Taylor?

—No... Oh, sí, también —replicó en voz baja—. Pensaré que soy horrible, pero no. Aunque sí es que ha sido espantoso, que me siento triste por ella, y todo me afecta más.

—¿Qué ocurre?

—No podía dormir y he leído el borrador de Arthur. El doctor Doyle —aclaró, al ver que él no entendía. «Oh, sí». Walter asintió—. Es... es magnífico, sir Walter, ni se imagina cuánto...

—Walter, por favor. Te estoy llamando Sarah. Te estoy tuteando. Quienes han estado a punto de morir juntos, bien pueden hacerlo, ¿no crees?

Ella sonrió apenas.

—Supongo que sí.

—De modo que ese... ¿cómo era? —Intentó hacer memoria—. ¿«Tratado en rojo»?

—*Estudio en escarlata*.

—Eso. ¿Es magnífico?

—Muy bueno. —Estupendo. Porque lo hubiera ayudado en cualquier caso, pero prefería que fuese con algo de talento por su parte. Se enteraría de a qué editor lo enviaba y se encargaría de que le hicieran una buena oferta de publicación. Así quizá pudiera ganar lo suficiente como para vivir dignamente una temporada—. Tiene unos personajes maravillosos. ¡Y les ha puesto nuestros apellidos! El protagonista se apellida Holmes.

—Sí, recuerdo que lo comentó.

—Pero también está el doctor Watson y un policía llamado Lestrade, para Gladys. Te parecerá una tontería, pero me ha hecho mucha más ilusión cuando he terminado de leer, porque es magnífica. Tiene una trama, unos personajes... —Pareció atribulada y apoyó la frente en su pecho—. Oh, Walter, qué vergüenza siento. No me extraña que me riñeras tanto esta mañana.

Está claro que no valgo para esto. Mi novelita no era más que una mala burla, una tontería ridícula, en comparación.

—No seas tan dura contigo misma. Estás aprendiendo, Sarah, y hay que divertirse mientras se aprende. Tu texto era terrible. —Aguantó con una risita cuando ella lo golpeó con un puño en el pecho, junto a su rostro escondido, un golpe débil pero que dejaba clara su frustración—. Pero también te lo dije: puedes llegar a ser una buena escritora. Eso es algo que se percibe entre líneas, en la forma de escribir. Solo tienes que perseverar, fijarte, aprender... Sospecho, querida mía, que la primera novela raramente vale más que para el fuego, por mucho que la adoren sus propios autores. Al fin y al cabo, es algo natural. Ningún niño horroroso es feo para sus padres.

—Mira que eres malo.

—No crees que sea malo.

—No...

Ella alzó el rostro y se miraron. Walter pensó que nunca habían estado tan cerca, y no se refería solo a la cercanía física. Leyó muchas cosas en los ojos de Sarah Holmes. Sintió muchas cosas al interpretar aquel mensaje. Y supo, con toda claridad, que habían creado ya un vínculo que no podría romperse jamás.

Walter bajó poco a poco la cabeza, buscando esos labios con los que tanto había soñado. Su contacto le provocó un repiqueteo en el corazón, una música en el alma. Su aliento sabía a menta, a fresco, a mujer joven llena de vida y de ilusiones. Walter, que había creído conocer todos los aspectos de un beso, se encontró caminando como un niño inexperto por un terreno desconocido.

Se sintió inundado por Sarah Holmes, empapado de Sarah Holmes.

Bendecido por Sarah Holmes...

El beso creció y creció. La joven suspiró en su boca y lo llenó de deleite, y la notó caliente y dúctil contra su pecho. Azuzado por tantas emociones, tantos sentimientos e impulsos, Walter la estrechó con mayor fuerza y sus manos se volvieron osadas. Se deslizaron poco a poco por su espalda, degustando aquel talle divino hasta cubrir sus nalgas, y la estrechó con fuerza contra su erección, dolorosa, poderosa, inmensa. El placer que lo recorrió fue brutal.

—Sarah... —susurró. ¿Era una pregunta? Una súplica. Necesitaba tenerla, ansiaba tenerla. Moriría, de otro modo.

—Sí... —dijo ella en el mismo tono—. Sí quiero.

Aquello lo inflamó como una llama. La aferró con más fuerza aún, incrementando la potencia del beso. Una de sus manos ascendió hasta abarcar uno de los senos de la joven, que sintió firme y perfecto para su palma. Ella tembló y su beso en respuesta fue más ardiente aún. ¡Oh, qué maravilla! Aquella mujer estaba hecha para él, solo para él, y eso lo llenó de alegría. La alzó en volandas y giró para llevarla a la cama, y la sintió reír, y se sintió feliz y rio también.

—¡Espera! —exclamó entonces ella, empezando a forcejear.

—¿Qué...? —La dejó en el suelo, sorprendido. Si se había arrepentido, se moriría. Estallaría

allí mismo como un maldito globo. Pero ella ya no le prestaba mayor atención. Había vuelto corriendo a la barandilla y miraba hacia lo lejos.

—Hay luz. En mi casa. Hay alguien allí.

—Oh. —Walter miró. Efectivamente, en la oscuridad se percibía una luz, como una lámpara moviéndose, y debía ser en la casa de los Holmes—. Será algún criado...

—No. Molly iba a ir a Portsmouth con mis padres, y no hay más criados que vivan en casa. El resto va de día, desde el pueblo, a ayudar.

Walter hizo una mueca.

—¿El caballerizo? El del león.

—¿Baxton? ¿Y por qué tendría que estar en casa? No, imposible. Estará en el alojamiento de las caballerizas.

—Bueno, pues no sé... Pero ahora es muy tarde, Sarah. Sería mejor quedarnos. —La enlazó tentativamente por la cintura, deseando poder convencerla para ir a la cama, de inmediato—. Mañana podemos...

—No —replicó ella, escurriéndose—. Yo voy ahora mismo.

—¿Qué? No puedes... —Pero Sarah ya había entrado en el dormitorio. Cogió sus botines, se sentó en el borde de la cama y empezó a ponérselos. Luego se colocó la chaqueta directamente sobre el camión. Walter la observó con los brazos en jarras—. No imaginarás que voy a dejar que vayas sola.

Ella sonrió con gracia.

—La verdad, esperaba que te ofrecieras a acompañarme. Me da un poquito de miedo ir sola.

—Pero vas a ir de todas formas.

—Así es.

Él suspiró.

—Bien. Entonces, espera. Voy a ponerme también unos zapatos y algo de ropa. Me niego a ir sin pantalones a ningún sitio. Otra vez.

—Creo que ahí hay una historia que prefiero que no me cuentes nunca. —La oyó decir, y Walter rio entre dientes. Menos mal. Era una historia que deseaba olvidar.

Cinco minutos después estaban cabalgando juntos en uno de los caballos de Walter, que había ensillado él mismo con el mayor sigilo.

Capítulo 12

Y lo mató

Cuando llegaron, ya no había ninguna luz, pero aun así dejaron el caballo en los lindes del bosque y avanzaron sigilosamente, agarrados de la mano.

Walter iba delante, pero Sarah no tuvo que decirle nada: se dirigieron directamente al despacho de su padre, que era el lugar del que, creía, había llegado la luz. Cruzaron con cautela el jardín, dejando a un lado los cántaros rotos de su madre —qué lejano le parecía aquel momento en que su padre y ella habían visto el estropicio desde la ventana— y, tras un par de segundos vigilando entre sombras y silencio, se decidieron a entrar.

Sarah encendió la luz y echó un vistazo alrededor. Nadie. Nada.

—No me equivoqué. Había luz.

—Sí —replicó Walter—. Yo también la vi. Pero quien quiera que estuviese aquí, se ha ido. Y parece que ha sido cuidadoso. —Hizo un gesto alrededor—. Vamos, no lo sé, pero supongo que no ves nada fuera de lugar.

—No... —Sarah dudó un momento y se dirigió hacia el cuadro de Little Lake, el pintado por sir Francis, para recolocarlo bien, porque estaba ligeramente inclinado a un lado. Iba a apartarse, pero en el último momento se le ocurrió una idea. Tomó el cuadro y lo descolgó de la pared. Por suerte, era muy ligero, con un marco que apenas pesaba.

—¿Qué haces? —le preguntó Walter.

—Este cuadro siempre se inclina para el mismo lado. Poco, pero se inclina. A mi padre lo pone nervioso. —Quizá fuera la novela de Arthur, pero se sentía impulsada a examinar cada detalle. Giró el cuadro y parpadeó al fijarse en algo, por la parte de atrás. El papel acartonado que cubría aquel lado había sido despegado y vuelto a pegar. Tanteó y estuvo segura de que dentro había alguna cosa—. Eh... Aquí hay algo.

—¿Qué? —Ella apenas lo oyó. ¿Cómo no se había dado cuenta? Allí había algo, sin duda. Levantó el papel con todo el cuidado posible y sacó del interior algo envuelto en un papel de los que usaban para notas, había una pequeña pila sobre el escritorio de su padre. Lo abrió y vio una

moneda. Era de oro—. ¿Qué significa eso?

—Es un soberano —susurró Sarah, desconcertada—. Un soberano de oro de George IV.

—Un soberano. Bueno, sin duda tiene su peso, por eso desequilibraba el cuadro. Pero no sé qué puede significar.

—Yo sí —replicó ella, que acababa de ver la anotación en el papel. «El primero, y recuerda: el bosque no te deja ver los árboles», decía la letra del señor Walker—. Creo que sí, al menos. — Libros. El primero. George IV... ¿Cómo se relacionaban? ¿Quizá algún tratado sobre su vida? ¿O sobre monedas, en general? ¿Un primer volumen de algo? ¿Soberanos de oro, los primeros, la primera acuñación? No, no... Su mente voló y recuperó para ella un viejo recuerdo de la época en que, con dieciséis años, era una lectora ávida de todas las obras de Jane Austen—. El señor Walker me contó una vez que Jane Austen no sentía simpatía por el rey George IV, pero que él fue un lector muy aficionado a sus novelas. Y que, de hecho, fue el primer comprador de su primer libro, *Sentido y sensibilidad*, cuando era príncipe regente. Eso fue unos días antes de que se anunciara públicamente la edición. Ella ni siquiera aparecía como autora, se indicaba que había sido escrito «por una dama».

Walter agitó la cabeza.

—Muy interesante. Y a mí también me gustan las novelas de Jane Austen, fue una gran escritora. Pero ¿qué quieres decir con todo esto? ¿Qué significa esa moneda ahí?

—El señor Walker la puso. La puso para mí. Sabía que ese cuadro era uno de mis preferidos.

—¿Por qué?

—Oh, porque muestra Little Lake en la Navidad y...

—No, me refiero a ¿por qué la puso ahí?

—Quizá temía algo. No sé. Pero es un mensaje para mí. Parte de un mensaje. La otra parte es esa frase escrita. Los árboles son los libros. El bosque los oculta, la biblioteca los oculta... — Miró hacia la biblioteca. Jane Austen, Jane Austen... Corrió hacia una de las baldas y buscó con ansiedad hasta localizarlo. Lo abrió, nerviosa, y no tardó encontrar el pliego de papeles, oculto dentro del cuero de su tapa trasera—. ¡Sí!

—¿Qué pasa?

Ella sacó los documentos doblados y se los mostró.

—«Copia de la declaración de la señora Edna Perkins». —Leyó, al extenderlos. Lo vio sonreír y se sintió feliz de ver la admiración en sus ojos. ¡Había resuelto el enigma! No estaría a la altura del magnífico Sherlock Holmes, pero tampoco lo había hecho nada mal—. ¡Lo tenemos, Walter! ¡Lo tenemos!

—Cosa que le agradezco profundamente —dijo una voz ronca. Sarah y Walter se volvieron hacia la puerta. Baxton estaba de pie, cerca de la entrada, y los apuntaba con una pistola—. Por favor, señorita Holmes, láncelo hacia aquí.

Ella apretó los labios.

—Era usted, ¿verdad? El que registraba el despacho. Para eso vino, de hecho, por eso solicitó

el trabajo.

—Así es. Me temo que tuve que empezar por darle una paliza al hermano del bueno de Rooney y romperle unos cuantos huesos, o nunca hubiera conseguido el puesto. Fue idea de mi patrón. Es un hombre muy inteligente... aunque no tiene muchos escrúpulos que digamos.

—Canalla... —masculló Walter. Sarah agitó la cabeza.

—¿Por qué? El señor Walker... ¿está muerto?

Baxter se encogió de hombros.

—Supongo que ya no importa si lo digo. Sí, el muy idiota está muerto. Lleva mucho tiempo muerto, de hecho. Desde el año pasado.

Sarah parpadeó, intentando contener las lágrimas. Pobre amable y querido señor Walker...

—¿Qué ocurrió? —logró murmurar.

—Que no tuvo mejor idea que ir a la policía. La vieja loca le dictó la carta, y él se fue a la policía para que soltasen a Sinclair. Lo hizo tras enviar el correo, claro. Era muy cumplidor.

—¿El correo, a quién? —preguntó Walter, sorprendido—. A mí no me llegó ningún correo.

—Ja. Por supuesto que no. —Lo miró con burla—. ¿Todavía no lo entiende, sir Walter?

—¿Le importa iluminarme?

—Desde luego. Será un placer, antes de meterle un tiro. —Aquellas palabras provocaron un miedo brutal en Sarah, que se llevó una mano al corazón. De pronto, la cabeza le daba vueltas y se sentía mareada, incapaz de centrar la mente en nada. ¿Iba a matarlos? ¿Para eso habían llegado hasta allí?—. El secretario de Holmes enseñó a Dalton una copia de la confesión, por eso sabíamos que existía. Pero si Dalton tenía una virtud era la de ser un hombre de negocios. Se puso de inmediato en contacto con mis patrones, que estaban preocupados tras recibir la primera carta, y le ofrecieron un buen dinero por conseguir esa copia.

—Y lo mató —terminó Walter.

—No. Le concede más capacidad asesina de la que tenía. Trató de conseguirla, pero sin mayor éxito. —Ahogó una risa ronca—. Tampoco era muy diplomático que digamos, ni muy listo. Walker empezó a sospechar y escondió la copia. Y Dalton se enteró de que había pedido un permiso para ir a visitar a su familia.

—Sí, así fue —dijo Sarah—. Dijo que su madre había empeorado. Tiene problemas de corazón.

—Ya. En realidad, ese maldito imbécil entrometido tenía pensado ir a Londres, a ver a sir Walter en persona, y advertirle de que algo pasaba, que la policía estaba actuando de forma extraña. Por suerte, Dalton lo interceptó y lo retuvo en una granja abandonada, al norte. Pero se negaba a matarlo. —Se encogió de hombros—. Por lo que, finalmente, mi patrón decidió enviarme a tomar cartas en el asunto.

—Y lo mató.

—¡No! —Rio—. Qué empeño tiene.

—Es que está muerto...

—Ya, bueno, sí. Pero fue un accidente, lo de Walker, me refiero. No supo aguantar bien el dolor y murió sin decirnos dónde estaba exactamente el documento, aunque admitió que estaba en este despacho. Yo era partidario de quemar la casa una noche, con la tragedia de toda la familia muerta, pero no me lo permitieron.

—Es usted un canalla —le espetó Sarah, horrorizada.

—Ya, preciosa. Pero es que era muy aburrido buscar, y más sin que se notara que estaba buscando.

—¿Y Dalton? —preguntó Walter—. ¿Qué pasó con él?

—Lo inevitable. Ese imbécil no quería implicarse más de lo debido, y se horrorizó con la muerte de Walker. No quería saber nada de asesinatos. No quiso ni acompañarme a acabar con la vieja, maldito cobarde. Tratamos de presionarlo implicándolo en ese crimen, para asegurarnos de que no se iría de la lengua, y vino a pedir explicaciones. Creo que jamás he disparado a alguien con más ganas.

Walter lo miró con expresión lejanamente divertida.

—¿Ve? Y lo mató...

—¡Walter! —protestó Sarah, que temía que se pasase de listo y le costara la vida. Su corazón dio un nuevo vuelco cuando Baxton afirmó la mano con la pistola.

—Y lo voy a matar a usted, si vuelve a repetirlo.

Walter se encogió de hombros.

—Tenía entendido que iba a hacerlo de todos modos. —¿Cómo podía estar tan tranquilo? Bueno, quizá no era esa la palabra exacta, pero no parecía tan preocupado como debería, como se sentía ella. Era como si tuviera una baza en la manga. Ojalá fuera así, o estaban muertos—. Que esta... escena es solo para demostrarnos lo listo que es usted y...

—¿Quién es su patrón? —intervino Sarah, tratando de protegerlo de su propia temeridad—. ¿Quién demonios es usted?

—¿Todavía no lo entiende, señorita Holmes? Siempre tan segura de sí misma, tan petulante. Tan convencida de saberlo todo. Y tan bonita, debo añadir. —La miró de aquel modo incómodo que le había desagradado tantas veces en el pasado—. Quizá la deje convencerme de que no la mate. Pero para eso tendrá que mostrarse muy amable y cariños... ¡Ah! —exclamó, cuando una piedra lo golpeó de lleno en la cabeza.

La pistola saltó despedida y se movió rápido para recuperarla, pero Walter, que parecía haber estado esperando la ocasión, fue también hacia allí, se arrojó cuan largo era, resbalando por el suelo, y logró cogerla antes. Frustrado, Baxter lo pateó en la cara, salió corriendo hacia la ventana más cercana, dio un salto y la cruzó rompiendo el cristal.

Entonces, Sarah vio a Tom, surgiendo por la izquierda. Iba corriendo, con la maraña de rizos más despeinada que nunca.

—¡Ya tardabas! —Oyó exclamar a Walter, que se estaba incorporando. Sangraba por la nariz y la comisura de la boca—. ¡Casi me pega un tiro!

—¡Voy tras él! —replicó el otro, sin más. Sarah alzó una mano en su dirección, como si pudiera detenerlo con el gesto.

—¡No! ¡Tom! ¡Espera! —El sonido de los cascos de un caballo los paralizó un momento—. Puede ser peligroso. Deja que se vaya, lo denunciaremos a la policía. ¡Walter! ¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente... —Se frotó la mandíbula—. Creo que no tengo nada roto, ni he perdido ningún diente. —Sarah lo ayudó a ponerse en pie. Tom se acercó también. Walter lo miró arqueando las cejas—. Ni te imaginas lo que me alegré de verte, seas quien seas. Aunque casi dejas que me peguen un tiro.

—Tenía que apuntar bien. Solo había una oportunidad de que no acabara usted muerto, alteza. Walter arqueó una ceja.

—No soy alteza. Ni siquiera soy noble.

—Mmm... pues cualquiera lo diría, por cómo vive. —La miró a ella—. ¿Estás bien, Sarah?

—Sí, gracias. Y creo que te debo toda mi gratitud...

Él sonrió.

—Oh, pues ya que estamos, sigo soñando con imposibles, y esperando ese beso...

Esta vez, Walter arqueó ambas cejas.

—¿Vas a decirme tu nombre? Para poder retarte a duelo como es debido, más que nada.

—Tom —se presentó él—. Thomas Lester McAffrey, aunque me llaman Tom el Rizos.

—Oh, ya. El ladrón de vacas.

El chico se echó a reír.

—Veo que mi fama me precede. Conste que solo robé una, y fue hace tiempo. Y el señor Mallows no me guarda rencor.

—¿Mallows? ¿El marido de Martha?

—Así es. Llevo un tiempo con ellos y he podido investigar la zona. —Miró a Sarah—. Sé dónde están las abejas. Las tierras de ese hombre que les estaba apuntando con una pistola...

—Baxton.

—No se llama Baxton, se llama Sebastian Moore. Es el hombre de «el profesor».

—Oh, Dios... —susurró Sarah—. Estamos cada vez más cerca.

—Estamos justo sobre la «x» del mapa del tesoro, cariño —le dijo Walter. Señaló el papel—. Vamos, haz el favor de leer. A ver qué es eso que tantas muertes ha provocado.

Ella asintió, estiró el documento y empezó a leer en voz alta.

Capítulo 13

Fue la primera vez que capté la sombra en la luminosa señorita Taylor

Att. Sir Walter Heatherfield Bart

Estimado sir Walter Bart:

Yo me hubiese referido a usted como *Señorísimo*, que me parece muy elegante, pero dice el señor Walker, el secretario del señor Holmes, que no es así como deben decirse las cosas, y ha puesto ese encabezamiento tan raro. Por si no lo sabe, Bart significa que es usted baronet. El señor Walker se ríe, pero nunca está de más avisar, por si acaso. También me está diciendo que deje de hablar de otras cosas y que me centre, porque quiero que escriba todo al pie de la letra, tal cual lo digo.

Supongo que tiene razón, debo dejar de dar rodeos y de esconderme. Esta es la confesión de un delito, una revelación con la que intento salvar lo poco que queda de la vida de un buen hombre, y tratar, con ello, de salvar lo poco que queda de mi alma.

Me llamo Edna Perkins, y en aquel año cuyo número exacto no recuerdo, pero que seguro que pueden encontrar anotado por ahí, yo trabajaba de criada para el doctor John Sinclair. Era una mujer joven, fuerte y decidida, pese a todo. Pese a que me estaba quedando sola. Pese a que maldecía a Dios a escondidas, a cada momento.

Hacía tiempo que era viuda, mis hijos habían ido muriendo, cada uno por una causa distinta, y únicamente me quedaba la pequeña, que sufría del mismo mal que me había arrebatado a mi marido y a uno de sus hermanos. Una dolencia extraña que iba debilitando sus cuerpos hasta convertirlos en tristes guiñapos, provocando su muerte.

El doctor Sinclair me había dicho que esa enfermedad no tenía cura. Que, por no tener, no tenía ni nombre. Él conocía los síntomas, pero todavía nadie la había estudiado lo bastante como para bautizarla de ninguna forma, menos aún como para saber cómo curarla. Mi pobre niña estaba destinada a sufrir lo mismo por lo que habían pasado su padre y su hermano, yo lo sabía: una angustia lenta y agónica que le arrebataría sus fuerzas.

Por suerte, no sufría mucho: algunos calambres musculares, el dolor al mover articulaciones o golpes por culpa de caídas... Pero era eso, progresivo. «Degenerativo», decía el doctor Sinclair, esa era la palabra. No había nada que hacer.

Él le daba el mismo tónico que a lady Pamela. Todavía recuerdo su fórmula: una onza de lamedor de claveles, una dragma de galanga, una dragma de agua de canela, una onza de agua de hierbabuena y de

azahar. El doctor lo disolvía todo en agua y le añadía azúcar, para hacerlo todavía más dulce. Eso restituía la fuerza, la fortaleza del espíritu... No sé, solo puedo decir que le sentaba bien a mi niña. No lograba curarla, pero le daba un poco de color a sus mejillas.

Ese día, el día en que cambió todo, yo tenía previsto ir a Portsmouth para la misa. Ya le digo que no recuerdo el año, pero sí sé que era el 25 de marzo, el Día de la Anunciación, una fecha festiva para los católicos. Mi hija y yo pensábamos bajar a Little Lake y compartir un carro con un matrimonio vecino que también profesaba nuestra religión. Pero, al verla con fiebre y tan acatarrada, decidí quedarme y me acerqué a la casa del doctor Sinclair, a buscar un poco de corteza de sauce. Él siempre me la daba y sabía que no le importaría que la cogiera por mí misma.

Él no iba a estar, yo lo sabía. Sir Francis había ido a Portsmouth a una exposición y el doctor Sinclair tenía previsto visitar a lady Pamela para llevarle un nuevo frasco del tónico. Una mera excusa para poder verla y estar con ella a solas. Yo le había oído decir mil veces que lady Pamela no necesitaba ningún tónico, pero aun así ella se lo tomaba, un vasito cada tarde, tras el té, sin perder un solo día. Era de constitución frágil y siempre estaba asustada ante la idea de la muerte.

Qué irónico que, precisamente, le llegara por su causa.

La cuestión es que cuando estaba llegando a la casa del doctor Sinclair, me di cuenta de que había alguien dentro, trasteando en el laboratorio. Me asomé por la ventana y descubrí a la señorita Taylor, la hija del boticario. Ella lo ayudaba en su negocio, igual que su hermano. Era especialmente buena combinando hierbas para infusiones, incluidos algunos téis. Me había regalado muchas veces mezclas para mi hija, porque sabía que le gustaban y se compadecía de nosotras.

La señorita Taylor...

Era una joven bonita, alegre y muy querida en el pueblo. Devota, atenta y servicial. Hasta había ayudado a lady Pamela, haciendo las veces de niñera ocasional, cuando la dama llegó a Little Lake. En aquel entonces, el doctor Sinclair la estaba cortejando, y ella incluso había empezado a hacerse un ajuar, convencida de que se casarían. Todos pensábamos que lo harían.

Pero entonces llegó lady Pamela.

Yo estaba en la casa, preparando la cena en la cocina, cuando ambos hablaron y el doctor Sinclair le confesó que amaba a lady Pamela, que no podía seguir con su cortejo. Que quería que lo supiera para que se sintiera libre de buscar otra oportunidad de ser feliz, de experimentar lo mismo que él estaba sintiendo en ese momento. Amor, un amor desbordante, algo que lo había tomado por sorpresa y lo zarandeaba cada día, entre la felicidad y el infortunio. Porque por fin había encontrado a la mujer elegida por su corazón, pero estaba casada y tenía un hijo, algo que la ataría siempre a ese otro hombre.

Ella se mostró amable y comprensiva. Dijo que entendía que, en las lides del amor, no hay posibilidad de forzar la voluntad, o algo así. Que comprendía y aceptaba que él no pudiera hacer ninguna otra cosa. Yo la escuchaba y me pregunté si realmente estaba diciendo la verdad. Fue la primera vez que capté la sombra en la luminosa señorita Taylor.

La segunda vez fue cuando la descubrí aquel día, cambiando el frasco de lamedor de claveles por otro idéntico.

Al principio no lo entendí, pero luego ya lo supe: en esa agua azucarada iba una dosis de arsénico capaz de matar a alguien. Y contaba con que yo no estuviera para poder ir y cambiar el frasco, de modo que no se la relacionase a ella de forma directa. El doctor había comprado arsénico; yo lo encargué, para matar ratas. La señorita Taylor aprovechó la ocasión.

Cuando la interpele al respecto intentó negarlo, pero cuando amenacé con llamar a la guardia me miró con rabia y estalló: «No he hecho más que defender mi honor», dijo. «Pretendían marcharse, ¿lo entiende, señora Perkins? ¡Iba a marcharse con ella! Yo creía... esperaba que, con el tiempo, esa mujer volviera a

Londres, que su esposo tomara cartas en el asunto y se la llevase de aquí. Pero no. ¡Y se iba a escapar con él! John me lo dijo. Se despidió, y por carta, maldito cobarde. ¿Cómo se atreve? Antes prefiero verlos muertos, a ambos. ¡Quiero verlo ejecutado!».

Yo estaba horrorizada. Volví a la puerta, para correr y avisar, pese a que ya me imaginaba que no llegaría a tiempo, pero ella me detuvo.

«Tiene usted una hija, piense en lo que es más conveniente para ella. Yo dispongo de dinero, de mucho dinero, puedo cuidarla. Le daré lo que necesita para recuperarse. ¡La enviaré con usted a Bath!».

¡A Bath! Esa palabra me sonó como un sortilegio. Los ricos siempre iban allí a recuperarse con sus aguas medicinales, yo lo había oído mil veces.

Pese a todo, salí corriendo hacia Heatherfield Manor, pero cuando llegué oí los gritos. Ella ya había muerto. El doctor no estaba, al final había tenido un aviso y solo pasó por allí para dejar el tónico. Para cuando volvió de una de las granjas, todo el mundo lo buscaba histérico. Yo volví a casa. Mi hija estaba peor. Se la veía tan triste y compungida...

Los días siguientes pasaron demasiado rápidos. El doctor Sinclair fue detenido, se lo acusó del crimen, se encontró el arsénico que yo había encargado para las ratas. Decidieron que lo había mezclado él mismo con los otros ingredientes y lo había llevado para matarla. No sé qué hubiera hecho yo si lo hubiesen condenado a muerte. Probablemente, no hubiera podido llegar tan lejos, y hubiese confesado.

Pero lo condenaron a cadena perpetua; y la señorita Taylor exclamó, enfurecida, que el doctor Sinclair tenía demasiados amigos, que seguramente en unos pocos años estaría de nuevo libre... Sí, lo sé. Quise engañarme, porque era lo que me convenía, lo que quería creer. Por eso me fui a Bath con mi hija y vivimos allí mucho tiempo, hasta que un día dejó de llegar el dinero. Tuvimos que volver a Little Lake y entonces me enteré de que la señorita Taylor se había suicidado en el lago. Fui a ver su tumba.

Solo constaba su nombre, «Moirá Taylor», y las fechas de nacimiento y muerte. Nada que contase algo más de ella. Qué sola se había quedado, con tanta luz que había tenido. Toda su familia se había marchado, al norte, decían. No habían mirado atrás, avergonzados por el suicidio.

Y, para entonces, ya no me atreví a hacer nada. Cuando finalmente mi hija murió, lo sentí como un justo castigo.

Porque no me merezco ni un gramo de felicidad, Señorísimo, digo... da igual. Soy culpable ante Dios por la vida perdida de ese hombre, todos esos años terribles en los que ha estado preso. He rezado mucho, pero he demorado la confesión todo lo posible porque, pese a saber que de volver atrás haría lo mismo, no me atrevía a afrontar sus consecuencias.

La culpa ha agriado mi carácter. Sé que me llaman «la bruja de la colina», y es verdad que lo soy, porque me vendí al demonio hace mucho. Que Dios se apiade de mi alma.

Siempre su servidora,

Edna Perkins

Capítulo 14

No puede no ser ella, Sarah

—**V**amos, abajo —le dijo Walter, con voz apagada, una vez que llegaron de vuelta a Heatherfield Manor. Saltó del caballo, la cogió por la cintura y la depositó en el suelo. Sarah notó sus manos ausentes, tensas. Como deseosas de ocuparse de otros menesteres—. Y no te separes de mí, por favor.

Ella lo miró confusa. Desde el momento en que terminaron la lectura de la confesión de la señora Perkins, parecía haberse convertido en otro hombre, alguien sin resquicio de aquel temperamento juguetón y voluble al que la tenía acostumbrada. Estaba como trastornado, como alterado de alguna forma. Había intentado mandarla con Tom a la vaquería de Mallows, donde pretendía que se quedase escondida hasta que fuera a buscarla, pero Sarah se había negado en redondo. Aunque no entendiera nada, era allí, a su lado, donde debía estar.

Viendo que no podía convencerla, la había montado en el caballo sin más explicaciones. Ahora se comportaba casi como si fuera a entrar en un campo de batalla.

—¿Qué es lo que pasa, Walter? —Al ver que iba a darle la espalda para dirigirse a la puerta, lo sujetó del brazo—. No. Por favor. Tienes que decírmelo.

Él hizo un gesto indeterminado.

—No sé, Sarah —replicó, al cabo de un segundo—. No sé cómo encontrar las palabras. Ni yo mismo acabo de creerlo.

—¿El qué?

—Oh, maldición... —Se frotó el rostro con las manos—. Pese a todo, por más vueltas que le doy, no dejo de verlo, con una claridad hiriente. Me está perforando el cerebro.

—¿Quieres hacer el favor de explicarte? —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué has visto?

—¿Que qué he visto? —Ahogó una risa amarga—. Piénsalo, Sarah, actúa como uno de esos detectives que tanto te gustan y une cabos: me mandaron esa carta con la confesión. Me la mandaron a mí, pero no me llegó nunca.

—Lo sé. Te creo, no te preocupes.

—No es eso. Sé que me crees y no me siento culpable. La pregunta es: ¿por qué no me llegó? Ella titubeó.

—No lo sé. A veces, el correo se pierde, pero no ha sido el caso. Ese hombre, Baxton, o Moore, o como quiera que se llame de verdad, ha dicho que, para cuando Dalton se comunicó con ellos, sus patrones ya habían recibido la carta.

—Exacto... Y, eso, de por sí, nos dice mucho. Como el resto de lo que hemos ido descubriendo. —Movié la mano frente a él, a golpes, como señalando puntos—. Todo son... son detalles, detalles sueltos, escondidos en el entramado del mundo. Cada uno de ellos no significa nada por sí mismo, pero, si los juntas, todo tiene un nuevo sentido.

—Walter... me estás asustando.

Él la miró como si estuviera viviendo una auténtica tragedia.

—No me llegó, Sarah. Y ¿sabes quién se encarga de mi correo?

—No, no lo sé.

—Mimi.

—Oh. —Mimi. La niñera. La gobernanta. La abuela putativa de Walter. Una mujer acostumbrada a dirigir la gran casa del baronet y a actuar como si fuera la señora. ¡Seguro que soñaba con serlo, por eso veía como una amenaza a todas las mujeres que rondaban a Walter! Recordó cómo la miró esa mañana, cuando se cruzaron sus coches y la vio a solas con él. No le caía simpática, pero tampoco entendía por qué debía mencionarla en ese momento. Siempre la tenía en boca—. Bueno... ¿Y qué importa eso?

—¿Sabes cómo se llama Mimi? —preguntó él a su vez—. ¿Cómo se llama de verdad? Porque Mimi es el diminutivo que le puse yo cuando era pequeño y me sentía incapaz de pronunciar su nombre. ¿Sabes cómo se llama?

Sarah parpadeó. El nombre.

Mimi.

Y, de pronto, hubo un destello en su mente y lo vio con claridad, con esa claridad cegadora que lo estaba deslumbrando a él.

—Moira... —dijo en un susurro.

—¡Eso es! ¡Moira! Un nombre que vale para hombre y para mujer. Ella es Moira Tee. Su hijo, Moira Tee. Y su nieto, James Moira Tee.

—Oh, Dios mío. —Sarah abrió mucho los ojos—. ¿Crees que es ella? ¿La señorita Taylor?

Walter agitó la cabeza.

—*No puede no ser ella*, Sarah. Es... es elemental. Es lo único que lo explicaría todo, que lo uniría todo, por absurdo que parezca. Como el hecho de que Mimi no quisiera nunca ir a Little Lake, siempre rehuyendo tratar con los vecinos. ¡Hasta trajo criados de Londres y Portsmouth, insistiendo en que sabían cómo trabajar en grandes casas! Pero no era por encontrarlos de clase inferior, por verlos como pueblerinos, no. ¡Tenía miedo de que alguien la reconociese!

—Como las señoritas Dobson —murmuró Sarah, recordando otro detalle más.

—Eso es. Por eso salió esa mañana, por eso fue a visitar a Martha. No se olvidó de las señoritas Dobson, simplemente las evitó, algo que cada vez le resultaba más complicado.

—Entiendo...

—También está el hecho de que siempre se haya ocupado de los remedios en Heatherfield House, cuando estábamos enfermos. O que le encante preparar mezclas de té, con recetas que también le vienen de familia, como le ocurría a la señorita Taylor. —Afirmó la mandíbula, al recordar lo ocurrido—. Es una mujer muy versada en hierbas, yo lo sé. Por supuesto. Fue la hija de un boticario.

—Pero...

—Recibió el correo —sentenció Walter, con voz átona, firme y definitiva—. Tuvo que recibirlo. Y eso provocó un auténtico derramamiento de sangre... —Empezó a enumerar con los dedos—. La señora Perkins no sabía que, con esa confesión que quería enviarme, estaba firmando su sentencia de muerte. Walker no sabía que, al ir a denunciarlo a la policía, se estaba condenando a sí mismo. Dalton no sabía que, al colaborar y luego enfrentarse a esa gente, terminaría muerto...

—Él sí lo sabía —lo corrigió Sarah—. Helen me dijo que estaba aterrado. Sabía que habían matado a Walker, que mataron a la señora Perkins. Que eran criminales...

—Bueno. Al menos alguien lo supo. Yo me siento como un tonto. Me siento como si toda mi vida hubiese sido un puro teatro, con personajes que, en realidad, eran muy distintos a lo que yo creía. Eran actores, fingiendo todo el tiempo ante mí. Y yo me había creído sus papeles.

Se hizo un profundo silencio. Sarah no sabía qué decirle. Entendía su dolor y, en cierta medida, encontraba lógico que hubiese llegado a esas conclusiones, aunque resultaba todo tan increíble que, simplemente, no podía aceptarlo. Estaba segura de que, llegado el momento, una desconcertada —y ofendida, seguro— Mimi demostraría ser inocente y Walter lloraría aliviado. Y también lo haría ella, pese a su antipatía por aquella mujer. Pero lo haría por él, porque sabía lo mucho que la quería.

—Mira, hay luz —susurró, al percatarse de que, efectivamente, había una luz encendida en algún punto del piso bajo de Heatherfield Manor.

—Sí, ya me había dado cuenta. Es en el salón. Creo que nos están esperando. —Eso no podía ser bueno. Parecía indicar que Baxton los había despertado con la noticia de lo ocurrido, lo cual confirmaría su culpabilidad. Sarah se mordió el labio inferior, angustiada. Walter le dio la mano y entrelazó los dedos con los suyos—. No te separes de mí.

—Quizá deberíamos... —empezó ella con miedo—. No sé, quizá deberíamos ir a buscar al capitán Miles.

—No sería mala idea, la verdad. —Se volvió hacia el lugar donde habían dejado la montura—. Coge el caballo y...

—No. ¿Qué dices? No te voy a dejar aquí solo. —Le frunció el ceño, encontrando cierto consuelo enfadándose con él. Así no se sentía tan asustada—. No te vas a deshacer de mí, Walter

Heatherfield.

—Bueno... —replicó él, con un gesto consecuente—. Tenía que intentarlo.

Entraron en la mansión y caminaron a buen paso por los pasillos en penumbra hacia el origen de la luz. Efectivamente, era en el amplio salón, donde estaban encendidas las grandes lámparas y la gigantesca chimenea, frente a la que una mesita con dos sillas custodiaban un tablero de ajedrez, en el que estaba desplegada su eterna partida a medias. Por las muchas tardes que había pasado allí, sobre todo desde la boda de Gladys, Sarah sabía que siempre había alguna en marcha, porque Walter, los Tee y hasta Edward, cuando se encontraba en Little Lake, disfrutaban mucho desafiándose unos a otros. Todos ellos eran muy aficionados a aquel juego.

En el centro del salón —que contaba incluso con una zona de música, con un precioso piano de cola— había un par de grandes sofás, varios sillones dispersos y un buen número de mesitas pequeñas, de distintos tamaños, destinadas a múltiples usos.

Allí vieron sentada a Mimi, en el centro del sofá. Estaba vestida con ropa de cama y llevaba el largo pelo blanco recogido en una trenza que giraba sobre su hombro y se perdía a la altura de la cintura. El camión sobresalía por debajo de la bata, ambos también blancos, y se extendía a su alrededor como el vestido de una novia. Lo habían colocado cuidando cada pliegue, cada detalle. Ella parecía muy delgada, casi minúscula, en su interior. A Sarah nunca le había parecido más vulnerable, más anciana. Daba la impresión de dormir beatíficamente, la cabeza inclinada hacia delante y una taza de té, vacía, olvidada en su mano.

Cerca, en uno de los sillones, Tee sollozaba quedamente. También tenía una taza de té, y Sarah vio la tetera y el azucarero sobre la gran mesita central, en una bandeja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Walter. Intentó seguir, pero se le ahogó la voz—: ¿Está...?

Tee lo miró con tal odio que lo clavó en el sitio. Era una expresión intensa y tormentosa que Sarah nunca habría creído posible en su rostro por lo general amable.

—Ya sabes que sí, Walter. —El otro no lo negó. Ni siquiera protestó por la ausencia del tratamiento, o por el tuteo. Se limitó a contemplar la taza que tenía Tee, y Sarah lo imitó. Contenía algo de líquido. ¿También alguna clase de veneno? ¿Habría bebido ya? ¿Estaba dudando de si hacerlo?—. Moore nos ha despertado. Nos ha dicho que ya lo sabías todo, que has encontrado la confesión, y ella no ha querido afrontarlo. Dijo que ya no le quedaban fuerzas, no tras la muerte de Daisy.

—¿Daisy?

—La señorita Taylor. La de la tetería. Su sobrina nieta.

—Oh... —Walter pareció desconcertado—. Pero entonces ¿no la matasteis vosotros?

—¿Estás loco? Era la nieta de su hermano. Recabó toda la información posible sobre ella y la ayudaba económicamente sin que lo supiera. Su única pena, por no poder volver a Little Lake, era no poder conocerla en persona. Nunca hubiera permitido que le hiciéramos daño. Además, ni siquiera se nos había ocurrido que pudieras descubrir esa relación. No, fue algo que sobresaltó a James y tuvo que improvisar con Moore, algo que siempre ha demostrado ser nefasto...

—¿James?

—Sí. Es el que se ha ocupado siempre de todo, yendo y viniendo, por lo general a escondidas, hasta que surgió la idea de la construcción de la mansión de lord Sackville, y pudimos aprovecharlo. Moore sí ha permanecido aquí desde que vinieron, alertados por la carta. Y yo a veces he traído mensajes para él, como cuando enviaste aquí a lady Martha y traía a lord Edward. Nos vino muy bien esa excusa.

—¡El señor James Tee! —exclamó Sarah—. ¡Él es «el profesor»!

Nunca lo había considerado sospechoso porque había sido uno de los últimos en llegar a Little Lake, precisamente para dirigir aquella construcción, pero sabiendo que había estado así, de incógnito y en las sombras, todo cobraba un nuevo sentido.

Tee la miró a ella. No asintió, pero, de algún modo, quedó patente la confirmación.

—James sospechaba que ese chico, Tom, los había escuchado. Que sabía quiénes eran y temía que se lo contara a alguien. Cuando Moore fracasó en su intento de matarlo, y encima en compañía del doctor Keller... —Agitó la cabeza—. Madre sentía que todo estaba surgiendo, que era cosa de tiempo que se supiese la verdad. Y estaba cansada de tanta lucha.

—Dios mío... ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿De verdad tienes que preguntarlo? Todo lo que ha hecho en los últimos años ha sido por el bien de la familia, tú incluido. Por mantenernos libres de todo escándalo.

—¿Me estás justificando el asesinato de la señora Perkins? De una anciana...

—¡Fue culpa suya! —lo cortó el otro, y su voz retumbó en el silencio de aquella noche terrible—. Podíamos haberla matado mucho antes, pero solo era una pobre vieja y mi madre insistía en que la dejáramos en paz. Decía que ya había sufrido mucho, incluso se sentía culpable por haberlas dejado a ella y a su hija a su suerte, en Bath, cuando mató a Moira Taylor y resurgió como Moira Tee. La cuidó incluso después, con envíos continuos a la parroquia del reverendo Strade, sabiendo que le llegarían a ella. Y, llegado el momento, nos hace esto. ¿De verdad? ¿Qué pretendía?

—¿Morir en paz? —Tee bufó con desprecio—. Te recuerdo que ella no sabía que tu madre continuaba con vida. Quizá, de haberlo sabido, hubiera hecho las cosas de otro modo. Pero es que... demonios, todo esto es un despropósito. Ni siquiera había un peligro real para vosotros, estoy convencido de que ya nadie os hubiera relacionado nunca con la familia Taylor. La única consecuencia de esa confesión hubiera sido la de liberar al doctor Sinclair.

Tee entrecerró los ojos.

—Ese hombre no merece la libertad. Además, eso no es del todo cierto. Mi madre tenía miedo. Si tú te enterabas, querrías un acercamiento con ese hombre, y temía no poder evitar un encuentro. ¿Y si la reconocía? No dejaba de repetirlo. ¿Y si descubría que seguía con vida?

—Sí, eso sí...

—Por eso, lo mejor era eliminar a la bruja. Total, poco le quedaba de vida. Y así se terminaría todo... Pero no. Tú tenías que seguir, y seguir... —Hizo un gesto hacia ella—. Y permitir que esa

mujer continuara buscando. ¿No podías dejar el pasado en paz?

La pregunta no obtuvo ninguna respuesta. Sarah no creía que mereciese alguna, y Walter parecía perdido en sus pensamientos.

—Así que no me equivocaba... —murmuró al fin, contemplando a la anciana—. Antes de ser la señora Tee, fue la señorita Taylor.

—Siempre fue la señorita Taylor. Jamás hubo ningún señor Tee.

—Entonces... ¿quién fue tu padre?

—¿No te lo imaginas?

Walter tardó un momento en contestar. Afirmó la mandíbula.

—Sir Francis.

—Así es. Sir Francis. Tu abuelo. Siempre tan listo, sobrino. Sí, mi madre y él terminaron consolándose mutuamente, tras tanta pérdida. Se comprendían, y creo que hasta llegaron a amarse. Pero sir Francis, mi... —de nuevo aquella contorsión provocada por el odio— padre, nunca la consideró lo bastante buena como para convertirla en su esposa. ¡Por favor! ¡Un hombre que había contraído matrimonio con la hija de un conde cómo iba a casarse con la hija de un simple boticario de pueblo! ¡Bah! Se merecía lo que le pasó.

Los ojos de Walter lanzaron un destello.

—¿Y qué le ocurrió, Tee?

—¿Tú qué crees? Que lo ayudamos a morir. Murió envenenado, no solo por su pintura, sino por todo lo que tocaba, poco a poco, en una agonía larga y dolorosa. Lo que se merecía. Cabrón hijo de puta.

—Ya veo... —Sarah trató de deducir cómo se sentía Walter, pero su rostro parecía haberse vuelto de piedra y su voz tampoco expresaba emociones—. Y ahora ¿qué va a pasar?

—Moore nos ha dicho que ya lo sabes todo.

—¿Moore?

—Lo conocemos como Baxton, ¿verdad? —intervino Sarah—. Tom nos habló a Helen y a mí de Sebastian Moore. Tiene una granja por el norte, con colmenas.

Tee asintió.

—Sí, señorita Holmes. Siempre he pensado que era usted una joven inteligente. Demasiado para su propio bien. —Ni Walter ni ella respondieron nada a eso—. Al saber que iban a hablar con la señorita Taylor, mandamos a Moore a que controlase la situación. El muy idiota ha estado a punto de mataros a los tres, y luego, eso... Permitted que encontrarais antes la copia de la declaración. Maldito idiota... Mi madre no ha podido soportarlo. No ha querido luchar más. Te quería, ¿sabes, Walter? A su modo. Te cuidó desde niño. Yo le dije que deberíamos matarte, al menos llevarnos eso, pero no quiso. Nos lo ha prohibido.

—¿A quiénes? Oh, entiendo... James.

—Es el más válido de todos. El que debería llevar el título de baronet. También es nieto de sir Francis. Y es mucho más inteligente que tú.

—No lo voy a negar. Lamentablemente, no soy quien hace las leyes. Ni tú tampoco.

—No... —Vacío la taza de un trago—. Al infierno con todo.

—¡No! ¡Tee! —Walter corrió hacia él, pero Tee ya no dijo más, y trató de rehuirlo. Cuando, finalmente, cayó al suelo entre convulsiones, lo estrechó y empezó a llorar—. Oh, maldita sea... Tee...

Sarah lo miró entre la tristeza y el horror. Al margen de todo, aquella gente había sido su familia, sabía que Walter los quería. Ya no volvería a mencionar a Mimi a cada momento y...

Intentando darle un poco de privacidad en su dolor, se giró un poco y sus ojos se detuvieron en el tablero de ajedrez. Nunca se había fijado antes, pero había algo raro en las piezas. Caminó hacia allí y comprobó que, efectivamente, eran muy curiosas, al menos los alfiles, que realmente no estaban. En su lugar había una especie de torres, pero distintas, como si fuera una columna con un sombrero de bufón.

Un sombrero de bufón.

Sarah sintió un escalofrío en la espalda. Se giró, casi por instinto, y vio a James M. Tee en la puerta. Acababa de llegar, seguía con capa y sombrero, y con el bastón en la mano.

Un bastón con la empuñadura como el sombrero de un bufón.

El bastón que habían visto a través de la ventanilla del carruaje, la noche en que se toparon con «el profesor». Nunca se había fijado en que James M. Tee lo llevase, probablemente porque, por lo general, lo ocultaba la capa.

Pero allí estaba, sí, y era él. El señor Tee lo miró con sus ojos extraños, inteligentes y peligrosos, hizo un lento gesto de saludo con la cabeza —un gesto un tanto reptiliano—, o quizá era una promesa, y se fue por la izquierda.

—Walter... —llamó ella y, sin esperar respuesta, fue corriendo hacia allí.

Pero cuando salió al pasillo, no había nadie.

Epílogo

Es que solo tengo una pierna

—Puede besar a la novia —dijo con una sonrisa el reverendo Strade.

Sarah sonrió, volviéndose hacia Walter, y una vez más sintió aquella incredulidad asombrada, aquella sensación de irrealidad en la que llevaba como flotando varios meses. No podía ser, no podía estar casándose —bueno, estar ya casada, porque era el final de la ceremonia— con aquel hombre maravilloso.

Pero sí. Era su esposa. Sir Walter Heatherfield era su marido. Y él sonrió, seguro que sabiendo lo que pensaba, y se inclinó para rozar sus labios en un beso tan cariñoso como ardiente.

—Compórtate —le susurró ella.

—Hasta la noche, amor. Solo hasta la noche.

Luego le ofreció el brazo y salieron de la iglesia entre aclamaciones. Fuera había mucha más gente y empezaron a caer por todos lados pétalos de rosas.

Al igual que hiciera Gladys en su momento, Sarah y Walter habían organizado el convite en plena plaza de Little Lake, hacia donde fueron en una larga caravana de carruajes, encabezada por el cabriolé adornado con rosas, flores de azahar y grandes lazadas, todo en blanco. El tiempo de principios de otoño era todavía bueno, y tras la comida pudieron bailar durante horas, con la música de la mejor orquesta de Portsmouth.

Gladys, Helen, Sarah y Touie no dejaron de danzar, con sus maridos, sus padres, sus amigos e incluso entre ellas mismas. Hubo un momento en el que se abrazaron las cuatro dando saltos, felices de estar juntas, de estar tan contentas, porque todas habían encontrado el amor.

—¡Estás preciosa, Sarah! —exclamó lady Martha, apareciendo de pronto para darle un abrazo.

—Es usted muy amable. Gracias, milady.

—No, no es necesario el tratamiento. De hecho, tú también eres lady Sarah ahora. —Sí, aquello era una de las cosas que más la desconcertaban, no era capaz de creerlo—. Además, insisto en que me trates de tú. Para mí, Walter siempre será como un hermano. Me ayudó mucho en su momento, tú lo sabes. —Miró a su alrededor, la plaza repleta de gentes divirtiéndose. Sus

ojos se fijaron en algo—. Me trajo aquí, donde todos nos hemos vuelto un poco más felices.

Sarah sonrió. Siguió la dirección de su mirada y vio que los marqueses de Northway, los padres de lady Martha, reían mientras contemplaban cómo bailaba su marido, Henry Mallows, con su hijito de poco más de un año. El niño era rubio, con unos rizos dorados que le daban aire de querubín, algo sorprendente, teniendo en cuenta que ambos padres tenían el pelo negro, pero nadie había hecho nunca la más mínima mención al detalle.

—Supongo que sabes que también puedes contar conmigo, si algún día quieres hablar —le dijo, aunque lo lamentó al momento, por si se sentía ofendida.

Martha le lanzó una mirada profunda.

—Gracias. Creo que siempre he estado segura de ello. Incluso en los tiempos en los que yo era la señorita Brown y estabas rabiando por descubrir mis secretos. Como el día en que me asaltaste a la salida de la parroquia.

Sarah se ruborizó.

—Sé que fui un poco insistente con mis preguntas.

—Un poquito. La pobre señorita Brown no sabía cómo escapar de ti. —Se echó a reír al ver su expresión mortificada—. No te preocupes, Sarah. Ya hablaremos de ello algún día, y nos reiremos juntas. Ahora vamos a ser hermanas.

Llevada por un impulso, Sarah la abrazó.

—Espero que seas muy feliz también. Tanto como lo soy yo ahora mismo.

Martha parpadeó.

—No creo que eso sea posible. Pero gracias.

Después de eso, bailó con Edward, con David y con Arthur, que estaba feliz por sus comentarios sobre su novela, y la estaba puliendo para presentarla a algún editor. Sarah estaba convencida de que *Estudio en escarlata* sería un gran éxito.

—Y ya tengo más ideas, para otras historias de Holmes, si gusta —le confesó Arthur—. Hasta he pensado... Bueno, no sé si le parecerá apropiado...

—¿El qué?

—Voy a crearle a Holmes un antagonista, un enemigo a su nivel. Un hombre inteligente y poderoso. Gran matemático, profesor universitario... Y he pensado llamarlo James Moriarty. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué le parece? James Moira Tee, James Moriarty.

Sarah se echó a reír.

—Es usted realmente bueno con los nombres. —Recordó un detalle del señor Tee—. Ponga que mueve la cabeza de un modo... no sé, reptilesco.

—¿Reptilesco?

—Sí. Esa impresión me daba. —Ambos se sonrieron, divertidos—. Pero tenga cuidado. Ese individuo está en paradero desconocido. Si se molesta podría ser peligroso.

—Tendré cuidado. ¿Y usted, Sarah? ¿Cuándo va a publicar su historia?

Ella parpadeó.

—¿Leyó la novela que le entregué?

—¿*Una trampa inevitable*? Querida amiga, la devoré. ¡Cómo hubiera podido evitarlo, con una investigadora con ese nombre! Attica Rachel Doyle.

Sarah rio con ganas.

—Walter me ayudó. Attica por Arthur y Rachel, por *Estudio en escarlata*, por la palabra escrita en una pared con sangre. *Rache*. Cuando Sherlock Holmes dice que significa «venganza» en alemán.

—Lo sé. —Se lo veía exultante—. Gracias. Estoy emocionado. Y más todavía porque la novela es realmente buena. Me siento honrado, esa detective femenina es grandiosa, está a la altura de Holmes.

Ella abrió mucho los ojos.

—Lo siento, no puedo estar de acuerdo. Nadie está a la altura de Holmes. Ni siquiera Attica Rachel Doyle.

—No discutiré con usted en el día de su boda. Pero sí afirmaré de nuevo que su historia es estupenda. De hecho, no parece una primera novela.

—No lo es. La primera la arrojé a las llamas.

El doctor Doyle rio.

—Yo también.

—¡Querida, qué alegría! —irrumpió de pronto su madre. Hablando de gentes felices, la señora Holmes estaba viviendo el día más glorioso de su vida. De hecho llevaba un par de copitas de más, lo que hacía que brillasen sus pupilas y que sus mejillas estuvieran rojas como manzanas. El doctor Doyle sonrió y se retiró con discreción—. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Sarah hizo una mueca.

—Gracias, madre. —A qué decirle que lo único que lamentaba de todo aquello era haberle dado la razón—. ¿Dónde está papá?

—Hablando con tu marido. ¡Oh, qué maravilloso suena eso, ¿verdad? ¡Y que seas «lady Sarah»! ¿Lo ves? Tú déjate guiar por mí y llegarás lejos. —Dio unas palmaditas entusiastas—. ¡Ya estoy deseando organizar fiestas en Londres, en Heatherfield House! ¡Van a ser las más elegantes de todo...! ¡Haz el favor de no bizquear, niña, es muy feo!

—Es que se me ha metido algo en el ojo, madre —replicó ella, iniciando una huida—. Ahora vuelvo... o quizá no.

—¡Sarah!

Sarah no se giró. Caminó más deprisa todavía y se metió entre la multitud intentando desaparecer, pero de pronto la agarró alguien por el brazo.

—¿Sarah? —preguntó Walter—. ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—A organizar un crimen —dijo ella, en tono conspiratorio—. Yo mataré a mi madre, así todo queda en familia. Tú te ocuparás de ocultar el cuerpo.

Walter se echó a reír.

—¿Qué ha pasado ahora?

—¡Quiere organizar fiestas eh Heatherfield House!

—Oh, sí. Me lo ha dicho.

Sarah abrió mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Y qué le has dicho tú?

—Que cuando quiera, por supuesto. Es tu madre, Sarah, eso ya, para mí, la hace sagrada. Además, ya sabes que me cae bien. Me parece una mujer muy divertida.

Sarah bizqueó de nuevo.

—Queréis matarme entre los dos.

—Eh, vamos... Deja que sea feliz, Sarah. ¿Qué más da? Puede organizar fiestas, si lo desea. Nosotros no tenemos por qué asistir.

—Oh, eso me va gustando más. ¿Dónde estaremos?

—Donde prefieras. Dando la vuelta al mundo, si ese es tu deseo, pero creo que te gustará más estar en Little Lake. Por eso he pensado que podríamos establecernos aquí en cuanto Helen termine sus estudios. Sé que también Eddie y Glad van a volver. Estaríamos aquí todos, Martha incluida. ¿Qué opinas?

Sarah sonrió, conmovida. A él siempre le había gustado más la ciudad, si ofrecía eso era porque sabía que ella era feliz en Little Lake.

—Que te quiero, sir Walter Heatherfield. Eso opino.

—Me alegra mucho saberlo. Dado que soy tu marido, tendríamos un problema muy serio en caso contrario, y hoy me siento incapaz de nada serio y...

—¡A Arthur le ha gustado mi novela! —exclamó ella, al recordarlo de pronto—. Oh, Walter, ¡le ha gustado mucho!

—Menuda sorpresa. A mí me encantó y soy un crítico más duro que él. Claro que le gustó. *Una trampa inevitable* es muy buena. Estoy muy orgulloso de ti, mi amor. Y has creado un gran personaje con la señorita Doyle.

—Gracias. Estoy feliz.

—Me alegro. Porque ahora vamos a dejar esos otros temas y vamos a hablar de una apuesta que tenemos pendiente.

—¿Una apuesta?

—Sí. Te besé con tu consentimiento antes del final del verano. ¿Recuerdas? Por lo tanto, tienes que pagar.

—Oh, sí. —Trató de hacer memoria—. Y era algo de una pregunta.

—Exacto. Esta: ¿aquel día, mientras íbamos de un lado a otro dando tumbos, mientras nos encharcábamos en la mugre del sótano de la botica, mientras eludíamos la muerte una y otra vez... aquel día, ya me querías?

«Oh, Dios, qué hombre», pensó Sarah y lo miró preguntándose si sería capaz de contener en su interior un sentimiento tan inmenso.

—Te amaba. Te amo. Te amaré. Te quiero tanto que no imagino un mundo sin ti, sir Walter Heatherfield. ¡Pese a mi madre!

Él la besó y la estrechó contra su pecho durante un largo momento.

—Bien, eso me parecía. Yo también te amaba ya, pero me costó un tiempo aceptarlo. —Le ofreció su brazo—. ¿Bailamos, esposa mía?

Ella arqueó ambas cejas.

—Es que solo tengo una pierna.

Walter se echó a reír.

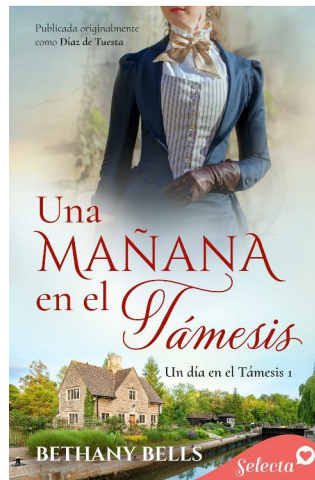
—Mejor. Así no podrás huir de mí, Sarah Holmes... Digo, lady Sarah Heatherfield.

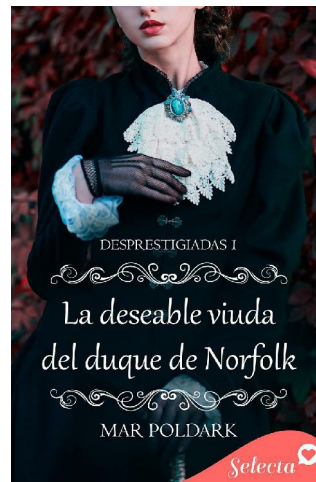
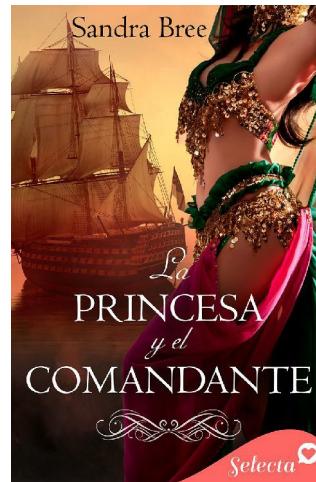
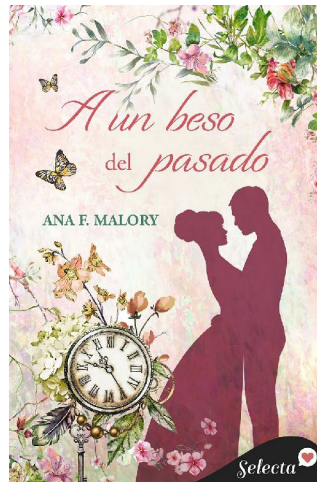
¿Se podía ser más feliz? No, imposible. Sarah lo besó y dejó que su marido la condujera hacia el corazón de la fiesta.

Si te ha gustado

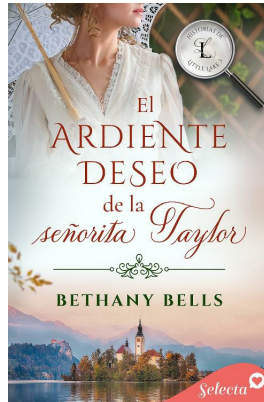
El ardiente deseo de la señorita Taylor

puedes disfrutar de estas





¿Puede ser el amor lazo suficiente como para unir de verdad a personas tan poco dispuestas a iniciar una relación?



La señorita **Sarah Holmes** es una joven perspicaz e inteligente, que no sabe bien qué hacer con su vida. Hija del administrador del baronet de la localidad, sir Walter Heatherfield, ayuda a su padre en sus tareas y trata de esquivar a su madre, que sueña con casarla con sir Walter. Ella jamás se casaría con un hombre así, alguien que, por su correspondencia, sabe que es soberbio y burlón, y que no ha tenido jamás el detalle de ir a conocer Little Lake, el lugar del que obtiene los muchos miles de libras que suponen sus rentas.

No, ella no está dispuesta a dejarse humillar, intentando conquistar a semejante hombre sin corazón. Ni siquiera se casará, hará alguna otra cosa con su vida, porque no cree que sea capaz de enamorarse.

El baronet **sir Walter Heatherfield** vive feliz en Londres, entre fiestas y diversiones, y solo piensa en Little Lake a la hora de repasar sus finanzas con sus banqueros. En realidad, no es del todo culpa suya: hay un rechazo general en la familia hacia ese lugar, puesto que allí fue asesinada su abuela paterna, lady Pamela, cincuenta años antes.

Pero, el hecho de que su mejor amigo terminara por casarse justo allí, y que, al asistir a la boda, su corazón se fijase de un modo sumamente incómodo en la señorita Sarah Holmes, la hija de su administrador, le llevan a reconsiderar la cuestión y a abrir de nuevo Heatherfield Manor, la vieja mansión familiar.

No está seguro de lo que espera, pero sin duda no es nada parecido a lo que se encuentra. Porque, ese regreso a Little Lake, termina por impulsar el descubrimiento de lo que ocurrió en el pueblo tantos años antes. Y, quizá, el hombre acusado del asesinato de su abuela, pagó por aquel terrible crimen, siendo inocente.

¿Logrará un misterio como ese crear el punto de partida de una relación en la que se descubran el uno al otro?

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos*, *El mal causado*, *En aguas extrañas*, *La noche abierta*, la serie de regencia *Un día en el Támesis*, la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/Penguin Random House).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Bethany Bells

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-82-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

El ardiente deseo de la señorita Taylor

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Bethany Bells
Créditos